Selecta

Julianne May

Un amor y un contrato

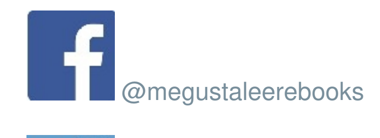
Un amor y un contrato

Julianne May

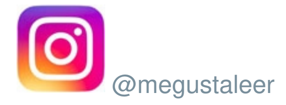
Selecta

SÍGUENOS EN

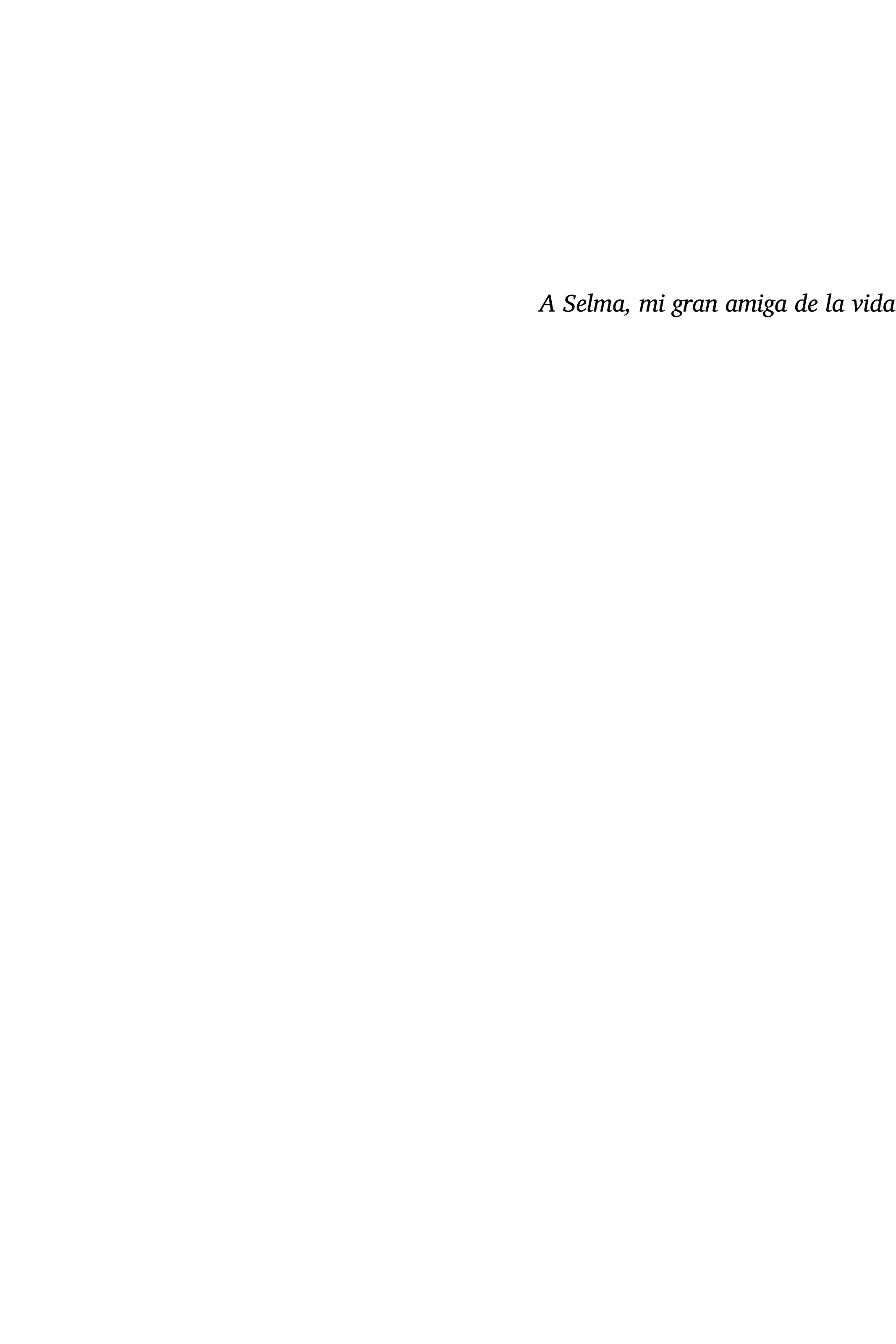
megustaleer


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial



A Selma, mi gran amiga de la vida

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

Prólogo

Contrato prenupcial

Por medio de la presente, ambas partes, Kim Faster, de nacionalidad estadounidense, y............. (complete con el nombre de la contraparte), de nacionalidad............. (coloque el país al que pertenece), se reúnen hoy, ... (fecha de firma), para establecer las cláusulas de común acuerdo para mantener una relación de carácter sentimental-amorosa a largo plazo. Así, las partes se comprometen a:

1) Asegurar lealtad y fidelidad sexual por parte de ambos individuos a partir de la fecha del presente acuerdo;

2) No poseer ningún secreto que pudiera perjudicar el tipo de relación aquí detallada ni afectar la imagen pública de la otra parte;

3) Efectuar una fiesta de compromiso dentro de los diez días de firmado este acuerdo. El evento deberá contar con la presencia de las dos familias y/o seres queridos.

4) Organizar la boda y consumarla con un plazo máximo de noventa días desde la fecha del presente contrato.

En caso de que una de las partes incumpliera alguna de las cláusulas aquí mencionadas, esta deberá pagar la suma de 500000 dólares estadounidenses al afectado, con la inminente consecuencia de la separación de la pareja y el cese de este acuerdo.

En caso de cualquier divergencia, las partes se someten a la jurisdicción de los

Tribunales de la ciudad de Nueva York.

Se entrega una copia a cada firmante.

Firma:

Aclaración:

Firma:

Aclaración:

Mi nombre es Kim. Kim Faster[1]… Sí, lo sé, no es el más común de los apellidos ni el más conveniente para una mujer, pero no es mi culpa y, aunque suene extraño, tampoco de mi padre, Phill. *OK*… En realidad, tuvo parte de culpa. Primero, porque fue mi padre y, segundo, porque ha sido el hombre más bueno (ya rozando lo ingenuo) que conocí en todo el maldito mundo.

El tema es que por ser su hija (única, sea dicho de paso) he heredado su apellido. Claro que «Faster» no es el verdadero apellido de nuestra familia, sino «Foster», pero, como siempre ha ocurrido desde que nací, esos pequeños y catastróficos imponderables de la vida se han aferrado a mi existencia casi de forma constante. El asunto fue que, en el momento de hacer el registro oficial de mi nacimiento, la pobre mujer que lo hizo carecía de buena audición. De hecho, mi padre siempre recordaba que, a pesar de la mullida cabellera, le sobresalían los audífonos. En fin… Pero como si eso hubiese sido poco, aparentemente mis desaforados gritos de bebé recién nacida hacían estragos en sus *auriculares*, por lo que mi querido padre tuvo que anotar el apellido en un papel. Por supuesto que, al haber sido médico, su caligrafía nunca fue de lo mejor, pero según él, los grotescos anteojos de la mujer («ridículos telescopios» para mi madre, Susan) no fueron suficientes para distinguir que aquello que ella vio como una «A» era una simple «O».

Como sea, la única que se llama «Faster» soy yo y, mientras que para otros no es más que algo divertido, para mí ha sido una de las peores desgracias. Mi querida madre insistió a mi padre para que hiciera el cambio, pero él siempre se negó a hacerlo porque dijo que al menos yo tendría algo gracioso que contar de mi apellido. Sí, como si pronunciarlo y relacionarlo a mi persona no fuera suficiente… Y sé que pude haberlo cambiado hace tiempo y por mis propios medios, pero decidí no hacerlo, o eso fue por lo que opté el día en que mi madre pasó a mejor mundo. Hasta entonces, no hubo domingo en que mis padres no recordaran aquella anécdota. Y no les voy a negar que, en más de una ocasión, tuve ganas de enviarlos a la mierda, pero de solo ver cómo reían terminaba

haciendo lo mismo que ellos. Ay…, viejos, inolvidables e irrepetibles momentos. Pero ese no fue el único motivo. Cuando mi madre partió, yo tenía solo once años. ¿Saben lo que significó eso? Pobre Phill… No solo tuvo que aprender, explicarme y acompañarme en el espantoso y vergonzoso momento en que me convertí en *mujercita*, sino que también tuvo que soportar mis ataques revolucionarios y desquiciados de adolescente. Creo que nadie habría podido sobrellevarlo a excepción de él: el mejor de los padres…, aunque tampoco tardó muchos años más en partir de este mundo para acompañar a Susan.

Y así, al darme cuenta de todo lo que había hecho por mí, desistí de la idea de cambiar mi apellido y opté por reivindicar el sentido de «Faster». Sería la mejor, la más eficiente en todo. ¿Que lo que se hace rápido no es bueno? ¡Ja! ¡Eso es solo para aquellos que no llevan el sello como yo! Aún lo recuerdo, estaba en mi primer año de carrera cuando tomé el cuaderno, y último obsequio de mi madre, y anoté en su primera hoja la «Lista de metas».

Y sí, tengo muchos defectos, pero entre mis mejores virtudes está la tenacidad. Cuando quiero algo, lo obtengo. Así de fácil (y sin burlar mis principios morales, claro). Fue de ese modo como conseguí cumplir casi todas mis metas: cada año de carrera, fui el mejor promedio, conseguí que el chico más popular, Steve, se enamorara de mí y no de mi estúpida archirrival Jenny (zorra); me recibí de abogada en tiempo récord; conseguí uno de los mejores empleos en mi ciudad favorita; seguí un posgrado que me permitió ascender a jefa del sector (y sigo aspirando a convertirme en socia), y viajé a todos los sitios que pude, aunque, según el libro de viajes que tenían mi madre y mi padre, me quedan unos cuantos por conocer.

Pero, después de esto, entramos en las más… ¿Cómo decirlo? ¿Complicadas? Sí, en las más *complicadas* metas. El problema no es mi metro sesenta ni mi rubia cabellera o mis ojos celestes que tantas conquistas me han significado. No. La cuestión es que tengo treinta y cinco años. Lo sé, soy muy joven, no debería de ser un *problema*, pero eso no evita que me preocupe. ¿Por qué? Bueno, resulta que hice gran honor al *Faster* en todas las metas, a excepción de las últimas tres: 1) conseguir novio; 2) casarme; y 3) tener un hijo. Bueno, en realidad, la primera la logré, pues estuve algo así como… ¡cinco malditos años junto a Steve! Pero a días de la *esperada boda*, pues… decidí que todo se fuera a la mierda. ¿La razón? No tiene sentido explicarlo todo aquí y ahora. El tema fue que no solo cancelé el casamiento, sino que, además, confeccioné el contrato que leyeron al inicio. ¿Por qué? ¿Para qué? Bueno, es largo de contar, pero sí puedo decirles que haberlo conservado me sirvió para no caer en relaciones de porquería, aunque… también hizo que llegara a mis casi cuarenta sin lograr todo lo que anhelaba, al modo que

deseaba y, para peor, en las metas que siempre consideré poco relevantes para luego darme cuenta de que serían las más importantes… al menos para mí. En pocas palabras, alcancé el más odiado estado en toda mujer: el de la desesperación. En fin…

Todas mis amigas o bien están comprometidas, casadas, o bien ya tienen hijos, pero yo… A pesar de haber pasado los últimos ocho años en busca de *ese amor*, no encontré a nadie que cerrara con mis expectativas. ¡Ocho malditos años! No puedo evitar pensar que el haber dedicado tanto tiempo a mis otras metas evitó que conociera a mi compañero de vida. Y las pocas ocasiones en que se me acercaron hombres que, les aseguro, no eran para desperdiciar ni un segundo y que quisieron dar el primer paso para «algo más serio»… no llegaron siquiera a intentarlo gracias a mi maravilloso *contrato prenupcial*, por llamarlo de algún modo. Y, por supuesto, siempre me pregunto qué hubiera ocurrido si no me hubiese aferrado tanto a mi escudo con forma de contrato, pero al recordar que ninguno dudó en huir, pues… me queda más que claro que nada de lo que pudo haber pasado hubiese sido bueno o, al menos, no mucho mejor a lo que *casi* fue con Steve.

Como sea, con esta guerra interna entre lo que deseo con desesperación y mi cerebro, que evita que lo consiga a cualquier costo, no he podido avanzar por años. Tres malditas metas que pareciera que nunca conseguiré concretar. Y, con la última invitación de una de mis compañeras de trabajo a su despedida de soltera, con tal de avanzar en mi lista y en contra de mi obstinada cabeza, pues hasta llegué a analizar la posibilidad de tomar la medida extrema de «no importa el orden». Es que, entiendan, no es fácil procesar que yo, Kim Faster, la mejor abogada, la mujer que todo lo puede y en tiempo récord, sea, de todo el grupo de chicas, la última soltera sin novio ni hijos… Para nada fácil.

Capítulo 1

Maldito viernes. A nadie parecía importarle el ensordecedor ruido de los teléfonos sonando sin cesar. De hecho, tampoco había nadie que pudiera siquiera notar aquello. Todos los malditos y minúsculos boxes estaban vacíos. ¿Por qué? Simple: ¡porque era viernes! Y no cualquier viernes, claro... Era el día de la estúpida despedida de soltera de Margaret, la recepcionista, una de las dos últimas solteras sin novio ni hijos de la oficina. Aunque esta última descripción solo fue válida hasta una semana atrás del *estúpido viernes*, cuando aún no había conocido al *afortunado novio*. Ahora sé que se estarán preguntando por qué una mujer aceptaría casarse con un hombre a tan solo poco más de una semana de haberlo conocido. Pues existen dos posibilidades: 1) Margaret es una jovencita de apenas veinte años, con el mejor combo de culo-tetas de la oficina, que noqueó a primera vista a uno de nuestros mejores clientes, un hombre rico (por supuesto), cuarenta años más grande que ella y recientemente viudo. O... 2) Margaret es una mujer abrumada por el paso del tiempo (al que ha empezado a considerar su más acérrimo enemigo) que, temerosa ante la idea de que el único que la espere en su cama por el resto de su vida sea un gato, decidió casarse con el primer vagabundo que vio tirado en la puerta de su trabajo.

Sin dudas, ambas posibilidades son las únicas respuestas viables a tal repentina boda. Y, aunque muy distintas, las dos tienen una misma base: desesperación. Claro que la primera más bien sería una desesperación por asegurarse un cómodo y confortable futuro, mientras que la segunda se centraría en una desesperación por no quedarse sola o, más bien, de envejecer junto a alguien del género humano sin importar si sus condiciones harán de la vida compartida una legítima mierda.

Como sea, la posibilidad que explica la impulsiva decisión de Margaret es, claramente, la número 1. Y gracias a eso yo pasé a ser la única portadora del título *soltera*… y treintañera que roza los cuarenta, por supuesto.

Como fuera, allí estaban todos, reunidos en la sala de descanso, hablando con una excitación ñoña que a mí solo me hirvió la sangre. Me apoyé en el marco de la puerta y tosí para llamar la atención. Pero nada. No solo seguían conversando e ignorándome por completo, sino que, además, el volumen de sus insoportables y agudas voces había aumentado. No tuve opción, por lo que…

—Están despedidos.

El silencio fue automático y sus miradas apuntaron a mí en menos de un segundo. Margaret puso los ojos en blanco y sonrió al mismo tiempo que negó con la cabeza.

—*OK*, muy buena broma…, aunque de mal gusto tratándose de que *hoy* es mi despedida de soltera, Kim.

Todos asintieron e hicieron una mueca de disgusto.

Bufé.

—Ya sé qué día es *hoy*, Margaret —dije sonriente y al mejor estilo solterona envidiosa—, pero te recuerdo que aún queda toda una jornada y no alcanzará el tiempo para dejar todo listo.

—¡Puff! ¡Relájate, Kim! —expresó Rosamund, mi amiga embarazada de seis meses—. Hoy es un día de festejo. Margaret se casará muy pronto y tú… y tú… —Acomodó la voz y movió los ojos, nerviosa. El resto hizo lo mismo—. Te irás de viaje, ¿verdad?

Suspiraron y afirmaron con falsas sonrisas.

Pedazos de mierdas. Como si no me hubiera dado cuenta de que todos habían pensado lo mismo: «¡Y tú serás la última soltera!».

—Sí, de vacaciones, Rosamund…

Todos tragaron saliva, incómodos por el silencio y por…

—Oh… ¿Eso quiere decir que ya sabes a dónde irás, Kim? Porque hasta ayer no lo tenías decidido, ¿cierto? —dijo… dijo el poseedor del nombre más cruel que los seres humanos pudieran escoger para un hombre.

Dick Walker[2]. Sí, resulta que no soy la del peor castigo impartido por los padres. Y es que aún no se entiende por qué tanta maldad de los individuos que se suponen que están biológicamente programados para amarlo. En serio… No sabemos a ciencia cierta, pero se presume que sus padres fueron al registro luego de aspirarse todo tipo de drogas o de haberse fumado varias hierbas en mal estado. Y hasta ahora no encontramos mejor hipótesis que esa. Claro que sería más fácil preguntarle directamente, pero entiendan… es el jefe de todos. Mejor

dicho, uno de los socios del estudio. Y, para completarla, mi más fiel (y único) seguidor…

—Dick… —De mala gana, acomodé la voz, me di media vuelta para verlo y puse esa sonrisa, dura y artificial, que suele dejarte los pómulos más inflados que los de Bugs Bunny—. Pues… no. Aún no lo sé. Ya sabes… Hasta ahora lo único cierto es que entro en mi período de vacaciones, pero todavía no tengo idea de a dónde iré. —Reí estúpida y nerviosa, a pesar de no haber mentido.

—¡Claro que sabes! —Todos, atónitos y con los ojos como platos, giraron hacia la impulsiva Rosamund. Esta tragó saliva sin dejar de mover la vista para distintos lados y sonrió—. Quiero decir… No del viaje, pero sí sabes a dónde irás esta noche. Me refiero a la despedida de Margaret, claro. Je, je, je…

«¡Mierda!».

Si en ese momento me hubieran preguntado qué poder me hubiera gustado tener, desde ya hubiera elegido el de asesinar con la mirada.

Maldita Rosamund. Siempre sabía aprovechar las oportunidades.

—Oh… —expresó Dick con los ojos repentinamente entrecerrados, señal de…

«Oh, por Dios».

Como si la vida no me hubiera fastidiado lo suficiente aquel estúpido viernes, su mirada libidinosa se perdió —literal— en la mía y su labio inferior perdió toda la tonicidad posible, lo que dejó que su asquerosa baba comenzara a asomarse por la comisura de su boca. Sí, Dick había entrado en lo que la oficina entera llamaba «*Dick-trance*».

Todos, de forma muy lenta, comenzaron a marcharse uno por uno, tratando de contener las risas. Y la última en salir, Rosamund, carcajeó como la más loca de las hienas haciendo todo tipo de gesto obsceno habido y por haber, aunque Dick no dio acuse de recibo.

¿Halagada? Bueno, sacando lo *freak* de la situación, eso sería ciertamente posible si el *galán* fuera otro y no Dick. A ver… Cómo explicarlo… No soy *miss* universo ni él el más horripilante monstruo de Silent Hill[3], pero… ¡Vamos! Esos ojos celestes y saltones, su amplia frente, su escuálida figura y su obsesión conmigo hacían que fuera inevitable identificarlo con Gollum, de *El señor de los anillos*.

—Dick… Dick… —empecé tranquila. Pero que su baba estuviera a punto de, realmente, caer al piso hizo que la paciencia que solía identificarme se fuera a la mierda—. ¡¡Dick!! —exclamé, tratando de contener el temblequeo de mis manos llenas de vergüenza y furia.

Y claro… de fondo se escuchó una carcajada. Siempre ocurría lo mismo.

Mi jefe, caído de nuevo en la realidad, parpadeó más de la cuenta y simuló

toser para limpiarse el chorro de saliva.

Qué asco.

—Humm… ¿Me decías, Kim?

Perdida, fruncí el ceño.

—Creo que no tenía nada que decirte, Dick. Ahora, si me disculpas, iré a terminar de analizar el caso de Stewart Company, que me pediste ayer por la noche.

Sonreí con timidez de forma sobreactuada y pasé por su costado para salir, pero su voz me detuvo.

—Oh… ¿Leíste mi correo con tanta rapidez? —Se dio media vuelta y me miró con una sonrisa llena de ilusión.

«Rayos…».

Venía el cuestionamiento.

Suspiré y arrugué la nariz.

—Pues sí. No quiero dejar nada pendiente o sin terminar. Ya sabes, me voy…

—De vacaciones, lo sé —completó, acercándose un paso más—. Pero no tienes por qué preocuparte, Kim. Puedes hacerlo cuando vuelvas, eso no modificará la decisión que tomamos con el resto de los socios.

¡Sorpresa!

—¿Decisión? ¿Cuál decisión? —inquirí tan intrigada que no pude evitar acercarme a él.

Error. Grave error. El pecho de Dick se agitó tanto que no pudo evitar otro de sus tics.

—Pu-pu-pu-pue-pues… —intentaba pronunciar al mismo tiempo que cerraba su ojo izquierdo frenéticamente por cada tartamudeo hasta que mi exagerada tos lo encarriló de nuevo—. ¡Hum! Pues hemos decidido que ya es hora de que te conviertas en la nueva socia, Kim. —Sonrió más feliz de haber podido completar la frase que por la noticia en sí.

Cielos santos… ¡Iba a ser ascendida otra vez! ¡Sí!

—¡Oh, Dick! ¡No sé qué decir! Yo… —expresé llena de alegría.

Extendió los brazos con toda la intención de abrazarme, pero por fortuna mi cerebro jugó más rápido y solo le di una palmada en su hombro. ¿Incómodo? Cielos…

Pero nada sería tan sencillo.

—Aunque… necesitaríamos saber a dónde irás de vacaciones por si precisamos comunicarnos contigo —dijo rápido y parpadeando más de la cuenta.

¿Era en serio?

—Pero…, Dick, si necesitan hacerlo, con llamarme al móvil es suficiente.

Incluso por correo electrónico... —contesté harta, seria y desconfiada.

La realidad era que ya sabía la verdadera intención de aquella ridícula excusa. No era algo nuevo. De hecho, desde la primera vez que me tomé las vacaciones, siempre, y tras verme obligada de informar mi paradero, Dick aparecía *casualmente* en cada destino al que yo iba. Así fue en Francia, Inglaterra, Alemania, y la explicación: «Estoy aquí por negocios» resultó bastante convincente hasta que la utilizó cuando decidí ir al Tíbet. En fin... hubiera mantenido mi postura seria y desconfiada de no haber sido por otro de sus gestos que tanto me sacaban de quicio.

—Es que... —dijo nervioso.

Comenzó a mover los ojos de un lado a otro y, sin hacerse esperar, empezó a pasar su dedo índice por debajo de la nariz, simulando rascarse. Y digo «simulando», pues aquel mal actuado movimiento lo hacía nada más y nada menos que para sacarse las porquerías de su rechoncha nariz.

Puaj.

«Maldito cerdo desquiciado».

—Está bien, Dick. No hace falta que me expliques nada —expresé rápido y con la mirada en el suelo. No quería seguir siendo espectadora de sus puercadas —. En cuanto sepa mi destino, te escribiré.

Como pude, me di media vuelta, alcé la vista y enfilé hacia la puerta para irme de una vez por todas, pero...

—¡¡Kim!!

«Unas horas más y serás libre, Kim. Solo unas horas más...».

Disimuladamente, tomé aire y volví a girarme para verlo. Gracias al cielo, había dejado de lado su *excavación nervio-nasal*, por no decir que había dejado de escarbarse la nariz, claro.

Suspiré.

—¿Sí?

—Te veré esta noche, ¿cierto? En-en-en la despedida de Margaret —tartamudeó.

Mis ojos se abrieron como platos, pues no tenía ganas de explicarle por qué no sería así. Sin embargo, al ver sus manos y labios temblequear, me tomé la licencia de la maravillosa ambigüedad. Mi salud mental hubiera corrido peligro de haber seguido contemplando sus tics nerviosos.

Entrecerré los ojos y, con la sonrisa más astuta que hubiera podido fingir, le contesté:

—*Seguramente*, Dick. *Seguramente*...

***

«Seguramente… me quede en mi casa», porque eso era lo que *precisamente* había decidido para esa noche. No quería rodearme de mujeres rebosantes de alegría alcohólica, felices hasta la infinidad por continuar sus vidas como yo aún no había podido hacer. No, no quería eso. Prefería quedarme en mi apartamento, cómoda, tranquila, aislada de todo aquello que pudiera recordarme lo mal que estaba mi vida amorosa. Y no dejé de alegrarme por lo acertada que había sido mi decisión de no ir. ¡Imagínense lo que hubiera sido! ¡Todas brindando por sus perfectos futuros esposos, prometidos, hijos, y yo levantando la copa por tener un solo pretendiente que no solo se babea como recién nacido, parpadea como un semáforo descompuesto y se escarba la nariz de la forma más repugnante, sino que además se llama «pene»! ¡Y «andante»! ¡No! ¡Definitivamente había tomado la decisión correcta! ¡Definitivamente!

Aunque…

—Miauuu… —interrumpió Shadow, el hambriento gato de mi vecina.

Había dejado la ventana de mi alcoba abierta. Y claro, ni tonto ni lento, no dudó en entrar. Allí lo tenía, sobre mi cama, frente a mis narices, ronroneando en busca de mis caricias… y alimentos, por supuesto. Bufé, dejé el control remoto de mi TV en la mesita de noche y me dirigí directo a la cocina. Después de todo, también cocinaría algo para mí… Bueno, *cocinar*, je, je.

Abrí la nevera, tomé una caja de comida precocida y, para cuando quise cerrar, la caja cayó sobre mis pies… ¿Cómo explicarlo? Creo que fueron solo unos cuantos segundos los que me hicieron dar cuenta de que haberme quedado en mi casa tampoco había sido buena idea. O, al menos, no la mejor para tratar de olvidar mi estancada situación sentimental.

Miré hacia el suelo y vi la caja del alimento congelado. Jamás había reparado en la imagen del envase, y no me contentó haberla descubierto en ese momento, pues era la foto de una mujer abriendo el microondas, pero sola, con rostro melancólico (por no decir de soltera desesperanzada constipada) y vestida con ropa que, si no era la de una anciana, al menos era un pijama. Sí. Faltaba el *slogan*: «comida para solteras solitarias».

«Cielos…», pensé al mismo tiempo que lo tomé. Y, en ese preciso momento, fue cuando descubrí otra señal de lo errónea que había sido mi elección hogareña, pues, al levantar la caja congelada, descubrí que mis pies estaban vestidos con un par de pantuflas cuyo estampado era ni más ni menos que cuadriculado y del color más buena onda y juvenil del mundo: marrón.

Fruncí el ceño tratando de contener el llanto. Ya no quería seguir viendo nada más, pero aunque cerrara los ojos, la realidad seguiría torturándome, pues no pude evitar recordar las medias agujereadas que llevaba puestas ni la sudadera de la década de los noventa que *tan bien* combinaba con el pantalón deportivo que alguna vez fue de mi padre. ¡¿Leyeron bien?! ¡De mi padre! ¡Ni siquiera de un ex! Cielos... Así de triste era mi realidad social. Pero nada hubiera sido tan grave sin su llamado. Desesperada, abrí los ojos y miré en dirección a mi alcoba. Era Shadow que, mientras maullaba, me miraba y se acomodaba en uno de los costados de la cama. Su negrura y su misteriosa mirada fueron tan intensas que mi cerebro no pudo evitar traducirlas con una sensual voz masculina diciéndome: «Sí, eso es, Kim. Lo has descubierto. Pero no temas, nada será tan triste, pues... ¡Yo seré tu único compañero! ¡Y por el resto de tu vida!». Y eso acompañado de una clásica risa diabólica, por supuesto...

—¡¡¡Noooo!!! —exclamé, horrorizada de lo que mi propia mente estaba haciendo conmigo—. ¡No es justo! ¡No es justo! —seguí gritando hasta que llegué a la puerta de salida.

Y la abrí.

Gracias al cielo, y al conserje que seguro la había dejado entrar, Rosamund estaba allí a punto de llamar. Y lo agradecí, pues, de haber salido con esa facha y con el producto congelado en la mano, me hubiera condenado de verdad y para siempre.

—¡¡*Wow*!! ¡¡*Wow*!! ¿Pero a dónde vas tan elegante, querida Kim?! —ironizó al mismo tiempo que me miró de arriba abajo—. ¡Oh! ¡Pero qué tonta soy! Cierto que hoy no ibas a salir, sino a hacer algo mucho más divertido, ¿verdad? ¡Hoy era día de *juguemos a asesinar el autoestima*! ¡¿Cierto?! ¡¡¡¿Cierto?!!!

Tragué saliva.

Rosamund, al ver mi estado zombi, me tomó por el brazo e hizo que entrara inmediatamente o, al menos, antes de que alguien descubriera aquella pobre versión de mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con un hilo de voz, de puro compromiso y mientras marchaba en dirección al microondas.

Escuché el portazo.

—¿Y así es como recibes y agradeces a tu salvadora? ¿Preguntando para la mierda qué hago aquí?

Puse el alimento para solteras a calentar y el «pip» del microondas hizo que Rosamund bufara. Me di vuelta. Estaba echada sobre el sofá con una mano sobre su barrigota y la otra sobre una bolsa que dejó al lado de la mesita.

—¿Y qué pretendes? ¿De verdad vienes a salvarme? ¿Para qué? ¿Para que

vea cómo todas festejan y soplan penes por ahí? O peor aún… ¿Para que conozca algún tipejo solo para que me deje así? —Señalé su panza. Y en cuanto lo hice, me arrepentí. Cerré los ojos y bajé la cabeza.

Fui una idiota.

—Vete a la mierda, Kim —dijo con un tono seco, y suspiró.

El «pip» del aparato me avisó que *la cena* ya estaba lista. La tomé y fui directo al sillón para sentarme a su lado.

—Perdóname, Ros. Soy una estúpida.

—Eso ya lo sé, no hace falta que lo menciones. —Bufó y, al ver el libro de viajes de mis padres, negó con la cabeza al tiempo que lo tomó—. En especial por conservar mierda del pasado.

Revoleé los ojos. De haber sabido que iría a verme, lo hubiera guardado, pero todavía no había escogido un lugar para ir de vacaciones y aquel libro siempre era la mejor inspiración para decidirme hacia dónde ir.

—Ya… Deja eso. Era de Susan y Phill. Y, en serio, disculpa. El tema es que yo…

—No me esquives, Kim —me interrumpió—. Sabes que no me refiero al libro, sino a lo que conservas dentro de él, por todos los cielos… Ya es hora de que te olvides de Steve, ¿no crees?

Fruncí las cejas.

—Rosamund, por favor… —dije queriendo restarle importancia al comentario, pero su inalterable expresión asesina y sin parpadeo de por medio fue señal de que el asunto no terminaría allí—. ¡No puedes estar hablando en serio! Si aún guardo ese contrato, es solo para recordarme no volver a ser tan estúpida como lo fui con él. Nada más.

Ros entrecerró los ojos.

—Oh… Sí, claro, porque esa mierda de papel viejo no ha arruinado todas las posibles buenas relaciones que surgieron después de aquel bueno para nada, ¿no? Además, ¿crees que soy idiota? Sé lo mucho que te estresa no haber cumplido tus últimas ridículas metas… Como si la vida se tratara de una lista de compras, por todos los santos… —Bufó, pero no tardó en volver a la carga—. Es que… ¡No te entiendo, Kim! Si para ti las cosas deben hacerse solo así, ¿¡por qué demonios no lo haces y ya?! ¡Al menos cumple una de tus estúpidas metas pendientes!

Carcajeé sarcástica.

—¡Pero qué gran idea! ¡¿Cómo no se me ocurrió antes, Ros?! Aunque… ¡Oh! ¡Espera! —Puse mi dedo índice en mis labios—. Creo que no lo hice porque… ¡no tengo un maldito novio! —grité irónica—. Y antes de que lo menciones: no, no pienso pagarle a nadie para casarme. Antes, muerta.

—Bueno, la verdad es que pensaba que podrías cobrar… Ni te imaginas la de hombres que te amarían a cambio de la *green card*. —Me guiñó un ojo y yo puse los míos en blanco—. Bueno, está bien: opción descartada… Pero aún no entiendo cómo es que al menos no te anotas en unos de esos sitios para solteros… —Y otra vez empezó con *ese* asunto—. Ya sabes, no todos son degenerados obsesionados con sus penes o desesperados por compañía; estoy segura de que hay seres medianamente aceptables… y hasta, por qué no, que cumplan tus exigencias. Quién sabe… —largó Ros como si hubiera sido la primera vez que mencionaba tan horrible idea. Y yo, por supuesto, entrecerré los ojos por milésima vez.

—¿Es que no he sido clara? Lo que a ti te ocurrió con Megasalchicha —así llamaba a su esposo— fue pura suerte y lo sabemos, Ros. Te pudo haber tocado cualquier psicópata sexual. —Bufé—. Y como sea, no pienso arruinar mi sueño de casarme buscando hombres en un catálogo, por todos los cielos… Así que no sigas, Ros. Como ya te he dicho: antes, muerta —sentencié, lo que le ahorró varios minutos de argumentación *pro citas cibernéticas*.

Suspiró resignada.

—*OK, OK*… Si no quieres hacerlo así, te entiendo, pero también podrías alterar el estúpido orden que te has propuesto y, por ejemplo, aprovechar que estamos en el maldito siglo XXI y embarazarte sin necesidad de un pene ni de una relación. Fertilización artificial, ¿te suena?

Chasqueé la lengua.

—Que no. Tengo solo una vida, ¿sabes? Y quiero hacer las cosas como siempre soñé. —Largué todo el aire de mis pulmones—. Ahora, ¿puedes olvidarte de mí y mis locuras? Lo mío es un asunto cerrado, y lo sabes: si consigo cumplir alguna de mis metas, que sea como siempre he querido, si no, prefiero quedarme como estoy. —Suspiré y, tras tomar una buena bocanada de aire, volví a hablar —: Pero en cuanto a ti…, ya sabes que me hace muy feliz verte así. —Sonreí al mirar su panzota—. Si reaccioné como lo hice, fue solo porque tal vez me estoy volviendo la vieja amargada de la que prometimos jamás convertirnos. Lo siento, Ros —dije con gesto de súplica.

Mi amiga sonrió y negó con la cabeza. No era la primera vez que teníamos aquel tipo de conversación sin filtros en torno a mi vida amorosa. Y era que no podíamos evitarlo, quince años de amistad hacían que aquello fuera imposible y, de hecho, la transparencia era uno de los más gratificantes regalos de su amistad, pues con ella podía ser yo misma. Y, aunque me propusiera mentirle, jamás lo conseguía. Ros me conocía de pies a cabeza y sabía que esa orgullosa y rígida Kim era, en gran parte, producto de una lastimada y rencorosa joven que lloraba más de una noche en la soledad de su cama. Y sí, tal vez lo nuestro era un poco

duro por momentos, pero cien por ciento auténtico. Algo tan difícil de conseguir en estos tiempos que lo hace más valioso que el maldito oro.

Rosamund largó todo el aire de sus pulmones y, tras relajar la mirada, negó con la cabeza.

—Eres muy tonta, Kim… No aprendes más.

—Vamos, perdóname. —Y como no tenía nada decente con lo que demostrarle mi arrepentimiento, le tendí la comida recalentada—. ¿Amigas de nuevo?

Ros enarcó una ceja y, con una sonrisa de medio lado, me la arrancó de un solo saque.

—Tú sí que sabes cómo comprar una amistad, eh…

—Entonces, ¿me perdonas? —le dije acercando mi mano a su vientre, pero no me dejó tocarla, pues me dio un golpecito antes de que pudiera hacerlo.

—Claro que no, chica atrae *penes andantes*…

Puse los ojos en blanco otra vez.

—*OK*… ¿y ahora qué debo hacer para merecer tu amistad, querida Rosamund Parker?

—Pues… —Se metió en la boca medio plato del alimento amorfo y, sin dejar de tragar, continuó—: Serffff… Fooolizzzffff…

Fruncí la nariz y ella, desesperada porque se estaba ahogando con la comida, me señaló la botella de agua que había en la isla de mi cocina de concepto abierto. Corrí a buscarla y se la di antes de que tuviera que hacer la técnica de Heimlich con una embarazada… algo que no sabía hacer con nadie, por cierto.

Tomó del pico como una vagabunda que acababa de probar bocado luego de varios días sin comer, respiró profundo y volvió a mí.

—Ser feliz, Kim. ¿Tan difícil es? —Se hizo un silencio en el que solo nos miramos, y tras un suspiro de su parte, dejó el plato en el piso y me miró de nuevo—. Y esto implica dejar de comer esta mierda, dejar de usar la ropa de tu padre y… salir a divertirte. Más precisamente: ir a la fiesta de Margaret.

Bufé y miré para todos lados.

—Ya basta, Ros. No iré y lo sabes. —Me levanté y tomé el plato del piso para llevarlo al fregadero—. Además, ¿para qué? ¿Para ver cómo todas beben y se divierten con sus superhombres ricachones? No, gracias.

—Miauuuu…

Shadow apareció a mi lado para rascarme con su patita. Quería alimento.

—¡¿Para qué?! ¡Para sacarte a ese gato de mierda de encima! —Tomó la botella de plástico y se la revoleó a mi único compañero de cuarto.

—¡¡¡MIAUUU!!! ¡¡¡Psssssssshhhh!!! —gritó erizado e histérico al no poder

esquivar la botella, y salió a los saltos hacia mi habitación.

Sí. Exacto. Lo odiaba, y este a ella. Era mutua la cuestión.

—¡Ya, Ros! Déjalo en paz… Él no tiene la culpa de nada.

—Eso es cierto. La culpa es solo tuya. —Se puso de pie y se acercó a la cocina hasta quedar a mi lado—. Si no haces nada nuevo, nada cambiará, Kim.

Dejé el plato en el fregadero y me giré hasta quedar de frente a mi pesada amiga.

—Y si no quiero que nada cambie, ¿qué? —Me crucé de brazos.

Rosamund achinó los ojos.

—Pues tendrás lo mismo que ahora… Aunque quizás tengas la suerte de tener las tetas más caídas, más gatos que alimentar y, por qué no, hasta tal vez tengas la gracia de chuparle el pene a Dick, después de todo, él jamás se dará por vencido hasta conseguirte. Y, aunque los demás no lo vean, por tu nivel de desesperación, no creo que tardes en caer en sus dedos… y que, por cierto, dudo de que dejen de sacar la mierda de su nariz —sentenció, e imitó mi gesto al cruzarse de brazos.

Tragué saliva y pude sentir cómo mis ojos se abrían como dos huevos de solo verme haciéndole sexo oral al cochino acosador de mi jefe.

Sacudí desesperada la cabeza tratando de borrar la fantasía en la que, no sé por qué, imaginé que él no podría dejar de babear y tartamudear de placer mientras yo le daba a su entrepierna.

—¡No! —grité sin darme cuenta de que Ros aún me miraba. La muy zorra lo hacía con una sonrisa llena de suficiencia.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Vienes a la fiesta? Tal vez puedas conocer a alguien un poco más normal y hasta, quién te dice, el amor de tu vida… —Suspiró luego de que yo pusiera mis ojos entrecerrados al estilo Clint Eastwood—. *OK*… Y si no, al menos podrás reírte conmigo de cómo las demás putonas se levantan viejos ricos, o tipos desesperados y borrachos.

La miré por unos segundos en los que dudé hasta que, en contra de mi voluntad, volví a la fantasía con mi jefe.

Cerré los ojos, suspiré profundo y volví a abrirlos, pero para mirar fijo a la maldita manipuladora que tenía por amiga.

—Ya, Ros. Iré, pero solo por esta vez. Que conste.

—*OK*, pero antes —señaló la bolsita que había traído—, a brindar. —Y me sonrió con esa suficiencia tan clásica en ella.

Capítulo 2

Y allí estábamos Rosamund y yo. En realidad, ella a varios metros de distancia y con el grupo de trabajo, partiéndose de la risa al ver cómo Margaret, con media barra bebida y enguantada en un *supersexi* vestidito de mucama, trataba de serle infiel a su futuro esposo. Por supuesto que no faltaban los vítores bañados de aliento lleno de vodka del resto de las chicas, a las que les importaba todo una absoluta mierda… Igual que a mí, que solo las observaba al mejor estilo actriz extra y de fondo. Claro que no había perdido tiempo, puesto que mi amada amiga, antes de que saliéramos a encontrarnos con las demás zorras, no tuvo mejor idea que llenarme la cabeza con el único trago que me gusta como el chocolate en pleno periodo depresivo: yogurt de fresa con vodka. Sí…, un tanto especial, ¿no? Pues bien, tan extraño y genial como lo es nuestra amistad. De hecho, era *nuestro trago*, puesto que lo habíamos armado con Ros una noche de nuestra joven vida universitaria en la que no teníamos más que una botella de ese alcohol blanco y un brik del típico yogurt rosado que bebo desde mi infancia. Un magnífico coctel que no solo me recordaba aquellos increíbles tiempos, sino que también tenía la particularidad de relajarme y *soltarme*, como solía decir Ros… Y así, bastante *suelta*, había llegado a la discoteca, aunque no creí que mi queridísima amiga del alma me dejaría sola en ese estado y en la barra. Claro que no perdí tiempo y, creyendo que más alcohol calmaría esa sensación de *loser number one*[4] pedí mi octavo trago (sin contar todas las copas de nuestro trago rosa que Ros me había hecho tomar en casa por ella y su futuro niño). Como fuera, no pude obviar el número de trago por el que iba: ocho, igual a la cantidad de años que había perdido buscando a un hombre que, gracias a mi exigente, rencoroso y miedoso cerebro, jamás llegaría a mi vida.

—Unnnn… unnn *sex on thaaaee bitch*… —Reí y, cual desesperada a la pesca, le guiñé un ojo al pobre *barman* que, estaba segura, tenía casi diez años menos que yo.

Por supuesto que la respuesta no fue la que esperaba, pues no solo no me dio el trago, sino que, encima de no dirigirme la palabra, antes de caminar hacia la otra punta de la barra, me miró con cara de asco y con la infaltable negación de cabeza que terminó de destrozar la poca autoestima que me quedaba.

Sin dudas, mi querido amigo alcohol no solo no había calmado el dolor, sino que, además, le había abierto la puerta a esa desesperada Kim que nadie conocía, a excepción de Ros, pues mi orgullo se encargaba de mantenerla oculta cerca de veintitrés horas al día, más o menos…

—¡Heeeey! —exclamé, tratando de no tambalear—. ¡Hey! ¡Daammme mi tragggo! ¡Pueddddo pagarrrrlo! ¡¡Puedddeo pagarddlo!! —grité inútilmente.

Y el chico no volvería a dirigirme la mirada hasta que me fuera de la disco. Suspiré y miré a mi alrededor. Cielos… Todos se divertían, reían, se besaban y hasta llegué a ver cómo Robert, el friki de contabilidad, se fregaba en una esquina con la robusta señora Thompson, su jefa. Y entonces fue cuando las imágenes con Dick volvieron a mí.

Negué con la cabeza. El *barman* tenía razón: yo daba pena.

«¿Qué estás haciendo, Kim? Tú no eres así. ¿Dónde está la seguridad y firmeza que tanto te identifica? ¡¿Dónde?!».

Y de pronto comenzó a sonar música de los ochenta.

«Rayos…».

¿Que dónde había quedado la segura de Kim? Pues allí, quince años atrás, en la universidad donde conocí a Ros. ¡Cuántas veces había rechazado los chicos más deseados del momento! Y todo por estar con el estúpido de Steve, por el que lloré solo un día y por el que también me volví impermeable y exigente a un nivel que solo me había llevado a estar allí, en una despedida de soltera, borracha y sola. Cielos… Y eso sin contar que, para tapar mi rencor, lo único en lo que pensé durante todos esos años fue en la palabra «éxito», como si esta solo hubiese significado triunfar en la profesión. Volví a mirar a las chicas, divertidas, festejando, y no pude evitar sentir pena por mí misma. La mayor parte de mi vida me la había pasado riéndome de las que elegían casarse o tener una vida familiar, y, más de una década después, allí estaba yo: sola, envidiando lo que tanto había rechazado, despreciada y condenada a sufrir la soledad. Condenada a estar sola o junto a…

«¡¿Dick?! ¡Mierda!».

Sí, podía estar borracha y hasta llegar a perder la consciencia, pero jamás de los jamases ningún nivel de alcohol inhabilitaría mi estado de alerta como para no detectar a mi jefe. No solo podía ver cómo venía hacia mí, sino que también sentía cómo me desnudaba con la mirada. El muy cochino seguro que me veía como presa fácil, pero no lo permitiría, ¡no!

«¡Oh, por favor, cuerpo de treinta y cinco, perdóname y ayúdame una vez más! ¡Por tu bien y por el de esta mente deprimida que nunca soportará caer en la misma cama que Dick! ¡Te lo ruego! ¡Huye! ¡Huye!».

Tomé todo el aire que pude para intentar huir y, cuando creí que mi cuerpo no respondería a la velocidad que necesitaba para escapar del pene andante, cuando creí que definitivamente terminaría el resto de mi vida chupándole la entrepierna a mi jefe, justo en ese momento, *Mistify*, de INXS, sonó para regalarme la visión de mi salvación... ¡¡Oh, Dios!! ¡¿Cómo explicarlo?! Fue inevitable que mi cabeza pusiera la cámara lenta que destacaba cada uno de sus movimientos felinos y sexis, su enorme mano con la copa, sus ojos pequeños y claros clavados en mí, su cabello largo, rubio, salvaje como el de un vikingo en plena guerra, aunque elegante, y moviéndose al son del inexistente viento clásico que sale de los secadores de pelo... ¡Y ese cuerpo! ¡Ese cuerpo con el que ya podía imaginar las mismas cochinadas que había creado con Dick!

«¡Mierda! ¡El clon de Bon Jovi viene a mí! ¡A mí!».

Rogando por que no fuera una ilusión óptica, producto de un juego sucio de mi borrachera y agradecida porque Dick se hubiera detenido al notar aquel semidiós, me erguí lo más que pude y tomé aire rogando que mi salvador vikingo no siguiera de largo o solo me preguntara dónde quedaba el baño. Mojé mis labios y, con toda la valentía que me había dado el alcohol, lo miré fijo a los ojos hasta que llegó.

—Perdón, *preciosa*. Se me hizo un poco tarde, pero ya estoy aquí —dijo elegante y con una sonrisa de lado. Me entregó la copa en la barra y me tomó la otra mano para besarla..., lo que casi hizo que me hiciera encima.

«¿Tarde? ¡¿*WTF*[5]?!».

Reí, aunque creo que me pasé un poco, pues el inesperado príncipe vikingo frunció las cejas. Pero no le di tiempo a que se cuestionara mi salud mental. No podía permitírmelo, no con semejante ejemplar enfrente y si no quería que se acercara a conquistarme alguna versión alterna a mi jefe...

—Sííí, tardeee... aaaalgoo assí comoo quincee años, *cariño* —remarqué la última palabra como él lo había hecho conmigo y le guiñé zorramente un ojo al tiempo que me llevé la copa a los labios. Aunque no lo crean, algo de pudor me dio y, sí, en ese instante, esconderme detrás de la bebida fue lo único que se me

ocurrió.

Bon Jovi, aún con su sonrisa de infarto, entrecerró los ojos como lo hacen los hombres cuando están frente a una mujer enigmática, misteriosa y seductora..., algo muy distinto a ebria y sin filtros, que era lo que yo representaba en ese momento. Pero solo Dios pudo saber por qué yo, Kim Faster en su versión *suelta*, lo había hechizado, pues el guerrero vikingo seguía allí y, para mi sorpresa, intensificó esa sonrisa sexi al punto de marcarle unos hoyuelos que me dieron ganas de tocar solo para saber si eran reales.

Suspiré lo más disimulada que pude y, rápida, volví a posar mi boca en la copa para evitar babear al mejor estilo Dick Walker. No me faltaba mucho para llegar a ese nivel.

Pero no pude beber mucho más, pues los azules ojos del príncipe nórdico se clavaron en los míos de tal manera que hicieron que mi corazón latiera como si hubiera tomado un barril de bebida energizante.

—Dime que no es cierto, *hermosa*. Solo dime que no es cierto que no crees en el amor... —dijo con un tono tan nostálgico y sensual que, cuando se me acercó, su aliento a menta fresca hizo que inevitablemente se me erizara cada centímetro de la piel.

¿Tan triste era mi apariencia que era obvio aquello?

«¡¿Y qué demonios te importa, Kim?! Tienes a la maldita competencia de Chris Hemsworth a tus pies, ¡¿y tú te pones a pensar en eso?! ¡Por todos los cielos! ¡Déjate de idioteces y actúa, a menos que quieras terminar con Dick!».

Tragué saliva de solo imaginarlo.

—Buenooo... No ess taan assí. Sí, creooo, sooolo queee no lo hee enncontraado aúnnn... Quiénnn sabe... Ojalá puddiera decirr que essstá delaante dee mí... —Y sonreí de lado, con los ojos entrecerrados y fijos en su tentadora boca. Pero como si aquello hubiera sido poco, mi cerebro apagado dio pase libre a la *suelta* Kim—. Aunquee tammbién creoo en una cossa máss...

El clon de Bon Jovi, en su mejor versión, se acercó aún más y, tras animarse a acomodarme un mechón de cabellos detrás de la oreja, volvió a hablar:

—Por favor, dímelo antes de que no haya marcha atrás, *preciosa*... —Y su mano acarició mi rostro mientras sus ojos seguían fijos en mis labios.

Sí, mis bragas pedían auxilio o que, al menos, les vertiera lo que quedaba en la copa...

—Puesss, creo que sii me vuelvess a llamar «preciosa» de laa maneeera en quee lo haass heechoo hastaa ahoraa, no me haré reeesponsable de lo que pueda hacerrrtee...

¡Y entonces sí! Por si pudo existir alguna duda, con aquello había quedado

más que claro: Kim Faster estaba de oferta.

Pero aunque otra vez me había pasado de la línea de lo normal, en contra de toda probabilidad, Bon Jovi no tardó en amarrarme por la cintura para arrastrarme y dejarme pegada a ese torso que, ¡por Dios!, estaba más duro y caliente que el asfalto en verano.

—Pues asumo toda la responsabilidad, *preciosa*… —sentenció, lo que hizo que mis bragas renunciaran de forma definitiva a su función.

Y, por supuesto, a la mierda con todo: actué como cualquiera hubiese hecho en mi lugar… y en estado de ebriedad, claro, pues mi amenaza no se hizo esperar y ataqué, cual viuda negra, a esa boca vikinga que tanto me había tentado, aunque suplicando que no fuera una cruel ilusión de mi borrachera…

Capítulo 3

«¡¡¡¿Qué demonios?!!!».

Sí, eso fue lo primero que me pregunté en cuanto me desperté porque estaba en pelotas, completamente en pelotas y abierta de patas como un pollo a punto de ser horneado. Miré a mi lado y no había nadie, aunque era más que obvio que no había dormido sola. Y entonces recordé al superguerrero nórdico y maldije por no acordarme lo bien que, seguramente, lo habría pasado, aunque..., ¿*seguramente*? ¿Y si no había sido más que una fantasía? ¿Y si en realidad había terminado con alguna especie de *ayudante de guerrero* y el insuperable nivel de alcohol que había tomado no había hecho más que disfrazarlo y volverlo apetecible a mis exigencias de solterona? O peor aún... ¿habría dormido con... Dick Walker?

Me acurruqué y me tapé con las sábanas al tiempo que me juraba nunca más tomar de esa manera, pero al instante supe que no podría cumplir con tal promesa. Claro que mis borracheras jamás habían llegado a ese nivel de inconsciencia y la única que tenía conocimiento de estas era Rosamund y... el sujeto con el que había terminado en la cama. Es decir, el vikingo o... mi jefe.

«¡Mierda!».

Miré para todos lados, y la jarra, junto a casi una docena de copas sucias tiradas por todo el cuarto, me hizo entender por qué no podría recordar jamás lo que pudo ser una supernoche. Todas, absolutamente todas, tenían restos de aquel trago que Rosamund y yo solíamos tomar en nuestros años de universidad. ¡Qué tiempos aquellos en los que mi pobre cuerpo aguantaba litros literales de la gran mezcla! Pero eso había sido hacía quince años atrás y la última vez que había tomado al punto de la inconsciencia había sido la noche en la que descubrí que

Steve no era más que una farsa de hombre. Claro que de esto solo se enteró mi querida Ros y, antes que convertirme en el hazmerreír, preferí quedarme con el papel de zorra con corazón de hielo. Y así fue que lo dejé plantado a días de nuestra boda. Maldito idiota… Pero no va al caso. La cuestión es que aquella noche en la que chupé como esponja nueva fue la misma en la que escribí aquel contrato que guardaba celosamente en el libro de viajes de mis padres… solo como un recuerdo más.

Como fuera, allí estaba por segunda vez con la peor resaca de la historia de mi vida, aunque, esta vez, sin saber qué había hecho. Me senté, me puse la vieja y larga sudadera, y me levanté despacio; no sabía si *el sujeto* estaba aún en mi casa, además de que mi cabeza y estómago amenazaban con vengarse por la noche que les había hecho padecer. Así, de puntillas, me acerqué hasta el baño. Miré con detenimiento y, enseguida, supe que al menos había estado con alguien que tenía pene, pues la tapa del inodoro estaba levantada. Solo esperaba que ese no fuera *andante*… Caminé hasta la sala y, tras tragar saliva, temerosa de encontrarlo allí frente a mis narices, babeando o tartamudeando, suspiré al descubrirme sola. Cerré los ojos, me lancé en el sillón y, tras desperezarme, negocié con mi cabeza. En compensación a los litros de alcohol ingeridos, me dedicaría a dejar de pensar en penes y malos recuerdos para enfocarme en lo único importante: el destino de mis vacaciones. Abrí los ojos y, entusiasmada, me lancé a tomar el libro de viajes de mis padres, pero me detuve, pues, sobre este, una pequeña y corta nota que levanté hizo que me sudara hasta el trasero.

¿Café? ¡A sus órdenes, futura esposa!

«¡¡¿¿*WTF*??!!».

Mis ojos se quedaron fijos en el maldito papel sin entender una absoluta mierda de lo que estaba ocurriendo hasta que el miedo hizo que lo dejara caer de forma automática. ¡¿Esposa?! ¡¿Futura esposa?! ¡¿Qué rayos había hecho?! Pero no pude pensar mucho más, pues mi móvil, que estaba al lado de la puta nota, comenzó a sonar. Lo tomé y atendí, aunque sin decir palabra alguna. Solo esperaba que el *shock* no llegara a mi estómago que atentaba con hacer un desastre allí, sobre el libro de mi madre.

—*¡¿Kim?! ¡¿Kim?! ¡¿Estás allí?!* —no tardó en decir Rosamund tras mi silencio de varios segundos.

Tragué saliva tratando de contener los nervios.

—Ros… Yo…

—*¡¿Me puedes explicar qué es lo que has hecho?! ¡Qué demonios, Kim!* —gritó

mi amiga.

—Yo… no lo sé… Es que… —no podía coordinar palabra alguna.

—*¡¿Que no lo sabes?! ¡¿De qué rayos hablas, Kim?! ¡Dick acaba de anunciarlo por correo!*

Pude sentir el frío recorrer todo mi cuerpo.

—¿Dick? ¿A… anunció? No entiendo… Yo…

Ros, harta de mi vacilación al responder y tras refunfuñar, volvió a gritar lo último que hubiera querido escuchar:

—*¡La boda, Kim! ¡Que te casas, mierda!*

Las palabras de mi amiga retumbaron como un eco en mi cabeza que, cansada de toda la porquería que había tenido que soportar, decidió apagarse en el mismo segundo en que la puerta de mi apartamento comenzó a abrirse.

***

—¿Kim? ¿Kim? —Oí todavía aturdida.

Aún tenía la mirada borrosa, y la voz que escuchaba me sonaba distorsionada. Y en cuanto recordé por qué me había desmayado, no volví a intentar abrir los ojos y solo rogué perder la consciencia otra vez. Hubiera sido preferible que pasara eso, pues al solo imaginar que quien me llevaba en brazos era Dick Walker, las ganas de vomitar se hicieron concretas y, en medio del trayecto, aún sostenida por el *sujeto*, giré mi rostro hacia abajo y lancé toda la porquería de mi estómago.

—Cielos… —dijo petrificado en el lugar, pero sin soltarme.

Y entonces, su voz me fue tan clara que, cuando decidí abrir los ojos, terminé de darme cuenta de que esos largos y perfectísimos zapatos de diseñador que acababa de ensuciarle, sin duda alguna, no eran de Dick Walker.

Me hubiera bajado de un solo salto solo para salir corriendo de la vergüenza, pero mi estropeado cuerpo jamás me lo hubiera permitido y él tampoco, pues, sin tardar un segundo más, siguió el camino a mi habitación hasta depositarme sobre la cama.

Después de haber lanzado, juro que preferí que hubiese sido una ilusión, una fantasía de mi estúpido cerebro, pero el clon de Bon Jovi, en su mejor época, me miraba con una mezcla de pena y dulzura.

Mierda… Y sí: en el *ranking* de los momentos más vergonzosos de mi vida, este se llevaba el puesto número uno.

—¿Tú...? —fue lo único que me salió de la boca. Bueno, eso y seguramente un aliento asqueroso que nunca me perdonaría. ¿Pero qué podía hacer? ¿Ocultar mi realidad? ¡Acababa de verme vomitar y enfundada en ni más ni menos que en una camiseta vieja de mi padre!

Sonrió y asintió con una tranquilidad que no sé de dónde sacaba si era que él también había bebido como yo.

—El mismo. Thomas Olsen a tu disposición, *hermosa*. —Y sacó del bolsillo de su chaqueta un fino pañuelo de tela—. No creo que sea suficiente, pero algo ayudará. —Y me lo dio.

¿Era cierto? ¡Lo que se suponía que hubiera sido mi sueño se había convertido en mi pesadilla! Él, un príncipe, caballero, elegante y sin perder los modales; y yo, una puerca, sucia, vestida como indigente... Aunque, por lo menos, me había ahorrado la vergüenza de preguntarle el nombre. Gracias al cielo, sin saberlo, se había presentado a mi versión consciente por primera vez.

Suspiré y me tapé la cara. No podía más de la vergüenza y estuve a punto de pedirle disculpas cuando mi cerebro al fin hizo clic: si el vikingo estaba allí y él había sido quien había abierto la puerta con *mis llaves*, las únicas que habían de ese apartamento, entonces...

—¡Dios mío! —grité clavando mi mirada en la suya. Bon Jovi entrecerró los ojos, confundido—. Tú... La nota... —balbuceé.

—¡Oh! ¡La nota! —Rio y, tras correr con el pie algunas copas sucias, se acomodó un poco mejor en el borde de mi cama—. Pues sí: es producto de mi puño y letra. —Y al notar que yo no emitía sonido, me miró con esa mirada llena de nostalgia que no sabía si se pondría a cantar *Bed of roses* o si diría algo más en relación a toda esa locura—. Pero... si tú prefieres dejarlo en nada, pues entenderé... —Y suspiró con un aire de tristeza mezclado con decepción que en mí no hizo más que darme unas ganas tremendas de tirármele encima para devorarle la boca.

Aunque no lo hice, claro. No tenía ganas de que comprobara cuán loca estaba yo en realidad.

—¡Oh, no! Es que... —Tragué saliva y tomé todo el aire que pude. Era cierto: no me acordaba una mierda de lo que había pasado, pero perderme a semejante bombón... no era una opción. Solo averiguaría de forma muy sutil cómo rayos habíamos terminado en semejante pacto. Oh, y claro, también me aseguraría de que no fuera un oportunista o algún tipo de asesino en serie—. Es que... solo estoy... algo confundida, Thomas. No sé si te lo he dicho, pero ese trago —señalé un rejunte de copas con sobras del líquido rosa— hace que a veces mi cabeza se

pierda un poco, ya sabes… —dije con esa risita de clara incomodidad.

Thomas entrecerró los ojos con una sonrisa en su rostro y sacó un papel bastante amarillento que me extendió para que lo tomara.

—¿Tal vez esto te refresque un poco la memoria, *preciosa*?

Sonreí, lo tomé y en cuanto lo abrí… «¡Me cago en el puto coctel de Ros!». Sí, exacto: era aquel viejo contrato que yo misma había escrito y, oh, casualidad, en aquel entonces, lo había hecho bajo los mismos efectos del trago rosa. Aunque claro, nunca me deshice de él, puesto que, a pesar de las circunstancias en las que lo había confeccionado y sus descabelladas cláusulas, resultó no ser tan malo, al menos para asegurarme de que quien dijera que quería estar conmigo el resto de su vida fuera, de verdad, honesto. El asunto era simple: si el sujeto aceptaba firmar el contrato, casi que no había dudas de que quería compartir sus días conmigo y para siempre.

Como fuera, miré el papel y efectivamente Bon Jovi lo había firmado: «Thomas Olsen», figuraba como aclaración de una firma tan larga como… como hermosa era su letra. Porque me hubiera encantado comparar la longitud de su firma con otra cosa, como su pene, por ejemplo, pero, para mi infortunio, el alcohol, ese estúpido trago tono pantera rosa, me había hecho olvidar la que, seguro, fue la mejor noche de mi vida.

—Escucha, yo…

Thomas respiró profundo y, tras negar con la cabeza, bajó su melancólica mirada hacia sus zapatos… en realidad, gracias a mí, sus *sucios* zapatos.

—No importa, Kim. Lo comprendo. No debí haber aceptado. —Elevó la vista y la clavó en mí—. Pero estabas muy triste, ¿sabes? Y no pude evitar acompañarte… No quería dejarte sola. Y estuve muy cerca de irme, pues sabía que ya habría más tiempo para seguir conociéndonos, pero entonces tú…

Fruncí las cejas.

—Entonces yo, ¿qué, Thomas?

Se hizo un intenso silencio.

Él me miró durante unos segundos, fijo a los ojos, un tanto inseguro y podría jurar que casi con culpa, hasta que tragó saliva y volvió a bajar la mirada.

—Entonces yo te besé —sentenció con una seguridad repentina—. No pude evitarlo, Kim. Me volviste loco… Y creo que yo a ti algo también te agradé… —Sonrió y yo reí. Y con esto, y tras recordar su distorsionada voz en cuanto entró al apartamento, entendí que, al parecer, en algún momento, yo también le había dicho mi nombre—. El resto es historia. Y te entiendo… Después de todo, el alcohol es perjudicial para los secretos, ¿no? —expresó con nostalgia marcada al tiempo que se quiso levantar, pero lo impedí al tomarlo de la mano.

—Espera… ¿Yo dije eso?

—No…, solo es una frase de un viejo amigo. —Thomas sonrió con nostalgia y suspiró—. Tú… solo me pediste que te amara… para siempre, Kim. Y no me preguntes por qué, pero al solo oírte decirlo supe que podía hacerlo. —Volvió a suspirar—. Pero no te preocupes… Dejaremos todo esto como si no hubiese pasado y…

—Pero, Thomas, ¿cómo es que…? —Me detuve para respirar profundo porque no podía dejar de lado mi cuestionamiento racional, pero a la vez, no quería sonar dura… ni tampoco quería perderme de conocerlo, por supuesto—. Acabamos de conocernos, y tú ya…

Frunció las cejas, confundido.

—¿Que acabamos de conocernos? —Rio ofendido—. ¿De qué estás hablando, Kim? Tal vez haya sido la primera vez que nos vimos a los ojos, pero cinco meses de Bamboolove… Esos cinco meses no fueron pocos para mí, ¿sabes? Y por lo que tú me escribías, para ti tampoco, ¿o has cambiado de parecer? —dijo casi con dolor.

«¡Y me cago en la panzona de Ros!».

Bamboolove… ¡Puf! ¡La misma en la que ella había conocido a Megasalchicha!

¡Maldita zorra! ¡Es que podía jurar que no había persona más entrometida y manipuladora que la preñada de Ros! Y me las pagaría, aunque no en ese momento, pues tenía frente a mis narices a un tipo que no solo estaba más bueno que la fusión de Bon Jovi con Thor, sino que seguro era una buena persona, además de un excelente partido… A ver, que si Rosamund había tramado todo esto durante cinco malditos meses y al punto de haberme hecho llegar a esa situación, era porque ya se habría asegurado no solo de que no fuera un asesino serial, sino también de que fuera el hombre de mis sueños… O, al menos, que cumpliera con mis exigencias.

—Oh. Claro… A eso me refería, Thomas, que fue solo una vez la que nos vimos y yo…

—Escúchame, Kim. Si bien fue un tanto extraño cuando me contaste lo de tu contrato, como ya te he dicho, lo entiendo. Pero después de lo de ayer… No solo lo entendí, sino también que te comprendí. —Se me acercó y me tomó de las manos—. Solo buscas proteger tu corazón y yo entiendo de eso, como también ya bien sabes. No por nada esperé tanto tiempo en mi vida para buscar la mujer de mis sueños. Y, en serio, creí que tú y yo podríamos ser un buen equipo. ¡En serio que lo pensé después de todas esas noches de chat! —Rio como si hubiera recordado cada una de esas charlas que era obvio él no sabía y había tenido con

la desquiciada de Rosamund—. Y después de esta noche juntos… no tuve la menor duda de que así sería… —Bajó la mirada, me soltó y suspiró—. Pero, por tu reacción, entiendo que no te ha pasado lo mismo. Tal vez, no te convenzo, ¿cierto? —Me volvió a mirar con esa sonrisa llena de tristeza y negó con la cabeza para que no le respondiera—. No me hagas caso y solo olvídalo, ¿sí? Fue un gusto conocerte, *preciosa*. Adiós… —Dejó el contrato doblado sobre mi mesita de noche y salió de la habitación.

Fueron solo unos segundos en los que mis ojos se quedaron clavados en el papel mientras mi cabeza trataba de procesar lo que estaba ocurriendo, pero también sabía que no tenía mucho tiempo, pues estaba segura de que Thomas estaba a solo unos pasos de salir de mi apartamento. Y entonces vinieron a mí las palabras de mi amiga. Tantos años haciendo lo mismo para tener siempre el mismo resultado: soledad. Está bien: no lo había conocido como me hubiera gustado, pero si lo dejaba ir… si lo dejaba ir nada cambiaría. Y Shadow y las fantasías con Dick volverían a invadir mi vida, claro…

De un salto, me levanté, tomé el contrato y corrí hasta llegar a la sala, justo cuando Thomas Bon Jovi acababa de abrir la puerta para irse.

—¡Thomas! —Él se dio vuelta, medio sorprendido, medio triste—. Espera… —Caminé hasta él y solo me frené cuando quedé a unos pocos centímetros de su espectacular cuerpo de guerrero—. No quiero que te vayas y quiero conocerte. —Él frunció las cejas y enseguida me corregí—… Quiero decir, deseo conocerte más, mucho más… Pero no quiero que te sientas presionado por esto —elevé el contrato doblado—, ¿me entiendes? No quiero que pienses que soy una loca o que…

Pero no me dejó continuar, pues sus manos se apoderaron de mi cintura y su boca devoró la mía hasta enmudecerla con su pasión. Y solo para evitar que muriésemos ahogados, liberó mis labios y apoyó su frente contra la mía.

—Quiero hacerlo, Kim. Sé que eres la indicada para mi vida. Nada puede fallar, lo sé. Solo lo sé…

Y no puedo explicarles cómo, pero mi corazón empezó a latir a mil por hora al punto de que acalló mi maldita razón, la que le hubiera cantado los mil *peros* a su alocada idea, por supuesto. Pero, sin dudas, esa Kim, esa que había soñado con casarse con el príncipe azul, había despertado y gritaba, aullaba de felicidad al tener frente a ella la oportunidad que había esperado por más de quince años. Y por una vez, después de tanto tiempo, solo una vez más, decidí que sería el momento. Después de todo, si no funcionaba, ¿qué podía perder? Y si marchaba bien… ¡Y si marchaba bien sería la esposa de Thor!

Capítulo 4

—*OK*… Antes de que digas lo que sea: de nada —expresó una engreída Ros, ni bien llegué, para luego beber un poco de su café.

Después de aquel beso con Thomas mi intención no había sido otra que sellar el trato en la cama, pero, por supuesto, el maldito móvil no me lo permitió. O mejor dicho, la que impidió que nuestros asuntos siguieran en mi habitación fue nuestra queridísima celestina, pues no paró de llamar hasta que la atendí. Y Thomas no se opuso a que la viera, pues debía atender algunos asuntos de su trabajo… y, por cierto, para terminar de cerrar su perfecta imagen de príncipe semidiós, ¡me confesó que era arquitecto! ¡*OMG*[6]!

Hice a un lado la silla y, con las pocas fuerzas que me quedaban en el cuerpo, me senté frente a ella.

—Antes que nada, me debes una larga y clara explicación, Rosamund Parker… —le recriminé señalándola con el dedo índice, pero no hizo más que sonreír, por lo que bufé—. ¡¿Bamboolove?! ¡Por todos los cielos! —Y me dejé caer sobre el respaldo.

—¡¿Qué tiene de malo?! Después de todo, es donde conocí…

—A Megasalchicha. ¡Y-a l-o-s-é, Rosamund! —grité enfurecida—. ¡¿Es que acaso tan grande la tiene que te llegó hasta el cerebro?! ¡Vamos! ¡Que yo no quería conocer al amor de mi vida en un lugar así! ¡¿Qué rayos va a pensar la gente cuando me pregunten sobre nuestra historia?! ¡¿Qué les contaré a mis futuros posibles hijos?! ¡Cielos! —terminé por exclamar horrorizada y con ambas manos en la cabeza.

Rosamund dibujó una media sonrisa en su rostro.

—Así que *amor de mi vida*, *historia*, *hijos*… Pensé que era un buen partido,

pero al parecer fue más que eso, eh… —Sonrió satisfecha—. Vamos, Kim, aún estoy esperando tus «gracias».

Puse los ojos en blanco y largué todo el aire de mis pulmones. Agradecí que hubiera elegido vernos en un lugar público porque, de lo contrario, ya la hubiera asesinado.

—Escucha, Rosamund… Él no sabe lo que yo sé.

—¿Y eso es…? —preguntó sin ganas, mirándose las uñas.

—¡Que tú fuiste la que le habló durante esos cinco meses! ¡No está enamorado de mí, sino de ti o de la versión que tú hayas creado de mí, por todos los cielos, Rosamund!

Chasqueó la lengua al mismo tiempo que negó con la cabeza.

—¡Oh, por favor, Kim! ¡Eres una exagerada! Por empezar, no creo que sea enamoramiento, ¿*OK*? Sí, está muy enganchado. Sí, le agradaste hasta los huesos. Y sí, el maldito Thor es encima superromántico. Pero de ahí a que esté enamorado… no lo creo. —Quise hablar, pero con una mano en alto no me lo permitió—. Segundo, no se enganchó conmigo, sino de ti. Te conozco lo suficiente como para saber reemplazarte, al menos de forma cibernética. Y, además, no dije nada que no fuera cierto. Estoy segura de que ha llegado al mismo nivel de desesperación encubierta que tú, porque fue bastante comprensivo con varias cuestiones, por ejemplo, con la de tu contrato, que créeme, no es algo menor… ¿Sabes cuántos tipos *normalitos* me eliminaron en cuanto hablé de tu estúpido acuerdo prenupcial? —dijo sin filtros y yo fruncí las cejas—. ¡Puff! Ni te imaginas… —Bebió de su café y volvió la mirada a mí—. Y tercero, te aseguro que la única que debe saber sobre él eres tú. Y para eso me tienes a mí, y a tiempo. Por unos minutos, pensé que no te habías ido con él, sino con el friki e idiota de Dick. ¿Sabes lo que me preocupé al leer su estúpido correo? ¡Cielos!

Cerré los ojos y suspiré. «No la asesinaré, no lo haré, es mi mejor amiga… Y serían muchos años de prisión».

—Eres una inconsciente, Ros. Me has metido en un embrollo del que no sé si podré salir airosa…

Rosamund enarcó una ceja.

—¿Yo? —Rio—. Disculpa, cariño, pero tú sola te has metido, ¿*OK*?

Arrugué la frente.

—¿Qué rayos dices? ¿De quién fue toda esta idea estúpida? ¿Acaso yo sabía algo de todo esto? ¡No, claro que no! —le lancé negando con la cabeza.

—Yo lo único que hice fue acercarte el tipo de hombre con el que sueñas y que tú no te atreves a salir a buscar, Kim. El resto fue todo una cuestión tuya…

—Ya basta, Ros. Fuiste tú la que le habló del contrato. Y Thomas no dudó en firmarlo porque *tú y solo tú* —resalté— lo enamoraste...

Alzó una mano como gesto de *stop*.

—Hey, espera, chica *faster*. Le hablé del contrato lo justo y necesario para no perder tiempo, ¿*OK*? Y, además, perdóname, pero dudo de que haya sido él quien avisó de tu compromiso...

—Ese fue el entrometido de Dick porque... —Y me callé de golpe. Pensando en Thomas, en mi borrachera y en cómo asesinar a Rosamund, no había reparado en ese tan pequeñísimo gran detalle.

Tomé mi móvil, abrí el correo del trabajo y ¡zas! ¡Bingo! Allí estaba mi estúpido mensaje a... Dick Walker.

Estimado Dick Walker:

Por medio de la presente, y como habíamos acordado el mismo viernes antes de cumplir el horario laboral, le informo que el destino de mi viaje por vacaciones será Suecia. Y, aprovechando la circunstancia, le confirmo que la visita a dicho país será también para celebrar mi compromiso, puesto que en breve contraeré matrimonio con el señor Thomas Olsen.

Atentamente,

Kim Faster

No podía creerlo. No podía acordarme una absoluta mísera escena del momento en que había escrito aquello.

—Rayos, Ros... ¿Y Suecia? —dije, y dejé caer mi móvil sobre la mesa para taparme la cara con las manos.

Por supuesto que yo también esperaba que mi amiga me consolara o preguntara algo, pero la muy descarada lo único que hizo fue tomar mi teléfono con las ansias de una adolescente.

—Mierda, Kim... Sí que estás jodida. Y sí, entre las cosas que debo mencionarte está que tu pedazo de vikingo es de allí. —Suspiró al tiempo que dejó el móvil y, luego de unos segundos de vacilación, continuó—. En fin, como sea..., si no quieres casarte, siempre puedes retractarte. Solo tendrías que enviar un *e-mail* diciendo que, por esos motivos de la vida, el compromiso se ha cancelado y, por lógica transitiva, también la boda. Y ya está: asunto solucionado.

En un santiamén, me enderecé y clavé la mirada en la de Ros, a la que era obvio que nada le importaba y solo disfrutaba de ver cómo mi mundo de pura estructura se caía a pedazos.

—¡Eso jamás! ¡¿Sabes lo que significaría?! ¡Pasaría de ser la única solterona a la única solterona abandonada en el altar! ¡Nadie creería que yo quise cancelar la boda! —Largué el aire refunfuñando y cerrando las manos en puños—. ¡Y encima a pasos de mi ascenso, Ros! ¡No puedo cancelarlo! ¡No puedo!

—¿Ascenso? —Se agarró del filo de la mesa para acercarse un poco más a mí, a pesar de la megapanzota—. ¡¿Ascenso?! ¡¿Dick y los socios te convertirán en una de ellos y no me dijiste nada?!

Suspiré.

—Lo siento, Ros. No me diste tiempo, ¿*OK*? Pero sí, eso fue lo que me dijo Dick el viernes antes de irme.

Ros, alegre como niño con juguete nuevo, alzó las manos con las palmas hacia arriba.

—¡¿Pero te das cuenta, Kim?! ¡Te ascenderán a socia y te casarás con Thor! ¡De qué rayos te estás quejando! ¡Es hora de brindar! ¡De brindar en honor a tu apellido, porque sin dudas que eres una digna *Faster*! —Elevó su café.

Y tenía razón. Si lo pensaba con detenimiento, no solo estaba cumpliendo dos de mis metas, sino que también lo estaría haciendo en un tiempo récord. Novio, nuevo ascenso y futura boda, todo conseguido en tan solo… ¡un día! Y, aunque no había sido como yo lo hubiera planeado, no podía negar que aquello era eficiencia.

Sonreí de lado y, vencida, largué todo el aire de mi interior y alcé el café que tocaba por primera vez desde que había llegado.

—Por el ascenso y… por mi boda —dije en una extraña mezcla de emociones y con las cejas fruncidas aunque sonriente.

—¡Por el ascenso y… por Bamboolove! ¡Sí! —exclamó la friki de Ros.

Capítulo 5

Pues bien, parecía todo una locura y, la verdad, lo era. ¿Pero qué más daba? De una u otra manera, tanto Ros como aquella ilusa Kim enamorada de la idea del amor habían logrado contener a la fiera de mi razón. Y, aunque por momentos renegara de aquello, lo sentía como un descanso que me tomaba de mí misma. Aunque, claro que estas vacaciones tendrían consecuencias bastantes más pesadas y determinantes que las comunes y corrientes, por ejemplo, un futuro esposo, una pronta vida matrimonial y, por supuesto, no podía faltar la más próxima: conocer a la familia política… y que vivía ni más ni menos que en Suecia. Sí, también lo pensé… ¿Qué demonios haría yo en Suecia? La realidad era que jamás de los jamases se me hubiera ocurrido ir allí de vacaciones, pero dadas las circunstancias, no había otra opción. No solo porque según mi querido contrato debíamos realizar una fiesta de compromiso en los próximos diez días, sino también porque el tremendo vikingo debía regresar a su país natal por un proyecto de la firma para la que trabajaba. Y genial la obra del escritor de nuestros destinos que alineó mi vida con la de Bon Jovi al punto de que todo encajara a la perfección… a la *perfección*, palabra que se adecuaba inequívocamente con mi Thor *superhot*.

—Entonces, ¿no te olvidas nada? —me preguntó una Ros que ya rayaba lo loca por el nerviosismo que la dominaba.

Estábamos en el aeropuerto esperando por Thomas.

Alcé una ceja y la miré.

—Sí, desquiciada, tengo todo en orden. ¿Es que alguna vez ha sido distinto? A ver… déjame pensar… ¡Oh, pero por Dios! ¡Si todo se vuelve un completo desastre solo cuando tú intervienes! —ironicé con la voz más aguda que de lo de

costumbre.

Ros entrecerró los ojos, aunque no dejaba de comerse la única uña que le quedaba.

—Es que estoy segura de que algo te falta… —Tardó unos segundos hasta que abrió los ojos como dos huevos—. ¡Eso es!

—¿Qué? —pregunté harta.

—¡Condones!

Revoleé los ojos.

—¿En serio? —Mi asquerosa amiga alzó las cejas y yo bufé al tener que justificarme—. ¡Claro que llevo, puerca! ¡Están en la maldita maleta! Y, ahora, ¿qué? ¿Me preguntarás si llevo tampones también? —Negué con la cabeza y me giré para mirar a mi alrededor en busca de Thomas. Entre Rosamund y la espera, mi paciencia comenzaba a peligrar.

—¡Me refiero a si llevas en tu bolso de mano, *miss inteligencia*!

Fue inevitable. Me di la vuelta enseguida con el ceño hiperfruncido.

—¡¿Pero qué rayos te sucede?! ¡¿El salchichón de tu esposo se te quedó atascado en la cabeza?! ¡¿Para qué demonios voy a llevar uno encima?! ¡Estaremos en un maldito avión, Rosamund!

—Definitivamente no solo no tienes imaginación, sino que te falta conectar el cable calentador que va de tu cerebro a tu bizcocho, Kim… ¡Cómo no se te ocurrió con semejante macho nórdico, por Dios!

Fruncí las cejas.

—¿Bizcocho? ¿Ahora la llamas así? —Bufé al tiempo que puse los ojos en blanco.

—Oh… Perdona, señora *salchichón*… —Hizo el gesto de las comillas y revoleó los ojos.

Suspiré profundo y mi mirada nerviosa volvió a lo más importante: buscar a Thomas.

—Ros…, ¿y si se arrepintió? ¿No crees que ya es muy tarde?

Mi pecho comenzó a moverse más rápido, como si hubiese estado a punto de tener un ataque de pánico. Sinceramente, algo poco común en mí, la inalterable Kim Faster.

La puerca de mi amiga se cruzó de brazos con ambas cejas alzadas y los ojos a medio abrir.

—A ver, *miss* estructura… El vuelo sale a las 8.15 a. m. y son las… 5.05 a. m. ¿En serio quieres que te responda? Porque, de hacerlo, creo que podría herir tu estúpido sentido del razonamiento.

Exhalé todo el aire de mis pulmones.

—Es que quedamos en encontrarnos a las 5 a. m y ya es la hora, y…

—No me obligues a abofetearte, maldita loca. De verdad, ya te pareces a una de esas viejas solteronas que cuentan los minutos del reloj en lugar de disfrutar del tiempo que les queda de vida para contar, por ejemplo, penes.

—Dios, Rosamund… —Negué con la cabeza. Seguir hablando con ella no tenía sentido—. Escucha, voy hasta el baño. Si lo ves, por favor, avísame, ¿sí?

—*OK*… Ve, pero no te aseguro que no vaya a tirármelo antes que tú, eh…

Puse los ojos en blanco, pero enseguida me lancé a casi correr hasta el baño. Necesitaba refrescarme, caer en la cuenta de lo que estaba haciendo. Y no me hubiera detenido de no ser por sentir una extraña presencia controladora. Me detuve, miré para ambos lados y, al no percibir nada fuera de lo normal, negué con la cabeza una vez más. Quizás Rosamund tenía razón y me estaba volviendo una vieja desquiciada. Pero no pude avanzar más que unos pocos pasos que volví a tener esa sensación y necesité verificar otra vez. Me sentía perseguida, pero mis ojos no detectaron nada extraño más que personas esperando como yo lo había hecho hasta hacía unos segundos atrás. Respiré profundo y, decidida, caminé hasta el baño. Entré y me dirigí al fondo, pues era largo, y en cuanto vi el grifo, lo abrí para no parar de mojarme el rostro sin cesar. Luego pasé a echarme agua en la nuca, luego entre los senos y, así, casi que me bañaba en el *toilette* del aeropuerto, hasta que el ruido de una de las puertas de los cubículos hizo que frenara de golpe. Alcancé a ver los zapatos rosa intenso y un espantoso vestido largo de una mujer que, evidentemente, acababa de entrar. Volví a respirar profundo y me miré al espejo, pues necesitaba borrar de mi mente aquel insulto al estilo. Mi vestido de diseñador al cuerpo estaba reluciente, como siempre, y hacía perfecto juego con mi bolso y tacones. Aquello me calmó un poco, pero la cuestión principal aún hacía ruido en mi cerebro.

«Tranquila, Kim. Vamos, tú puedes. No hagas de algo simple un gran problema… Después de todo, no se trata de algo tan complicado, serán solo unos días. Conocerás a su familia y luego… Luego dices “sí” y ¡asunto terminado! ¡Otra meta más cumplida!».

—¡Sí! ¡Tú puedes! —grité aún mirándome en el espejo. Y, en ese preciso momento, pude jurar que vi una cabeza descender de golpe del cubículo de la señora de los zapatos fucsias… ¿Me había espiado? Como fuera, no pude pensar mucho más porque, sin previo aviso, la puerta de su compartimento se abrió. Sí que era extraña, pues, además del horrendo vestido floreado, tenía un enorme y ridículo sombrero que no me dejó verle el rostro. Y era evidente que estaba alterada, pues, antes de que desapareciera, no solo me pareció escuchar una

especie de tartamudeo nervioso, clásico en las personas sobresaltadas, sino que además la asquerosa había salido disparada del baño sin lavarse las manos. Y al hacerlo tuvo la enorme suerte de chocarse con Ros que justo entraba.

—Viejas de mierda… —dijo en voz baja, cubriendo su mullido vientre.

La señora ni se inmutó y solo siguió de largo, con ambas manos sobre su sombrero. Aunque, me pregunto… ¿a quién le hubiera importado perder semejante insulto a la moda?

Gente friki…

Pero no iba a detenerme en los demás. Mi vida y lo que ocurría en ella, sin dudas, eran lo más importante, al menos, en ese decisivo momento.

—¿Ya llegó? —inquirí, ansiosa.

Ros suspiró con decepción y, luego de un silencio que casi me mata, volvió a hablarme.

—Sí, y no me dejó chupársela. Al parecer, quiere que lo hagas tú. ¿Vienes? —Y me guiñó un ojo con esa media sonrisa típica en las zorras maliciosas como ella.

Cerré los ojos y, sin más, reí. Debía calmarme y dejar de pensar tanto. Todo estaba yendo más que bien. Es que de verdad, ¿qué podía salir mal?

***

—Señorita, ¿desea alguna bebida en especial?

La sonrisa perfecta de la jovencita, que no tendría más de veinte años, parecía que se quedaría grabada en su cara y no por mí, sino por el Thor que tenía a mi lado. Exacto: me estaba preguntando si quería algo, pero con la mirada fija en *mi futuro esposo*.

«Yo no sé, pero tú seguro que quieres beber, aunque directamente de *su* pico», imaginé responderle. Y casi que lo hacía de no haber sido por Thomas que intervino por mí.

—Dos *whiskys on the rock*, por favor. —Y sonrió de medio lado, algo que por poco hizo que la *top model* vestida de azafata se levantara la falda en un acto de completa entrega cochina.

—Sí, eso… —logré agregar, a pesar de que a nadie le importara mi respuesta.

—Espero que no te haya molestado que pidiera por ti, preciosa. Pero la verdad es que necesito algo urgente para relajarme. —Y otra vez esa sonrisa.

—No hay problema, Thomas. Después de todo, yo también necesito beber

algo que me calme un poco.

¿Qué iba a decirle? Si con ese gesto de donjuán yo también me ponía en la fila de «Levántense las faldas, ahí viene el gemelo de Thor».

—Así que nerviosa, eh… —Se acercó un poco a mí y me acarició la mejilla—. ¿Ansiosa por conocer a mi familia?

«¡Oh! ¡No te das una idea! En especial, porque solo el 5% de las personas se lleva bien con las suegras».

—Je, je… Sí, un poco. —Y antes de cometer el error de preguntárselo, me esforcé por recordar el resumen sobre mi futuro prometido, que la mismísima Ros me había hecho y enviado por correo. Claro que lo tenía en mi móvil y en la *notebook*, aunque, por cualquier inconveniente, me comunicaría a diario con la cerda de mi amiga—. En especial porque conoceré a tus hermanos, Amanda y Ray, ¿cierto?

Thomas alzó una ceja, seguro que confundido por mi estúpido «cierto» y que no me detuve a explicar, ya que podía interpretarse de distintas maneras. Aunque, lo que era «cierto» era que, si no quería echar a perder todo, debería cuidar todas y cada una de mis expresiones, al menos hasta que lo conociera un poco mejor que mi versión cibernética interpretada por Ros.

—Pues sí. Y a mis sobrinos. —Sonrió—. Son un tanto traviesos y, como te comenté hace unos días, son mellizos como su madre y Ray, pero estoy seguro de que los amarás.

«¿Mellizos? ¡¿Por qué Ros no había incluido esa mierda de detalle en su resumen?! ¡Dios!».

La azafata, con el mismo nivel de *babosidad*, se acercó y dejó nuestro pedido. Claro que no tardé en casi hacer fondo blanco, a lo que Thomas rio aunque con una elegancia que yo parecía haber perdido desde el día en que lo conocí.

—Lo siento, es que yo… —intenté excusarme por mi conducta de puerca borracha, pero no continué; suspiré profundo para decidir cambiar de rumbo la conversación—. Y tú, ¿nervioso por lo mismo o por asuntos de trabajo? Porque, por lo que he visto en el aeropuerto, eres alguien muy requerido.

«Sí, muy bien, Kim. Demuéstrale cuán controladora puedes ser…».

Y ahí iba yo otra vez a cagarla. Casi niego con la cabeza, pero preferí reemplazar aquel gesto con una sonrisa *chistosa*. Aunque, en el fondo, mi pregunta no estaba tan mal. Desde que había salido del baño del aeropuerto, mi hermoso Bon Jovi no había dejado de hablar por teléfono sin cesar.

Como fuera, Thomas no pudo evitar sonreír con incomodidad.

—Sí, lo siento, Kim… —Se acarició el pelo hacia atrás. Y agradecí que no estuviera la azafata cerca. De haberlo visto moverse tan sexi, se le hubiera

lanzado encima sin importarle mi presencia—. Aunque no lo parezca, mi trabajo es un tanto complicado… —Acomodó la voz. Sus nervios iban aumentando—. Pero, entre otras llamadas, también se contactó mi madre. Y ya sabes cómo es ella…

«Oh, sí, sí, claro que lo sé… Espera, ¿tienes madre? ¿Cómo se llamaba?».

¡Maldita fuera Ros! ¡Es que apenas la había mencionado! ¡Y ni siquiera podía recordar el maldito nombre de la señora! ¡Mierda y más mierda!

No sabía qué responder ni cómo seguir la conversación. Y así, de un solo trago, bebí lo último de *whisky* que me quedaba en el vaso y me lancé a lo único que se me vino a la cabeza: comerlo.

Sí, lo sé. La Kim pasional *femme fatale* no era mi mejor faceta, pero era la única que podía salvarme de lo insalvable. O eso creí…

—No te preocupes, Thomas. Todo saldrá de maravillas… —dije al tiempo que apoyé mi mano en su rodilla y comencé a acercarme a su rostro con los ojos fijos en sus carnosos labios de semidiós.

Le iba a devorar la boca. Claro que sí. Lo iba a callar con un beso similar al que me había dado en mi apartamento y con el que él me había convencido de continuar con toda la locura de mi contrato. ¡Por supuesto que sí! Y, por qué no, si se me daba la oportunidad, así fuera a prisión, me animaría a cumplir la fantasía que mi *pornificada* amiga me había dado antes de embarcar. Eso haría, y mucho más, pues estaba a solo dos centímetros de fusionarme con esos labios que tantas ganas tenía de volver a probar. Eso haría, eso haría… O eso hubiese hecho, pues el puto avión dio una sacudida que mandó a la mierda toda la sensualidad de la situación. Mi cabeza chocó contra la suya, por lo que cerré los ojos y me tomé la frente. Jamás hubiera pensado que alguien pudiera tener la cabeza más dura que yo, pero en cuanto los volví a abrir, cambié de parecer, pues la nariz del príncipe vikingo sangraba como las cataratas del Niágara.

—¡Oh, por Dios, Thomas! ¡Perdóname! ¡Perdóname!

Thor sacudió la cabeza en forma de negación, pero eso no ayudó mucho, no, pues su camisa era un completo desastre y su mano ya no podía sostener el sangrado. Enseguida le quise dar un pañuelo de papel, pero la zorra de la azafata fue más rápida que yo y se acercó para *acompañarlo hasta el baño*…

«Bien, Kim. Buen trabajo… La fantasía de Ros se cumplirá, aunque la protagonista muy probablemente no seas tú».

Alcé la mano y otra azafata se acercó a mí.

—¿La puedo ayudar en algo, señorita?

«Sí, claro… ¿Podrías evitar que tu compañera acompañe a mi futuro esposo al baño? Es que tengo la leve sospecha de que no solo le querrá fregar la camisa,

sino también el pantalón».

Pero no. No le dije eso. Solo me limité a pedir lo que me haría dormir hasta llegar a Suecia.

—Dos *whiskys on the rocks*, por favor. —Y cerré los ojos para tratar de olvidar que no solo había empezado con dos pies izquierdos, sino que, además, lo había sellado con una magnífica rotura de nariz a mi prometido.

Capítulo 6

—Kim… ¡Kim!

Abrí los ojos y casi que vi el rostro más hermoso y masculino de todos los tiempos. Solo que esos algodones que tenía en los orificios de su nariz me recordaron que nunca más debía volver a intentar ser alguien que no era, en este caso, una *femme fatale*.

—Thomas… ¿Estás bien? —le pregunté al tiempo que me acomodaba en el asiento, tratando de que mi apestoso aliento a *whisky* no llegara a él, aunque sabía que los dos *tampones* extragrandes que tenía allí colocados no lo permitirían.

—Sí, claro, no fue más que un pequeño accidente. —Y sonrió como si nada hubiera pasado. ¿Es que podía yo tener tanta suerte? En su lugar, me habría abandonado allí, en el avión mismo—. Ya todos están descendiendo. Llegamos, y mi madre seguro que ya nos está esperando fuera.

«¡¡¡¡*WTF*!!!!».

Abrí los ojos como dos huevos fritos y me erguí en un santiamén. Debía bajar, pero, además, ¡ponerme en condiciones! Solo rogué que no me pasara algo loco como que todos los baños de mujeres estuviesen averiados o situaciones similares.

—¡Por supuesto! —Sonreí y me puse de pie para tomar mi maleta de mano, pero él ya lo había hecho por mí.

¡Mierda! Era tan perfecto que, por primera vez, temí que yo no fuera la indicada para él… ¡Es que vamos! ¡Este Thor era más bueno que Lassie con bozal y atado! Me venía perdonando aspectos que ni Shadow me hubiera dejado pasar. Pero no me pondría a pensar en eso, después de todo, confiaba en lo que Ros me

había dicho que hizo durante esos cinco meses de chat. Si era cierto que había interpretado la mejor versión de mí, entonces entendía y tenía sentido que él fuera así conmigo… Nadie es perfecto y, sumado a los nervios, todo lo que me había pasado no había sido más que una mera y torpe casualidad de la vida… O al menos así lo queríamos ver tanto Thomas como yo.

Descendimos del avión y, tras él ofrecerse a buscar las maletas, yo me dirigí al primer baño más cercano. Me hubiera encantado encontrarlo vacío y solo disponible para mí, pero no. Parecía el baño de una discoteca en plena temporada… Esperé unos minutos y, casi a punto de irme, al notar que la maldita fila para ingresar no avanzaba, volví a sentirme observada. Con disimulo, miré hacia ambos lados, pero al no detectar nada extraño, giré la cabeza hacia atrás cual lechuza y… ¡zas! Allí estaba la vieja de los zapatos fucsias y de sombrero ridículo. Miraba la interesantísima vidriera de un negocio que… estaba vacío y con un cartel de «En reformas».

Entrecerré los ojos, analizando la posibilidad de enfrentarla de una vez por todas, pero preferí esperar un poco más. Todo podía ser una extraña y friki casualidad.

Salí de la fila y, tratando de ubicar otro *toilette*, caminé lento, disimuladamente. Y, luego de unos cuantos pasos, me frené para tomar de mi bolso un pequeño espejo. Lo alcé a la altura de mis ojos para simular que me retocaría el maquillaje y miré como se hace con el espejo retrovisor del coche.

«Vieja de mierda…», no pude evitar pensar al verla unos cuantos pasos atrás avanzando con el rostro tapado por el sombrero, al mejor estilo *cowboy*… aunque floreado.

Seguí caminando hacia delante y, mientras tanto, no podía dejar de pensar que no solo todo aquello no podía ser una estúpida casualidad, sino también que jamás dejaría de ser un imán para las cosas bien *raras*. Y solo cuando terminé de pensar en lo *supersuperfriki* que era aquello, mi cabeza hizo clic al mismo tiempo que me volteé para quedar de frente a *la vieja* que, al detenerse de golpe, no hizo más que revelar su rostro… y así su identidad.

—¡¿Qué rayos haces aquí?! —Le eché un furioso vistazo de arriba abajo y me acerqué un poco más para no gritar tanto como me pedía mi cerebro—. ¡Y así vestido!

Dick Walker. Sí, mi jefe estaba allí, una vez más, persiguiéndome, aunque esta vez con un plus para nada olvidable, pues vestía como mujer… como una ridícula mujer.

—Lo-lo-lo-lo si-si-siennnnto, Kim —logró al fin decir.

Sí, estaba nervioso, pues jamás lo había enfrentado de esa manera. Hasta

entonces, siempre había aceptado sus estúpidas explicaciones sin decir nada, incluso la del Tíbet, pero esta vez su obsesión y *frikidad* habían superado los límites, en especial, porque no se trataban de unas simples vacaciones, ¡sino del viaje de mi vida! ¡Y no permitiría que un asqueroso hombre obsesionado con no sé qué de mí me arruinara la oportunidad que tanto había esperado la ilusa romántica que aún yacía en mi interior!

Caminé unos pasos más hasta quedar a solo unos centímetros de su boca y alcé el dedo índice, amenazante, casi rozando su rechoncha y respingona nariz.

—Escúchame, maldito puerco degenerado, aquí no eres mi jefe y estás interfiriendo en mi vida privada. Evitemos llegar a los términos legales que ambos conocemos a la perfección y ¡déjame en paz! —expresé con una furia contenida que seguro era visible en mis endurecidos labios.

¿Qué se puede esperar después de tanta franqueza? Pues yo me imaginaba a un Dick nervioso, vencido, que desistiría de forma automática. Pero no. La vida jamás dejaría de sorprenderme. Los ojos de Dick se relajaron y su boca también... Estaba perdido en mi rostro, primero en mi mirada, luego en mi boca y finalmente en mi dedo que todavía yo mantenía en alto como forma de amenaza. Y cuando menos lo esperé, su estado de *Dick- trance* lo llevó a responder tal como yo había hecho con él: con absoluta honestidad, pues, sin previo aviso, su cochina lengua lamió la punta de mi dedo.

—¡Maldito pervertido! —grité al tiempo que limpié mi dedo una y otra vez contra mi chaqueta. Pero eso no hizo nada en él, pues la tonicidad de sus labios se desvaneció al punto de permitir que su baba cayera como la de un bebé recién nacido. Estaba... estaba... es que no encuentro una palabra adecuada para describir su insuperable nivel de *frikidad*—. ¡Aléjate de mí o sufrirás las consecuencias! —vociferé, y antes de darme la vuelta, volví a expresarme—. Y será mejor que cumplas, pues en cuanto vuelva a la empresa, seré una mujer comprometida y a pasos de una boda.

Me giré y seguí caminando hasta que su voz, un poco más normal, me indicó que acababa de salir de su trance cochino.

—¡Espera, Kim! —El ruido de sus tacones me anunciaron que se me aproximaba, pero no me detuve, seguí mi camino—. ¡No lo hagas, por favor! Yo... ¡Yo estoy enamorado de ti!

Y enseguida mis pies se estancaron en el piso, pues no quería oír lo que se suponía podía seguir a esa declaración. No, no quería porque sabía que luego de hacerlo sería capaz de hacer cualquier cosa por estar conmigo, lo que incluía arruinar mi compromiso, mi pronta boda. Me giré y, con los ojos bañados de súplica, comencé a acercarme a él al tiempo que negaba con la cabeza.

—¡Por favor! ¡No lo digas! ¡No lo hagas!

—Es que, Kim, ¡yo te am…!

—¡No te atrevas! —vociferé yendo directo a presionarlo por los hombros, pero no llegué a tiempo, pues una masculina voz, que vino de mis espaldas, hizo que tanto Dick como yo nos quedáramos congelados y con los ojos como dos pelotas de básquet.

—¿Que no diga qué, preciosa?

Tragué saliva y, tras dar un suspiro de súplica que Dick supo entender, me volteé.

—Thomas… —Sonreí y, al ver el equipaje, volví a hablar—. ¡Qué suerte! ¡Ya encontraste ambas maletas!

El clon de Bon Jovi asintió sonriente y, tras echar un extraño vistazo a mi jefe, volvió a mirarme. Iba a responderle, pero a veces la impertinencia llega a límites insospechados…

—Lo siento. No me presenté. Mi nombre es Di…

—¡Dina! ¡Su nombre es Dina! —interrumpí a mi jefe quien, con la mano extendida hacia Thomas, no había caído que vestía como una desagradable vieja loca.

—¿Dina? —Thor entrecerró los ojos, con la mirada fija en mí al tiempo que le estrechó la mano al friki de Dick—. Creo que no mencionaste a nadie de tu vida con ese nombre, cariño.

—Es que… Es que Dina es… —Acomodé la voz y, tras respirar profundo, dejé que mi pobre creatividad se pusiera en funcionamiento aunque fuera una sola vez en mi vida—. Ella es la hermana de Dick Walker, mi jefe, uno de los socios de la empresa para la que trabajo. —Y luego de tan estúpida mentira, sonreí tratando de parecer convincente.

Se tardó unos segundos en levantar el mentón para hacer un lento y confuso asentimiento.

—Oh… Comprendo. Y… ¿qué es lo que la señora no puede decir?

—Hum, hum… —Acomodó la voz para luego volverla más aguda y ridículamente femenina—. *Señorita*, señor Olsen…

—Oh… y sabe mi nombre —agregó Thomas algo más que confuso.

«¡Actúa ya si no lo quieres perder todo por tu estúpido jefe vestido de mujer, Kim!».

—Siento no haberla mencionado, cariño, pero con Dina tenemos… una estrecha relación. —Maldije en mi interior, pero continué—. Y sí, quiso darme la *sorpresa* —resalté— de venir para nuestro compromiso. Pero no te abrumes. Viene por su cuenta y ya tiene hospedaje asegurado… —Thomas despegó sus

labios para seguramente preguntar otra vez, pero antes de que saliera algún sonido, continué—: ¡Oh! Casi lo olvido... Le pedí que, por favor, no contara la última novedad... ¡Es que me ascenderán a socia!

Y sonreí por lo convincente que había sonado todo, al menos para las circunstancias, claro.

Thomas respiró con una tranquilidad que jamás pensé que lo llevaría a confiar tanto en lo que yo había dicho.

—¡Oh! ¡Pero qué maravillosa noticia, hermosa! —Me tomó por la cintura y, sin previo aviso, me besó en los labios, algo que no cayó del todo bien a Dick, aunque su rostro volvería a recomponerse con las siguientes palabras de Thomas—. ¡Esto merece un gran festejo y no podrás hacerlo sin tener cerca a alguien tan querido por ti! —Miró al idiota de Dick—. Dina, le pido, por favor, que se hospede con nosotros en la casa de mi madre. Estoy seguro de que Kim se sentirá mucho más a gusto con alguien de confianza a su lado. ¿Qué dice?

Negando con la cabeza para que rechazara la peor propuesta para mi vida íntima, abrí los ojos como Regan, en *El Exorcista*, y los clavé en los suyos de Gollum. Pero era obvio que el muy degenerado haría lo que fuera por verme en calzones.

—¡Oh! ¡Pero claro que sí, señor Olsen! ¡Claro que sí! —expresó con esa horrible voz que se había inventado y con la mirada hiperbrillosa, seguro que imaginando una infinita cantidad de escenas cochinas conmigo.

Suspiré profundo y cerré los ojos a la espera de cualquier cosa.

«Bienvenida a Suecia, Kim. Bienvenida...».

***

Pues bien. Allí estábamos a punto de salir del aeropuerto, Thomas, Dina, o mejor dicho mi jefe, y yo. Y la fresa del postre no era la adición de mi nueva compañía, sino que Thor otra vez se la pasara hablando por teléfono, aunque esta vez bastante alejado de mí y ciertamente preocupado. Y claro, para agregarle más pimienta a la cuestión tenía a Dina mirándome de arriba abajo, por lo que aproveché que Thomas no estuviera cerca.

—Dick... ¡Dick! —medio exclamé, aunque en voz baja. No dejó de mirarme como baboso hasta que escuchó mi segundo llamado—. Escúchame bien. Sé que no es precisamente de tu interés que mi relación con Thomas prospere, pero te aseguro que intentar arruinarla de forma obvia, como develando tu verdadera

identidad o arruinando mi imagen, no me acercará jamás a ti. Eso sin contar lo mal que dejaremos la imagen de la compañía para la que ambos trabajamos, y ninguno de los dos quiere perder su empleo, ¿cierto?

—Humm… —Se enderezó lo largo y delgado que era para luego, serio, tragar saliva—. Cierto.

—Bien. Entonces, por favor, no lo echemos a perder, ¿*OK*? —Él asintió con la cabeza—. Tú… Tú eres la hermana de ti… —Chasqueé la lengua por lo ridículo que sonaba aquello—. Quiero decir, eres la hermana de Dick Walker… —Pensé por unos segundos y volví a intervenir—. ¡La hermana melliza! Nunca se sabe si llegan a ver una verdadera foto de ti. Y, por favor, muéstrate lo más introvertida posible. Si hablas demasiado, tendremos que sostener muchas mentiras, algo difícil de lograr y más a largo plazo…

Y no solo eso. La cuestión de mi aclaración no era solamente para evitar que todo se fuera a la mierda. Si bien mi parte romántica pedía a gritos casarse con semejante ejemplar, mi parte racional rogaba, casi exigía que así fuera, puesto que tenía un contrato firmado. Y no cualquier acuerdo. A ver, para recapitular y resumir en pocas palabras, mi maravilloso cerebro había confeccionado un contrato prenupcial con cláusulas que se suponía yo cumpliría sin ningún inconveniente. ¿Por qué? Porque siempre solía ser la parte sincera, la parte responsable, la parte fiel y bla, bla, bla. Pero he aquí que el destino, el estúpido destino, me estaba jugando más bien en contra, pues… simple y llanamente, yo, Kim Faster, estaba incumpliendo con la cláusula número dos, es decir: «No poseer ningún secreto que pudiera perjudicar el tipo de relación aquí detallada ni afectar la imagen pública de la otra parte». Y no solo con la mentira de mi jefe vestido de mujer, o con el hecho de que Ros tuviera conocimiento del contrato, sino también con la más importante de todas: yo jamás había chateado con él. No era yo la persona que, desde hacía cinco meses, hablaba con él, por lo que, estrictamente hablando, no era esa mujer que Thomas creía conocer. Y como si eso fuera poco, incumplir con esa o cualquiera de las otras *cláusulas Faster* implicaba ni más ni menos que la multa de USD 500000. Sí, yo misma estaba cavando mi propia tumba. Pero, por otro lado, tenía la suerte de contar con la plena lealtad de Ros, que no contaría nada de aquello, y con el hecho de que mi jefe no tenía ni la más pálida idea de la existencia de ese contrato, algo que debía mantenerse así por mi propio bien sentimental-financiero y el de la futura relación con Thomas.

Como fuera, aquella aclaración había sido necesaria y hecha justo a tiempo, antes de que mi Bon Jovi volviera a nuestro lado.

—Lo siento, cariño, pero mi madre no podrá venir por… —Dio un largo suspiro y se pasó la mano por el cabello—. No podrá porque le cambiaron un

turno en el centro al que debía asistir.

—Oh, no te preocupes, Thomas. Pero ella está bien, ¿verdad? —inquirí para mostrar la preocupación que cualquier futura y buena prometida debe mostrar.

—Sí, sí, no es nada… —Y sonrió, aunque para disimular su nerviosismo—. Como sea… Amanda está por llegar, pero como viene con los niños y yo debo atender un asunto antes, tomaré un taxi. —Me dio un beso en la frente y se dispuso para marchar a la zona del transporte.

—Oh, pero, Thomas —dije tomándolo de la mano para que no siguiera su camino—. No conozco muy bien a Amanda… Es decir, yo…

Thor entrecerró los ojos, medio sonriente.

—¿No recuerdas la fotografía que te envié? Si bien pasaron unos años, te aseguro que están iguales. —Guiñó un ojo, soltó mi mano con suavidad y se marchó no sin antes lanzar un beso al aire al que yo respondí del mismo modo y Thor simuló atajarlo y guardarlo en su corazón. Sí, lo juro, eso hizo…

Pasaron unos segundos hasta que su figura quedó bien lejos y pensé que tendría tranquilidad, pero no.

—¿No recuerdas a su hermana? Pensé que tenías buena memoria —dijo el idiota vestido de vieja.

—Cállate… —Tomé mi móvil y llamé con urgencia a mi ya no tan querida amiga. Esperé unos segundos y, tras varios «pips», se dignó a atenderme.

—*¡¿Te lo tiraste en el avión?! ¡Dime que sí! ¡Dime que sí!*

—¡Ros! —grité, pero al notar la atenta mirada de Dick sobre mí, bajé el volumen y me alejé lo suficiente como para que no se metiera más de lo que ya se había inmiscuido—. ¡Dime ya cómo es la maldita hermana de Thomas! ¡Acaba de irse y me dejó en el aeropuerto a la espera de que ella me levante!

—*¡Oh, sí! ¡Lo siento! Y olvidé mencionarte que es melliza de su hermano Ray y que tiene dos niños malditamente iguales. Por las fotos, se notan que son una pesadilla… En fin… en breve, ya me lo dirás tú misma.*

—¡Ya, Ros! ¡Dime cómo es físicamente o envíame la imagen de una vez por todas!

—*La foto está en mi ordenador y, siéndote sincera, en este preciso momento, estoy desnuda junto a Megasalchicha que está desesperado por mostrarme alguno de sus superpoderes, por lo que…*

—¡Ros! —grité para frenarla.

—*Ya… Quédate tranquila. Ella te reconocerá. Sabe todo de ti. Tu romántico Thor habla mucho con ella. Son una especie de Elisabeth y Jane Bennet contemporáneos.*

—¡¿Qué?! —expresé horrorizada, alejándome del móvil sin entender una mierda.

Y le hubiera preguntado más porque la verdad era que su resumen de porquería no me serviría más que para hacer el ridículo, pero no pude, pues un impresionante Audi último modelo se frenó frente a nuestras narices.

Corté la llamada y di unos pasos que acortaron mi distancia con Dick. Ambos estábamos paralizados y con los ojos llenos de expectativa hasta que la conductora bajó para dejarme sin aliento.

—Allí estás… —dijo una mujer obesa de una estatura de no más de un metro sesenta y tanto. Sus brazos descubiertos estaban llenos de tatuajes, su pelo negro pajoso lucía un peinado parecido al de los personajes de *Jem and the Holograms* y su ropa era del mejor estilo ACDC o Kiss.

—Amanda… —logré decir con una tardía sonrisa en los labios.

—No te daré un beso ni nada similar, *barbie* tamaño *pocket*. —Y tras decir aquello poco amigable, clavó sus enormes y redondos ojos claros en la mujer que la observaba de esa forma babosa que, hasta entonces, solo yo conocía—. ¿Y a esta qué le ocurre que me mira así? —preguntó volviendo la vista a mí.

—Oh, lo siento, Amanda. Ella es Dina Walker, una vieja amiga… —Y codeé a mi jefe, pero no resultó, pues, sin duda alguna, Dick acababa de entrar en su *Dick-trance* pero, esta vez, por otra mujer, algo que no podía creer y que rogaba se repitiera, ya que me daría mucho alivio de ese momento en adelante.

La baba comenzó a caer por una de las comisuras de Dick y el entrecejo de Amanda se frunció al instante.

—Oye, creo que está sufriendo un infarto cerebral o algo así… —expresó mirándolo de arriba abajo.

—Oh, no, no es nada. No te preocupes, ya se le pasará. Es… solo una especie de lapsus que sufre, pero volverá en sí… —dije no muy convencida.

—Pues que se apure antes de que los bastardos tomen el volante del coche y nos dejen a los tres.

«¿Bastardos?».

Y como si lo hubiera predicho, el automóvil comenzó a moverse lentamente, por lo que Amanda salió disparada.

—¡Malditos mocosos de mierda! —exclamó, lo que despertó a Dick y me dejó a mí sin habla. Se subió al coche y, luego de volver a frenarlo, la ventanilla del acompañante descendió, lo que dejó su rostro a nuestra vista—. ¡Vamos, *barbie* y versión friki de muñeca Sarah Kay vieja! ¡Guarden las maletas en el baúl y suban de una vez por todas!

Tragué saliva y, tras mirarme con Dick, acatamos la orden.

Capítulo 7

El viaje se estaba haciendo bastante raro, en especial, porque los dos pequeños mellizos, que no tendrían más de tres años, no dejaban de mirarme. Sí, exacto: yo estaba sentada atrás, entremedio de los dos, y Dick, delante, del lado del acompañante. Claro que el silencio era el toque que volvía a la escena la situación más incómoda que alguien recién llegado, y entre desconocidos, puede vivir. Pero no tardó en irse todo al demonio, si eso era posible, pues a medida que fuimos avanzando, enormes carteles de publicidad llamaron la atención de los mellizos de forma repentina. Sus rostros se pegaron a los vidrios del coche al punto de que me recordaron aquellos muñecos de peluche que yo pegaba en el automóvil de mi padre. No iba a fijarme qué había sido lo que me permitió librarme de sus intensas miradas de Chucky hasta que sus voces, entusiasmadas, se hicieron oír.

—¡Papá! —dijo uno, señalando un cartel.

—¡Papi! ¡Papi! —le siguió el otro, apuntando con su pequeño dedo a uno que apareció más adelante.

«¿Papi? ¿Su padre es un modelo?».

Y enseguida entrecerré los ojos y me acerqué a uno de los vidrios con la esperanza de que uno de ellos volviera a encontrar a su padre en otro cartel.

Y así fue…

—¡¡Papá!! —gritaron ambos al ver un enorme, superenorme, cartel de… la entrepierna de un hombre.

«Sexypants. La mejor contención para tu placer». Sí, ese era el mensaje publicitario y, al parecer, el modelo del generoso paquete era su padre.

Alcé las cejas y me volví a acomodar. No iba a preguntar, no deseaba

hacerlo, aunque tampoco hizo falta, pues Amanda no tardó mucho en buscar mi mirada por el espejo retrovisor.

—Y no mienten. El maldito idiota que tienen como padre es modelo de entrepierna. Por suerte, su último trabajo ha sido para una marca de *boxers* y *slips*.

—Oh… Es modelo. Qué bueno —me animé a acotar para quedar bien.

—Claro que no. En realidad, es actor. —Suspiró y, tras girar el volante, continuó—. Bueno, lo era hasta hace unas semanas.

—¡Oh! ¡Pero eso es más que interesante! Me gusta mucho la actuación. ¿Es de teatro, TV o cine? —pregunté para romper un poco el hielo.

—Porno. —Se hizo un breve silencio en el que mi respiración estuvo ausente por varios segundos hasta que noté que los niños se habían desmayado del sueño. Pero Amanda volvió a hablar—. Así que no sé… Diría que actor de DVD o Blu-ray. No sé cómo demonios catalogarlo.

Alcé las cejas y asentí lento y sonriente. Juro que no sé por qué no se me había ocurrido dormir durante el viaje. Pero como si todo aquello hubiera sido poco, su presencia e intervención lo hicieron más friki.

—A mí me gusta el porno —expresó el desubicado de Dick con su voz original, por lo que Amanda no tardó en clavar los ojos en la cara de mi jefe. Claro que el idiota en seguida se dio cuenta y trató de *arreglarlo* como pudo—. ¡¿A qué chica no?! ¡Jo, jo, jo, jo! —agregó con tono ultraagudo y una risa de vieja que la acompañó con la mano apenas apoyada en los labios, como si le hubiera dado vergüenza aquella confesión.

Amanda relajó la expresión y volvió a mirar al frente.

—Sí, es cierto. A mí también —respondió a secas, con desinterés y sin filtro alguno.

¡¿Era en serio?!

A ver… Realmente todo aquello parecía la peor pesadilla de mi vida. ¡Es que no podía entender qué demonios era lo que estaba pasando en ese coche! ¡¿De dónde demonios había salido Thomas?! ¡Es que no podía ser cierto!

Como fuera, respiré profundo y decidí seguir el mismo destino que los niños. Y si no lograba dormirme, al menos sería lo suficientemente perspicaz como para simularlo.

«Tranquila, Kim. Son solo unos días. Solo unos días más…».

***

—¡Hey, muñeca! Ya hemos llegado.

El grito de Amanda me despertó y pude ver que Dick y los niños ya habían bajado del coche. Descendí y, tras tomar mi maleta, los seguí al interior de aquella enorme casa que aún mantenía el estilo clásico de muchas de la zona. Hasta donde sabía, gracias a Ros, estaba en Södermalm, Estocolmo, pero no debería preocuparme por el idioma, pues toda su familia hablaba a la perfección el inglés, ya que mi futura suegra no era ni más ni menos que estadounidense como yo, algo que calmó un poco mis nervios. Sin embargo, al ingresar, no pude pasar por alto el impactante estilo moderno y minimalista de la casa. Eso sin mencionar lo impecable que estaba.

—Escucha, Thomas tardará un poco en llegar por... un asunto pendiente con alguien. —Bufó resignada y, con la misma *simpatía*, continuó—: Si quieres, espéralo sentada en el sillón. Yo llevaré a los niños a descansar y, de paso, le indicaré a la vieja que tienes por amiga dónde queda el cuarto de baño que funciona. Lo último que quiero es ver la casa rebalsando de desechos americanos.

Genial. Era la información que me faltaba para saber cuánto le agradaba.

—*OK*, gracias —dije para evitar que me siguiera viendo como lo hacía. Era obvio: no le caía del todo bien a la Jem *dark*.

Asintió y se volteó lista para marcharse, pero volvió a girarse hacia mí.

—Oh, y si quieres algo de beber, puedes tomar de esa limonada tibia que mi madre siempre deja en la isla de la cocina. Es una mierda, pero al menos no morirás de sed.

Volví a asentir con la cabeza y mis ruegos por que se fuera se hicieron realidad en cuanto subió las escaleras junto a Dick-Dina y los *Chuckies* semidormidos.

Respiré profundo y me dejé caer en el mullido sofá. Unos minutos de silencio era lo que necesitaba. Y no iba a mentir, quería beber algo, pero luego de la sugerencia de mi futura cuñada, preferí no aventurarme. Cerré los ojos, inspiré una vez más y, cuando me dispuse a entrar en una breve pero profunda relajación, escuché un extraño ruido que lo impidió. Por un momento, creí que había sido mi imaginación, pero al oírlo por segunda vez, me di cuenta de que era real y provenía de aquella cocina de concepto abierto que tenía frente a mis narices. No me hubiera levantado de no haber sido por la insistencia de aquel sonido. Me acerqué, de paso eché un vistazo a la limonada, que era de un extraño color brócoli, y noté que el ruido venía de la salida que daba a un enorme fondo verde. Miré por la ventana de la puerta y descubrí que un pequeño terrier escocés negro era el productor de tal sonido. Sus garritas rascaban la puerta y, en cuanto me vio, se sentó y, aun con el pelaje sobre sus ojos, noté que puso el gesto tierno

y de súplica del gato con botas de *Shrek*. Dudé por unos segundos hasta que, al mirar hacia uno de mis costados, encontré un plato con su nombre y una mullida camita rosa que, seguro, pertenecían a él. O a ella, porque «Peppa» me sonaba más a alguien sin testículos. Suspiré profundo y, tras no soportar más su llantito de «Ábreme, por favor», la dejé pasar.

¿Cómo explicarlo? Pues… a ver, ni bien entró fue derecho a la zona de sus cosas, pero, en contra de mi pronóstico, con su trompa dio vuelta el bebedero y el recipiente lleno de comida, lo cual fue bastante raro, aunque no tanto si su dueña era mi futura cuñada. Pero nada se comparó con lo que hizo después, pues, tras dar unas tres vueltas sobre sí y levantar la pata, meó la pomposa cama rosa… Exacto, no era una hembra. Tragué saliva y solo me lo quedé mirando. El muy cochinito había tomado la única cosa que no desparramó o meó: una pelota rosa. Se sentó frente a mí y, luego de dejarla a mis pies, me miró y ladró entusiasmado. Quería que se la lanzara. Y voy a ser sincera: no tenía ni puta idea de si *Peppa macho* estaba autorizado a jugar dentro, pero con lo que había hecho, no tardé en concluir que afuera, donde había estado hasta entonces, era el lugar indicado. Así que tomé la perfumada bola y con todas mis fuerzas se la lancé hacia el fondo, pero cuando la pelota ya iba a mitad de camino y el perro tras ella como desaforado, vi un cartel clavado a mitad del parque, frente a una puerta de rejas, pues parecía que el terreno estaba dividido y era otra propiedad. Pero lo grave no era eso, sino lo que decía en un rojo agresivo: «No te atrevas a pasar…». Y si bien no tenía ninguna intención de aventurarme a hacerlo, Peppa macho no se iba a detener, pues la pelota había pasado el arbusto divisor del terreno.

—¡Hey! ¡No! ¡Espera! —grité arrepentida, aunque traté de no hacerlo muy fuerte para no llamar la atención. Pero al perro le importó una mierda mi llamado.

«*OK*, Kim. La cuestión es simple: ya la cagaste. Y la solución también es sencilla: ¡revierte el puto problema!».

Hubiera sido más fácil dejar todo como estaba y lanzarme al sillón, pero, siendo que era la única que estaba allí, era obvio que no podría lavarme las manos de lo que estaba ocurriendo y podía seguir pasando si no me ponía en marcha a la de ya.

Sin perder más tiempo, tomé aire y me aventuré a correr hacia el hueco que Peppa huevona había hecho para pasar a buscar su pelota y lo llamé en voz baja, haciendo esos ruiditos molestos con los que se intenta captar la atención de los pobres perros. Por supuesto que no hubo acuse de recibo. Y claro, no iba a llamar a la puerta porque lo último que quería era que el seguramente ogro que viviera allí me delatara con mi futura suegra. Y no es por nada, pero soy de las que

llevan en la frente el lema «La primera impresión es la que cuenta», así que debía aventurarme un poco más si no quería seguir con la suerte de agradarle tanto como a Amanda. Me arrodillé y, tras hacer lugar en el arbusto divisor, metí mi cabeza para tratar de hallar al maldito Peppa escurridizo... No quise imaginarme cómo se vería mi cabeza asomada, casi rozando el piso. Y me hubiera encantado encontrar a esa pequeña cosa negra para marcharme con él de una vez por todas, pero no, mi mirada se chocó con la imagen que toda mujer desea alguna vez en su vida: la de un tremendo cuerpo masculino trabajando la tierra. Oh, sí... No sé por qué, pero mi mente, muy acertada en la elección, no tardó en darle *play* al tema *I can´t dance*, de Phil Collins & Genesis. ¿Había entrado en un *Kim-trance*? Pues sí. Tanto tiempo junto a Dick había tenido sus serias consecuencias. Pero lo más serio era el pedazo de hombre que estaba arrodillado y de espaldas a mí, a tan solo unos pasos. ¡Por Dios! Mis ojos no hicieron más que contemplar, en cámara lenta y de abajo hacia arriba, cada uno de esos músculos de ensueño. Lucía un *jean* que se notaba roto y manchado de la tierra que labraba, y su torso... ¡Su torso, con un tostado envidiable, estaba completamente desnudo y solo para mí! Y era que esos brazos hubieran hecho que los de Dwayne Johnson parecieran los de un bebé, pues eran impresionantes y sostenían una guadaña con la que le daba duro a la tierra al son de la música que mi cabeza seguía escuchando. Y cuando creí que nada podía ser mejor que esa imagen, se giró para enderezarse y limpiarse el sudor que le caía por los perfectos pectorales que imaginé como mi mejor almohada después de una buena noche de acción. Y no terminó ahí, pues se acomodó para tomar una pequeña botella que yacía a su lado. Y, en ese momento, en ese preciso instante en que la tomó y bebió del pico a contra luz del brillante sol sueco, vi el perfil más sexi que un hombre hubiera podido tener en toda la maldita Tierra. ¡Cielos! Jamás en mi vida había sido testigo de algo así... Y menos en aquellas circunstancias muy poco convenientes, al menos para mí. No solo porque estaba en la casa de mi próxima familia política, sino también porque estaba agachada, en cuatro patas y con la cabeza entre los arbustos, espiando al vecino semidesnudo de la casa de mi suegra. Pero a mi cerebro poco le importó todo eso, pues yo no dejaba de mirarlo cual mujer hambrienta frente a un *stripper* de temática jardinero. El tiempo se había detenido y ni mi baba, que chorreaba a litros, pudo despertarme de ese estado calenturiento que a Ros le hubiese encantado contemplar y al que estaba sometida en contra de mi propia voluntad. Y hubiera seguido así, por supuesto, de no haber sido por un tibio y repentino hilo de líquido dorado que empezó a caer sobre mi mejilla derecha...

—¡Nooo! ¡Ya para! —no pude evitar gritar. Intenté retroceder, pero mi

cabello se enredó con los arbustos y una de mis manos no hizo más que interponerse entre mi rostro y el meo del asqueroso de Peppa que todavía mantenía la pata elevada.

Y entonces aquel semidiós de cabello tan oscuro como mi futuro, y corto como mi noviazgo con Thomas, se giró para mirar, con esos dos faroles celestes, mi rostro atacado por pis de perro.

Sí, exactamente como había soñado que terminaría mi escena sexi *hot*...

—¡¿Qué demonios?! —expresó al tiempo que se limpió el sudor de la frente para luego dejar caer su guadaña al suelo.

No había sido la respuesta de un caballero ni la que esperaba, la verdad. Pero más rabia me dio que no se moviera y solo se quedara viendo cómo la cosa esa, peluda y negra, seguía concentrado en el meo más largo de la historia canina.

—¡¿Te importaría sacar al perro cochino de mi cara?! —largué tratando de que la mano que no usaba de apoyo fuera el reparo suficiente para que ninguna gota del último chorro intermitente llegara a mi cara.

El guerrero de la guadaña se acercó y, solo luego de que el can me tirara tierra en la cara con sus patas traseras, lo alzó con un solo brazo. Y la pulguienta rata negra no hizo más que lamerle la cara con la misma velocidad con la que movía el rabo. Pasaron unos segundos en los que solo se preocupó por lo que, entendí, era su perro, hasta que bufé y se dignó a agacharse.

—¿Quieres que te ayude a salir de ahí o...?

—¡¿Y a ti qué rayos te parece?! ¡Estoy atrapada en tu maldita mata de arbustos! —vociferé enfurecida. Pude sentir mi rostro arder y el movimiento de mi cabeza hizo que un buen mechón de pelo se me cayera frente a la nariz y boca. Y claro, no tuve mejor idea que hacérmelo a un lado con toda la furia... y con la mano equivocada—. ¡¡¡Mierda!!! ¡¡¡Mierda!!! —grité al tiempo que escupía y, entremedio, lanzaba arcadas por el asqueroso pis que, impregnado en mi piel, también inundaba con su aroma mis fosas nasales.

El *stripper* escandinavo dejó el perro a un lado y, tras hacer algunas maniobras con mi cabello y las ramas, logró zafarme del enredo. Di marcha atrás, sí, en cuatro patas, y me erguí, aunque de forma automática volví a mis rodillas para sacarles la tierra y el pasto pegados. Escuché el ruido desafinado de las rejas cuando se abren y luego su despreocupada voz.

—¿Estás bien? —me preguntó con una media sonrisa desenfadada y de puro compromiso.

No sé por qué, pero alcé la mirada para ir directo a sus ojos. La sombra me permitió apreciar mejor sus facciones... y maldije por dentro, porque me hubiera encantado que no fuera tan malditamente sexi y masculino, pero ni mi razón

podía desestimarlo; mis sentidos no se habían equivocado al contemplarlo. Por más que quisiera negarlo, era el tipo que más me había impactado en mi vida. Sí, sé que era difícil sostener esto teniendo en cuenta a mi futuro prometido Thor, pero la verdad era que este poco caballero guerrero de la jardinería tenía ese *no sé qué* que todas las mujeres detectamos enseguida… Sí, estaba segura: era un donjuán.

Tragué saliva para disimular lo que en realidad estaba deduciendo y suspiré profundo para erguirme lo larga que era… o sea, un metro sesenta y algo, como mucho (con tacones incluidos), contra su metro ochenta, o más.

—¿Que cómo estoy? Pues digamos que… ¡Meada por tu perro!

Arqueó las cejas y el muy engreído se cruzó de brazos.

—Lo siento, pero no es su culpa que tú entraras en su territorio… —expresó con soberbia y esa calma pedante que yo tanto odiaba en las personas.

Entrecerré los ojos y le envié con mi mirada un puñal, pero él solo sonrió con más ganas, lo que terminó por sacarme de las casillas.

—¡Tu maldito perro me hizo creer que era de la casa a la que vine! Y como meó todo lo que pensé que le pertenecía a él, pero ahora entiendo que es de una tal Peppa, quise alejarlo lanzándole una pelota para que no siguiera haciendo de las suyas dentro. —Bufé, pero volví a la carga—. Como sea… Jamás imaginé que la rata esta —dije despectiva al tiempo que miré al perro, aunque enseguida volví al *stripper*— era de la casa del *amigable* cartel —resalté, irónica.

Se hizo un silencio en el que el sexi jardinero me miró de arriba abajo con los ojos a medio abrir hasta que relajó la expresión, como si hubiera descubierto algo.

—Ya… Ahora entiendo. Eres la noviecita perfecta de Thomas, que recién llega y que, por lo que veo, aún no conoció a nadie… Pues suerte con eso… —Se dio la vuelta e hizo a un lado la reja para volver a su jardín.

¿Era en serio?

Abrí los ojos como huevos y lo seguí.

—¡Hey! ¡Espera! ¡No puedo presentarme así! ¡Y…! —Bufé. No le importó mi llamado, pues siguió su paso, pero no me quedaría callada ni con las ganas—: ¡Es que…! ¡¿No me pedirás disculpas?!

El semidiós grosero, antítesis de Thomas, se giró para mirarme con una ceja alzada, lo que me congeló en ese mismo instante y me dejó sin la capacidad de hablar. Suspiró indignado y, tras fulminarme con la mirada, sin más, se volteó para ir directo al interior de lo que era su casa. Solo el portazo me hizo pestañear y volver a la realidad.

Y allí fue cuando la desesperación llegó a mí más rápido que en cualquier otro momento de mi vida, pues escuché unas voces que provenían de la casa de la familia de Thomas.

«¡Yo y mi puta suerte!».

A ver… ¡estaba meada! Literalmente y por un perro. No podía presentarme así, ¡y menos a mi futura suegra!

Golpeé la puerta de la casa del jardinero sexi, primero de forma sutil aunque frenética, hasta que no pude más y las súplicas llegaron con la velocidad que hacía honor a mi apellido.

—¡Oye! ¡No debí decir eso! ¡Quizás no debí haber metido mis narices en tu propiedad, pero no fue a propósito! ¡Lo juro! ¡Solo estaba tratando de…!

—Lee el maldito cartel y no me molestes —interrumpió mi ruego. Luego se escuchó el ruido de las llaves trabar.

Bufé resignada y apoyé mi frente con ambas manos en la puerta. Cerré los ojos y suspiré pensado qué era lo que había hecho mal, hasta que las voces de la familia de Thomas se tornaron más nítidas. «¡Mierda y más mierda!». Mi corazón pasó de latir a mil por hora a casi salir por mi boca. Y entonces, cuando se escuchó una aguda y refinada voz en el parque, mi cansado cerebro mandó la orden de hacer lo que debí haber hecho desde un principio.

—Oye… Lo siento, no debí hablarte así, pero ahora… solo te ruego que me ayudes… —tragué saliva y, tras no obtener respuesta, agregué las dos palabras mágicas—, por favor. —Pero tampoco sirvió.

Vencida, aparté las manos de la puerta y me giré para marcharme. No me quedaban más opciones que esconderme tras los arbustos o presentarme así, con olor a meo y llena de tierra por donde se me viera. Sin embargo, al dar mi segundo paso, las llaves se volvieron a oír y el chillido de la puerta abrirse me dio una pequeña luz de esperanza.

—¿A cambio de qué? —Su voz fue más que clara, pero necesité darme la vuelta para mirarlo directo a los ojos y descubrir si hablaba en serio.

—Es un chiste, ¿cierto? —pregunté con una ceja alzada, pero en cuanto vi que atisbó a volver a cerrar la puerta al tiempo que oí aquella voz aguda más cerca de donde yo estaba, me bajé los calzones… No de forma literal, por supuesto—. ¡Espera! —Volvió a asomarse—. ¡Te daré lo que quieras! ¡Cualquier cosa… *moralmente* aceptable! —remarqué apurada.

El jardinero *stripper* dibujó una media sonrisa que traduje con muchos significados, pero que traté de ignorar en el momento en que me dio paso a su… *casa*, si así podía ser considerada.

Digamos que, a diferencia del maravilloso sentido de moda de interiores que

tenía la casa de la familia de Thomas, esta era... ¿Cómo decirlo? Pues, por ser benévola, diría que era un monoambiente *extremadamente minimalista*.

—Si quieres, puedes sentarte... a menos que quieras acostarte —agregó mientras cerraba la puerta y con tono sugerente o divertido que a mí no me causó ni una pizca de gracia.

Y es que era cierto. Debía elegir entre sentarme en la única banqueta, que había frente a una pequeña barra desayunadora que separaba la pequeña cocina del resto del ambiente, o hacerlo en la cama que yacía a solo unos metros del asiento. Pero al ver el enorme póster de los noventa del grupo Ace of Base que coronaba el mullido somier, preferí acomodarme en la alta y poco cómoda banqueta.

—Prefiero sentarme aquí —dije al tiempo que apoyaba mi trasero en el asiento.

—Tienes poco sentido de comodidad... —expresó, y se dejó caer de espaldas sobre la cama. Quedó boca arriba y sus abdominales, que hacían perfecto juego con su pecho de acero, se marcaron aún más cuando se llevó los brazos a la nuca, en pose de relax y de «me importa una mierda quién seas, yo me comporto como si estuviera solo».

Traté de no mirarlo por mucho más tiempo. Lo que menos quería era que me cobrara el favor de *esa* forma completamente amoral para mi cerebro aunque ideal para los deseos de mis bragas.

—Lo siento, pero la mirada de tus guardianes musicales —señalé con la mirada el póster en el que los cuatro integrantes de Ace of Base miraban con repelente seriedad al frente— no ayuda mucho.

Él apenas parpadeó.

—Como sea... Me debes un favor o algo a cambio... —volvió a decir con tono sugerente.

Chasqueé la lengua.

—Sí, cualquier cosa *moralmente* aceptable. Por lo que no me acostaré contigo. No soy una prostituta, ¿sabes?

El jardinero sexi soltó una carcajada y, solo cuando se calmó, giró el rostro para volver a mirarme.

—Por empezar, es lo último que te pediría. No eres de mi tipo —afirmó el engreído, observándome de arriba abajo—. Y segundo, la prostitución no va conmigo... Jamás pagaría por sexo, *Pitufina*.

«¡¿Pitufina?!».

¡Idiota!

Negué con la cabeza al tiempo que sonreí con indignación, me bajé de la banqueta y, tras caminar unos pasos que me acercaron a su cama, me frené y me crucé de brazos.

—Conozco a los tipos como tú, así que solo hazme el favor de decirme qué rayos es lo que quieres a cambio y asunto cerrado, ¿*OK*?

Me miró con una forma tan altiva y despreocupada a la vez que mis dientes casi chirriaron de la rabia.

—Pues… En este mismísimo momento, no se me ocurre nada conveniente. Pero no te preocupes… Tenemos tiempo o, al menos, unos días, así que no te irás a tu país sin que yo te haya cobrado mi bondad, *Pitufina* —remarcó, de nuevo, la última palabra tratando de contener la risa, seguro que por contemplar mi rostro a punto de explotar de la furia. Suspiró y, enseguida, pasó a otro tema—. Y entonces, ¿qué se supone que harás ahora? —me preguntó, clavando esos enormes ojos claros en los míos.

Tragué saliva. Por su intensa mirada y porque tenía razón. ¡¿Qué rayos haría?! ¡¿Me lavaría la cara y saldría de la mano del vecino semidesnudo?! ¡¿O me quedaría allí toda la tarde y noche hasta que no escuchara más ruidos y pudiera escapar por algún lado?!

Suspiré. Ninguna de las opciones era una buena alternativa…, al menos para el contexto en el que me hallaba, claro. Traté de calmarme y de enfocarme en la respuesta.

—No lo sé… Por el momento, creo que empezaré por quitarme la *bienvenida* de tu perro. —Bufé—. ¿Puedo pasar al baño?

Él sonrió y asintió con la cabeza.

Entré y, a los segundos de mojarme el rostro sin cesar, escuché que alguien llamó en la entrada de su casa. Casi me hago el número dos encima, pero lo evité y pegué mi oreja en la puerta del baño.

—¿Has visto a una especie de duende rubio con tacones de diseñador dar vueltas por aquí?

Era Amanda. Aquella voz de tono «Vete a la mierda» era inconfundible.

—¿Qué rayos haces aquí? El cartel es para todos… —dijo el jardinero con el mismo estilo que mi futura cuñada.

—Tú y tus mierdas antisociales… —Bufó—. Escucha, estamos buscando a la novia fugitiva de Thomas. Acaba de llegar y definitivamente o no tiene muchas luces y se perdió en la casa, o es tremenda zorra y salió a tramar váyase a saber qué cosa…

«¡Maldita Jem hija de…!».

—Veo que te agrada —ironizó él.

—Como sea... Por la puerta que dejó abierta, se supone que salió al estúpido parque. ¿No las has visto? La tía Nora la estuvo llamando por un buen rato y encima la reina del bótox está por llegar y la quiere conocer.

«¡¿Tía Nora?! ¡¿Reina del bótox?!».

Las ganas de volver a mi país fueron inmediatas y solo para asesinar a la pésima informante de Ros.

—Pues... —El titubeo del *stripper* fue muy claro, y los segundos hasta que respondió fueron eternos, pero al menos calmaron mi pecho que parecía a punto de estallar en un paro cardiaco—. No... No he visto a tal *duende*. Ahora vete y déjame en paz, ¿quieres? Tengo cosas que hacer, como... —por el ruido, se había tirado a la cama— dormir.

—¡En paz las pelotas, Ray! ¡Ponte una puta camiseta ya mismo! ¡Tenemos que encontrarla antes de que llegue Thomas y la loca que tienes por madre!

Inevitablemente, la respiración se me cortó.

—Querrás decir *tu madre*. Yo hace tiempo que no figuro en su árbol genealógico... Como sea... —Se tomó un tiempo hasta que volvió a hablar, aunque elevando el tono, seguro para que yo lo escuchara—. *Lo más probable* es que tu duende haya visto a Blacky y lo haya seguido pensando en que se perdería. Ya sabes, siempre se escapa al parque cerca de aquí, a unas pocas cuadras de la casa...

—Ojalá se haya perdido... No él, sino ella. En fin. Vámonos.

Se escuchó al sexi trabajador de tierra suspirar y, solo cuando la puerta se cerró, dejé escapar todo el aire de mis pulmones.

El sensual guerrero de la guadaña, el poco caballero semidesnudo por el que me había babeado y al que le debía un favor..., ¡¿era el hermano de Thomas?!

Cerré los ojos y, tras suspirar, juré venganza a Ros y a Bamboolove.

Capítulo 8

Pues bien. No tenía mucho tiempo que digamos, así que no pensaría mucho en lo que iba a hacer. Paso número uno: volver a la sala de estar, de la que nunca debí haber sacado el trasero, tomar mi bolso, bañarme en desodorante, llenarme de perfume y retocarme lo suficiente como para no levantar sospechas o parecer una indigente. Y, paso número dos, buscar al culpable de la peor bienvenida que me dieron alguna vez en la vida. Lo que diría como excusa a mi desaparición no sería más que lo que había dicho el *stripper* del jardín: había salido tras su perro.

Salí de la casa de Ray y, antes de abrir la reja, asomé la cabeza para verificar que no hubiera cuñadas, bastardos, tías o reinas del bótox con las que lidiar, y solo cuando confirmé que estaba sola, me lancé a correr hasta la puerta que nunca debí haber abierto a la rata negra. Entré, volví a mirar la limonada-brócoli —su color hacía que fuera inevitable echarle una mirada— y casi que rompí el récord en atletismo, pues corrí tan rápido hasta el sillón en el que había dejado mi bolso que, en menos de unos segundos, ya estaba allí, a solo un centímetro de tomarlo para continuar con mi simple y práctico plan. Pero cuando mis dedos, temblorosos, estuvieron a punto de rozar el cierre, un extraño sonido hizo que me paralizara…

—¡Oinc, oinc…!

«¡¿*WTF*?!».

Tragué saliva y, muy despacio, me giré hasta quedar de frente a… «¡¿Un cerdo?!».

A ver, que ya ni sé cómo explicarlo, pero fue así de sencillo: ¡frente a mis narices, un pequeño cerdito rosa con un collar lleno de brillos me fulminaba con la mirada!

«*OK*, Kim, es probable que todavía estés tan borracha por el magnífico trago rosa que todo, desde tu encuentro con Thor hasta esto mismo, solo sea un puto sueño que estás teniendo en tu coma alcohólico».

Y sí, quise creer eso, pero al retroceder y ver que el puerquito avanzó en mi dirección al mismo tiempo que movía su enorme nariz, sentí un escalofrío tan helado que supe que era cierto. Y terminé de confirmar que todo era real cuando el miedo y la sensación de estar loca nublaron mi razón, pues al ver que los ojos de *Babe* no apuntaban a mí, sino a mi costosísimo bolso, no tuve mejor idea que espantarlo.

—¡Fuera! —Di un taconazo en el suelo—. ¡Fuera…, *puerquito*!

Y no me pregunten cómo, pero solo puedo decir que, al llamarlo así, sus orejas medio se alzaron y, con toda su furia, el cerdo se lanzó a morder uno de mis tacones.

Mis gritos y la desesperación por sacarme de encima al puerco que mordía uno de mis hermosos zapatos hicieron que me descalzara y me acurrucara en el sillón, abrazada a mi bolso.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —vociferé en cuanto vi que el demoniaco cerdo había dejado de morder el tacón para clavar de nuevo sus ojos en los míos.

Pero cuando sus pequeños y lentos pasos parecían que terminarían en un salto sobre mi bolso, un ladrido hizo que el puerco se girara hasta quedar de espaldas a mí. Sí, la luz proveniente de la cocina hacía que su diminuta y oscura figura se destacara como la de los vaqueros del lejano oeste en un duelo. Pero en cuanto se adelantó, nadie, ni yo misma, podía negar que quien había llegado a mi rescate era ni más ni menos que el perro que había meado mi cara.

Y la verdad es que no sé cómo traducirlo, pues el chancho rosa solo le expresó un «Oinc, oinc» medio rabioso y volvió a girarse para mirarme como lo había estado haciendo segundos atrás.

—Oh, no… Ni se te ocurra… —logré decir mientras se acercaba lentamente hacia mí y yo solo me abrazaba más fuerte a mi bolso de diseñador—. ¡Atrás! ¡Atrás, cerdo asqueroso!

Pero le importó una mierda mi advertencia, pues se lanzó sobre mí y comenzó a tironear de mi accesorio favorito en peso muerto, ya que sus rechonchas patitas no llegaban al piso. Pero claro, eso no fue todo… Blacky, el perro *meador*, sin parar de ladrar, corrió hasta nosotros, se tiró sobre el puerquito y lo amarró con sus dos patas delanteras para tirar de él hacia abajo. Por supuesto que su altura tampoco le permitía hacer tanto pie y sus saltitos no hacían más que hacer de la escena final la más friki que había vivido hasta

entonces.

—¡Suéltenlo! ¡Suéltenlo, bestias inmundas! —vociferé, asustada, con los ojos cerrados y abrazando más fuerte a mi bolso.

Y pensé que aquello duraría una eternidad, pero no. El destino quiso aumentar la desgracia a un nivel nunca antes usado en la humanidad.

—¡Blacky! ¡Deja de darle a Peppa! —gritó Amanda.

Abrí los ojos y me paralicé al instante. Amanda se acercaba a separar a los dos bichos, y el resto… La vista no fue la que había imaginado en mi primer encuentro con mi futura familia política. Una delgada y elegante señora de prominentes y perfectos pómulos, que parecía ser la reina del bótox, y Thomas me miraban atónitos, como si no pudieran creerlo… No los culpaba, claro. Y a su lado, una mujer con una sonrisa dulce, ida, como si se hubiera fumado algo que no le permitía entender lo que allí ocurría, yacía junto al estúpido *stripper* que, de brazos cruzados, trataba de contener la carcajada.

—¡Oh! ¿Encontraron a la prometida de mi pequeño Tom? —preguntó con extrema dulzura aquella señora que, evidentemente, no veía ni escuchaba una mierda.

—*Novia*, Nora… Por ahora, solo *novia*… —remarcó la señora de los pómulos, con una mirada fría y punzante que se dirigió directo a mí.

Respiré profundo y, simplemente, no dije nada.

Un jefe acosador y travestido, una rotura de nariz a mi novio, meo de perro en la cara y un histérico ataque porcino. ¿Qué me podía faltar? Una suegra… *Esa* suegra.

***

No había sido una buena primera impresión. De eso no cabía duda alguna y, aunque me hubiera encantado poder volver al pasado para cambiar todo, lo único que me quedaba era tratar de mejorar mi imagen o, en el mejor de los casos, revertir aquella impresión con la que todos se habían quedado. Pero claro, pasada esa escena, mi suegra ni se acercó a saludarme y solo pidió a Amanda que me llevara al cuarto en el que me hospedaría. Por supuesto que, enseguida y con un falso tono amigable que las mujeres descubrimos al instante, le explicó a Thomas que yo necesitaba ponerme cómoda luego de tan largo viaje, que ya tendríamos tiempo de presentarnos… En fin, no me opuse, en el estado en el que estaba, ni yo misma me hubiera dado la mano. Como fuera, Jem *dark* me ayudó

con la maleta y me acompañó hasta la puerta de la habitación.

—Es aquí. Y no creas que pasaré el resto de tus días siendo tu botones, *barbie pocket*. —Dejó la valija a un costado, y tras alzar los dedos como despedida, giró y se marchó.

Revoleé los ojos, tomé mi equipaje y entré. No me detuve a ver mucho, pues necesitaba urgente hundirme en una cómoda bañera llena de agua perfumada, así que dejé todo sobre la cama y me di la libertad de desnudarme para ir directo al cuarto de baño. ¡Sí! ¡Nadie me privaría de un momento de intimidad! ¡Nadie! ¡Nadie!

Abrí la puerta, así, completamente en pelotas y..., tras el humo escapar de la habitación, mis ojos se abrieron como dos pelotas de básquet.

—¡Ahhh! ¡¿Qué demonios haces aquí, degenerado?! —Miré para todos lados hasta que encontré una larga toalla con la que taparme. ¿Por qué? ¡Porque el maldito asqueroso que estaba allí no era más que mi jefe!

Dick estaba de pie, por salir de la bañera. Sus ojos parecían desorbitados. Bueno, eso era algo de siempre, pero su expresión me indicó que sufrió la misma sorpresa que yo, pues sus manos trataron de tapar su impresionante entrepierna. Juro que era lo último que hubiese deseado ver. Pero allí estaba, de nuevo, la suerte de mi lado, regalándome una imagen que jamás podría olvidar y que, aunque no quisiera, no podría evitar contársela a la estúpida de Ros.

—¿Ki-Ki-Kim? —logró decir al tiempo que tomó una pequeña toalla con la que se tapó la cadera.

—¡No! ¡Solo soy la amiga de una tal Dina que tiene pene y pelotas y con la que parece que compartiré cuarto! —grité enfurecida, y, ya envuelta con la enorme tela de algodón, vencida, me senté sobre la tapa del váter.

—Lo-lo-lo... —Acomodó la voz y respiró profundo—. Lo siento, Kim. No sabía que compartiríamos la misma habitación. Yo...

Lo miré y suspiré. Le creía. Su rostro se mostraba sincero y me hacía dudar de que hubiera pedido dormir conmigo, porque... ¿me había visto desnuda y no se había babeado?

Entrecerré los ojos.

—Espera un momento... Solo tartamudeaste y no entraste en tu trance. ¿Estás bien, Dick? —me animé a preguntar. De algún modo, aquello parecía un buen augurio.

Mi jefe sonrió y hasta noté cierta rojez en sus mejillas.

—Bueno, yo... La verdad es que Amanda... Creo que...

Y entonces me acordé del momento en que Amanda fue a buscarnos al aeropuerto. No pensé que le había impactado tanto como para que me borrara

como opción, pero no me opondría. Muy por el contrario, lo empujaría a que se alejara lo más posible de mi vida.

—¡Oh…! Ya veo… —Chasqueé los dedos. Aprovecharía la oportunidad para asegurarme definitivamente mi libertad, al menos respecto de Dick-Dina—. Te has enamorado —sentencié.

Mi jefe puso cara de pensativo y su mirada se perdió en el techo del baño.

—¿Tú crees? —preguntó, ingenuo.

Por supuesto que no perdería la chance de sacármelo de encima y de dejar el paquete a mi tan *querida futura cuñada*…

—Claro que sí, Dick. Sin dudas. Pero me pregunto cómo harás para acercarte a ella… Por cómo es Amanda, podría enfurecerse de solo enterarse de que eres un hombre disfrazado. Y, además, ¿qué pensaría si descubriera que has venido así por mí? —Sus ojos se movían nerviosos de un lado a otro—. No sería bueno para ti ni para mí, ¿no crees? —Negó con la cabeza, dándome la razón—. Pero no te preocupes, tengo un buen plan para que ambos salgamos victoriosos. —Mi jefe alzó la vista y la clavó en mí—. Tú te mantendrás como Dina hasta el final y, una vez que yo logre casarme con Thomas, todo será más fácil, pues me encargaré de explicarle a Amanda sobre ti y cómo te terminaste enamorando de ella. ¿Qué dices? ¿Trato hecho? —Extendí mi mano.

Dick dudó por unos segundos, pero era obvio que no se le ocurría un mejor plan.

—Está bien… —Suspiró—. Seamos socios desde ahora, Kim. Trato hecho. —Y apretó mi mano.

La cuestión era clara: por fortuna, mi jefe se había embelesado incomprensiblemente de mi futura y ruda cuñada, lo que descartaba posibles intentos de frustrar mi compromiso con Thomas. Si él revelaba su verdadera identidad, pues yo me quedaba sin boda, y él, por depravado baboso, sin Amanda.

Claro que yo estaba ni más ni menos que incumpliendo, otra vez más, la cláusula número dos de mi contrato, la de no tener ningún secreto que pudiera afectar a la otra parte, pero eso solo lo sabía yo, y, la verdad, no sería tan importante una vez casada. Como fuera, tener un aliado, aunque fuera Dick, era de gran ayuda, en especial al tener asuntos tan alarmantes que atender como… mi futura suegra.

Capítulo 9

No veía las horas de que el día terminara para que uno nuevo comenzara y me quitara aquella mala racha. Pero aún faltaban unas horas y, después de un baño —que, por la compañía de Gollum, no fue lo relajante que esperaba—, pensaba en cómo seguiría todo. Y si bien aún no era de noche, Dick-Dina había caído en un profundo sueño que incluía el peor ronquido de la historia, lo que hacía que mi mente no pudiera hilvanar dos palabras seguidas que siempre era interrumpida por el sonido porcino de mi jefe. Suspiré profundo y decidí lo único que tenía claro: salir en busca de Thomas. Desde que habíamos llegado, no habíamos cruzado palabras. Necesitaba conversar con él, explicarle lo ocurrido y rogarle que me ayudara a mejorar mi imagen de novia.

Salí del cuarto y, sin saber para dónde demonios dirigirme más que escaleras abajo, me detuve al escuchar unas voces del cuarto que estaba al fondo del pasillo. Caminé hasta la entrada de la habitación y, al oír a la loca de Jem con un tono más que furioso pero que, de algún modo, buscaba no convertirse en un grito, traté de pegarme lo más que pude a la puerta que estaba apenas entornada. Lo siento, pero no pude con mi genio y menos al darme cuenta, por sus voces, de que Thomas y el *stripper* yacían allí con ella.

—¡Ya basta, maldito idiota! ¡Estoy harta de que no quieras reconocerlo! ¡O se lo dices tú o se lo digo yo! ¡¿Me oíste?!

—Amanda, cálmate, por favor —dijo Thomas—. Fue algo pasajero, nada más. No exageres...

—¡¿Pasajero?! ¡¿Me estás cargando?! ¡Eres un idiota, Thomas! —Bufó y tardó unos segundos hasta que volvió a hablar—. Debería importarme una mierda porque encima no me cae bien ni ahora ni en la próxima vida, pero no permitiré

que me hagas cómplice de ocultar la verdad. Yo no soy así.

—Eso es cierto. —Era la voz de Ray.

—¡¿Pero de qué rayos están hablando?! ¡Esto no tiene nada que ver con ella ni puede afectar nuestra relación! —exclamó un desconocido Thomas.

—¡¿Es una broma?! ¡¿Quieres que forme parte de esta familia y no le dirás nada?! —exclamó la loca.

Se hizo un breve silencio.

—¿Es que te da vergüenza reconocerlo, Thomas? ¿Es eso? Porque de ser así, yo mismo se lo diré. No tengo dudas, lo tengo bien claro —aseguró Ray.

—¡Ya basta! ¡Jamás me metí en sus vidas, así que no interfieran en la mía! —replicó Thomas.

—Entiendo tu punto... Yo odio que se metan en mis asuntos, pero no puedes ocultarle esta verdad, aunque tú no la quieras aceptar —intervino el sexi guerrero de la guadaña.

—No le diré porque es algo que no es de importancia, y tema cerrado.

—¡¿Pero qué rayos te pasa, Thomas?! ¡Estamos en el siglo XXI, por Dios! ¡Déjate de tonterías! ¡¿Por qué quieres ocultarlo?! —Y con el volumen más alto, volvió a cuestionarlo con lo último que hubiera esperado—: ¡¿Qué mierda tiene de malo ser gay?!

Y entonces mi presión sanguínea se derrumbó e hizo de las suyas con mi cuerpo, pues mi mano no pudo evitar apoyarse y así mover la puerta entornada hasta que esta se abrió casi al ciento por ciento.

—¡Puta madre! —gritó la robusta Jem con sus ojos celestes desorbitados.

Los tres, que estaban enfrente de mí, no podían dejar de mirarme, paralizados, sin pestañeo de por medio.

Mi corazón parecía estar a punto de salírseme por la boca, pero tragué saliva como pude y miré a Thomas a los ojos.

—¿G... Gay?

Se hizo un profundo aunque corto silencio.

—No, Kim, no es lo que tú crees. Yo... —dijo mientras intentó acercarse a mí, pero entonces el *stripper*, que no me había quitado la mirada de encima desde que los sorprendí, entrecerró los ojos y, tras un marcado suspiro, se adelantó y detuvo el paso de Thomas al tomarlo del brazo.

—Aguarda, Tom.

—Ray, ¿qué rayos haces? —intervino Amanda, en tono medio bajo. Era obvio que estaba un tanto desconcertada.

El jardinero parpadeó varias veces, pero no se giró a ver a su hermana.

—Escucha... —expresó Ray, dirigiéndose a mí—. Mi hermano no quería

decírtelo, pero…

—Ya basta, Ray. No lo hagas… —lo interrumpió Thomas, cerrando los ojos. Se notaba su angustia.

—Thomas no quiere que lo sepas, pero… —Hizo un silencio para mirar a su hermano, que seguía con la cabeza gacha, rendido, y con los ojos cerrados. La imagen debió impactarlo, pues tragó saliva y solo tras suspirar volvió a mirarme con marcada determinación—. Soy gay.

—¡¡¿Gay?!! —El grito provino de detrás de mí.

Todos giramos y… allí estaba la reina del bótox que, con los ojos más grandes que los testículos de un elefante, no tardó en parpadear más de la cuenta hasta caer desmayada frente a nuestras narices.

—¡¡¡Mamá!!! —vociferó Thomas al tiempo que se lanzó a levantarla.

Ray cerró los ojos y suspiró, presionándose la frente con una mano.

—Mierda… —dijo Amanda, inamovible en su lugar.

Y sí. Por primera vez, coincidía con mi cuñada. Todo, absolutamente todo, parecía no ser más que una insoportable pesadilla.

***

La verdad era que aún no sabía cómo reaccionar a semejante escena. Sí, era cierto: Thor me había escondido un secreto, pero ni él ni los otros sabían cuántos les escondía yo. Por lo que era más que obvio que no tomaría represalias, teniendo en cuenta las cláusulas de mi contrato, claro. Sería la novia compasiva, buena y enamorada que todos esperaban y que, de algún modo, quería ser. Y, por otro lado, la más afectada en todo ese asunto parecía ser mi futura madre política, que acababa de enterarse de que uno de sus hijos era gay, algo que, al igual que la conducta de un inesperado conservador Thomas, no terminaba de entender del todo, pues estábamos en Suecia, uno de los lugares de mayor igualdad, respeto y libertad en las elecciones personales. Como fuera, parecía que la noticia no había sido tan bien recibida por ella…

—¿Martha? ¿Martha? —preguntó la señora dulce que siempre parecía feliz y, por ende, drogada. Ella era quien sostenía, sobre el sillón de la sala, a la reina del bótox y le daba palmaditas en los perfectos pómulos para despertarla, aunque no hubo caso.

Pero, sin esperarlo, Amanda, tras bufar, no tuvo paciencia y fue en busca de un vaso con agua para lanzárselo sin previo aviso.

—¡¡Amanda!! —la reprochó Thomas.

Y Ray solo contuvo una risa al ver cómo su madre se despertaba de golpe para secarse el rostro empapado.

Sin dudas que ese par, por muy distintos que fueran físicamente hablando, eran mellizos. Sus mentes parecían estar sincronizadas al ciento por ciento.

—¡Thomas! ¡Thomas! —gritó mi refinada suegra en un llamado sobreactuado y de súplica que hizo que mi futuro esposo corriera a abrazarla.

—¡Puff! —expresó Amanda, para luego poner los ojos en blanco al tiempo que hacía gestos de arcadas.

Y, aunque fue efímero, pude ver cómo la vieja zorra entrecerró los ojos en un intento por fulminar a la Jem *dark*.

—Ya, Amanda... —expresó Thomas, pero no tardó en volver a su madre—. ¿Estás mejor, mamá?

—¡Oh, Thomas! —Se tapó el rostro y, tras dejar pasar unos segundos, volvió a mirarlo—. Es que aún no entiendo cómo es que eres hermano de estos... —dijo apenas echándoles una mirada furtiva—. Bueno, en realidad, medio hermano, claro...

Y ¡pum! ¡Sorpresa! Algo más que no sabía y la maldita de Ros no me había dicho.

Thomas se dio vuelta y me miró al tiempo que expresó un «lo siento» sin sonido. Tendríamos una charla, eso era algo que dábamos por seguro tanto él como yo.

—Oh... —expresó Amanda con falsa pena y ladeando la cabeza hacia un costado—. Tal vez sea mejor que nosotros porque salió a su padre. —Miró a Thomas—. Ojalá nunca se te despierten los genes de esta, a ver si terminas todo operado y tomando ese vómito de limón... —dijo señalando la limonada-brócoli que me había ofrecido tomar.

Mi futura suegra se levantó con una elegancia que dejó a la vista lo delgada y perfecta que era su figura. Se acercó a la Jem *dark* y, con una sonrisa más falsa que la de un cocodrilo, la miró de arriba abajo. Sus ojos pasaron por las botas negras y descuidadas de Amanda, por su mullido vientre, luego por sus brazos llenos de tatuajes y, al fin, por su pelo negro en extremo seco y erizado. Solo luego de esa tremenda resonancia magnética, volvió a hablar.

—Pues lo que sí se nota es que tú no tienes ni un gen mío, querida.

—¡Mamá! —exclamó Thor con un tono lleno de reproche.

—Lo siento, Thomas, pero sabes que no puedo con mi genio y mucho menos —dirigió la mirada a Ray— después de que tu otro hermano casi me matara de

un infarto.

Ray, malditamente sexi, apoyado contra una pared y de brazos cruzados, rio indignado.

—Pues siento decepcionarte, mamá…

—¡¿Y ahora lo sientes?! Deberías haber pensado un poco más en mí —expresó Martha con aire soberbio.

Ray volvió a reír al tiempo que negaba con la cabeza.

—Creo que no me dejaste terminar. Me refería a que siento decepcionarte porque no creo que mueras de un infarto, sino por una sobredosis de bótox.

Amanda carcajeó y chocó los cinco con el *stripper*, que apenas levantó la mano para unirla a la de su hermana.

Sí, parecía un partido de tenis en el que la señora feliz y yo mirábamos a uno y luego al otro.

—¡Ya es suficiente! —gritó *miss* pómulos para luego suspirar y dar por terminada la batalla—. ¿Dónde están bastardo uno y bastardo dos? Traje unos obsequios para ellos.

«La abuela del año…».

¡¿Cómo se le ocurría llamarlos así?!

Amanda señaló hacia arriba para referirse a la primera planta y, Martha, sin más, se retiró.

¿Si registró mi existencia? Pues, al parecer, yo no pasaría más que a ser un cero a la izquierda. O eso creía hasta ese momento…

—Ray… —expresó Thomas acerándose a su medio hermano, pero no pudo seguir.

—Déjalo así… Es mejor. Tú sabrás qué hacer —le dijo con una intensa y profunda mirada que dejó a Thor mudo y con un rostro lleno de tristeza.

—Y… si llama Ben, ¿qué le digo? —preguntó Amanda seria y mirando a sus dos hermanos.

Se hizo un silencio sepulcral hasta que la voz de Ray volvió a sonar.

—¿Tú qué crees? —inquirió a su melliza. Me miró fugazmente, suspiró y, de nuevo, dirigió la mirada a Amanda—. Dile que luego lo llamo. —Clavó los ojos en Thomas—. No lo evitaré más y hablaré con él, ¿sabes? Lo siento, Tom, pero no lo haré esperar más… —Se giró y, sin dar tiempo a réplica, se marchó por la puerta que daba al parque.

Amanda, Thomas y yo estábamos congelados. Creo que ninguno caía en todo lo que había sucedido en solo unas pocas horas. Aunque claro que la que menos idea tenía de todo lo que había pasado era la señora de la alegría inexplicable, la

tal tía Nora, pues su sonrisa y mirada perdida seguían intactas.

Como fuera, no podía dejar de preguntarme cómo sería el resto de los días si solo el primero había sido así.

Días de mierda si los hay…

Capítulo 10

Al fin tendría un momento a solas con Thomas. No era lo que él y yo habíamos planeado, pero, dadas las circunstancias, cenar en *familia* no era una buena opción. Por lo que su invitación de conocer uno de los más famosos restaurantes de Estocolmo me convenció al instante.

Y, por supuesto, yo no había perdido la oportunidad de ponerme lo mejor de mi vestuario, todo de mis diseñadores favoritos: un vestido rosa palo y al cuerpo en perfecta armonía con mi bolso en tono *nude* y unos zapatos de un rosa aún más pálido, que había guardado celosamente para alguna ocasión especial, como esa cena con Thor. Ya habíamos ordenado y solo esperábamos mientras hablábamos sobre tonterías como el clima en Suecia y cosas así.

—Y dime, ¿te gusta, *preciosa*? —me preguntó, tras beber de su copa, refiriéndose al lugar y remarcando, por supuesto, la última palabra con ese tono sensual que tanto me atraía.

Lo miré a los ojos. Estaba cansado, pero a punto para ser devorado. ¡¿Qué quieren que les diga?! ¡Tenía al vikingo más elegante y sensual del mundo! Bueno..., eso sin tener en cuenta a su medio hermano, el *stripper* temática jardinero, que, por el lazo y por su declaración de preferencia sexual, quedaba descartado.

—Me encanta, Thomas... ¿O Tom? ¿Cómo prefieres que te llame? —inquirí sonriente al tiempo que me acerqué un poco más a la mesa a la que estábamos sentados. No voy a describir el lugar, pues no encontraría las palabras justas para explicar semejante lujo y fineza. Thor sí que tenía un gusto exquisito y exigente.

Sonrió de una manera dulce para luego suspirar con nostalgia.

—Como tú prefieras, dulzura. Pero *Tom* me agrada mucho. Es como me

llamaba mi padre de pequeño. Bueno, de grande también —agregó divertido.

Por más que la estúpida de Ros no me lo hubiera dicho, el tono de Thomas al hablar sobre su padre me permitió deducirlo enseguida: el hombre ya no estaba entre nosotros.

—Era alguien especial, ¿cierto?

—El sujeto más especial que conocí en mi vida. —Sonrió y dejó que su mirada se perdiera en el tiempo pasado, aunque sus pupilas solo estuvieran fijas sobre el movimiento lento y circular que hacía con la copa—. Mi padre no era un tipo normal... ¡Cielos, que no lo era! —Rio—. Era único y tenía ganado el corazón de cada uno de nosotros, incluso el de mi madre.

Coloqué mi mano sobre la suya que había quedado libre sobre la mesa, y él me miró. Sus ojos destilaban lo feliz que había sido en aquellos tiempos.

—Lo recuerdas con gran felicidad, y eso es lo único que importa —dije apretando su mano.

—Es cierto, y me encantaría que el resto de mi familia lo recordara así, pero el rencor... ya sabes, suele arruinarlo todo. —Suspiró y, sin darme tiempo a seguir preguntando, volvió a hablar—. ¿Y tú, belleza? ¿Cómo recuerdas a los tuyos?

OK. Había olvidado que supuestamente mi versión cibernética ya le habría contado algo.

—Bueno... También los recuerdo con gran cariño. No te voy a mentir, y no sé si ya te lo he dicho, pero eran... bastante *hippies*. —Reí y Thor, sorprendido, se contagió—. Veo que no te lo mencioné... Pues, así fueron ellos, libres, felices y tuvieron una hija, digamos..., un *poco más estructurada* —expresé entrecerrando los ojos.

—A mí me gusta.

—A mí también —sonreí—. Pero compartíamos muchas cosas en común, entre ellas, viajar —recordé con feliz remembranza—. No hay vacaciones que tome sin consultar su libro de viajes... Excepto por estas, claro.

Reímos los dos y nos miramos en silencio por unos segundos. No sé si el veía lo mismo que yo, pero ese corto instante en el que nuestros ojos se enlazaron descubrí que era más que un buen tipo: podía jurar que tenía un gran corazón. Y sí... no lo voy a negar: también esperaba que el «gran» se extendiera hacia otros órganos de su cuerpo, por supuesto. Pero para eso ya tendría más tiempo de averiguar.

Como fuera, aquellos segundos fueron claves, pues, de algún modo, conectamos o, al menos, nos comprendimos.

—Kim, quiero pedirte disculpas por todo lo que has tenido que atravesar

desde que llegaste aquí.

—Oh, no, Thomas... Por favor... La que te debe una disculpa soy yo. Primero, porque de no haber abierto la puerta a ese pequeño peludo negro, les habría evitado la situación con el cerdito y mi bolso en la sala de estar.

—Peppa —me interrumpió, aunque con sutileza—. Odia que la llamen «cerdo», o «puerco», o por sus diminutivos... —Thomas bebió de su copa otra vez y, al ver mi ceja alzada, sonrió—. Lo que ocurre es que mi madre la ha criado como a un hijo más. Detesta a los perros y gatos, así que...

«¡¿Y por eso un cerdo?! ¡¿Por qué no un conejo, un hámster, un loro o qué sé yo?!».

Como fuera... Vieja loca.

—Peppa entonces. —Sonreí de oreja a oreja y bebí—. Y, volviendo a mis disculpas, también siento haber interrumpido la conversación con tus hermanos... —Hice una breve pausa, pero no tardé en corregirme—: Perdón, medio hermanos. Yo solo quería hablar contigo y, cuando escuché tu voz, casi llamo a la puerta, pero no pude hacerlo, aunque tampoco quise irme. Lo siento tanto, Thomas.

Thor sonrió y suspiró en modo comprensivo.

—No lo lamentes, Kim. Te entiendo. Yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar. Créeme. —Sonrió apenas y continuó—. Y, si no te ofendes, prefiero simplemente llamarlos «hermanos». Esa distinción en el lazo solo la hace mi madre para fastidiarlos a ellos. —Negó con la cabeza y, tras mirar hacia un costado, volvió a enfocarse en mí, pero para acercarse un poco más al tiempo que tomó mi mano con cierta desesperación—. Escucha, Kim, no quiero ocultarte nada, pero es que ese asunto realmente no me pareció...

—Tranquilo, *Tom* —lo interrumpí, sonriente y envolviendo sus manos con las mías—. No tienes que explicarme nada. Solo no te preocupes, ¿sí? Aunque debo reconocer que me llamó un poco la atención que te avergonzara la decisión de tu hermano. No te hacía tan conservador.

El rostro de Thor se llenó de angustia y, de forma simultánea, suspiró y se dejó caer en el respaldo de su silla.

—No es que sea conservador. No es así... Es solo que... —Su mirada se perdió en algún punto del salón—. Es solo que no estoy seguro —dijo en un tono tan bajo que apenas fue audible. Podía jurar que había sido un pensamiento interno que se le había escapado.

—¿Qué no estás seguro de qué, Thomas? —le pregunté, tratando de que su mirada volviera a mí.

Thor, como si hubiera despertado de un profundo análisis, clavó sus ojos

azules en los míos y pestañeó varias veces hasta que volvió a hablar.

—¿Seguro? —inquirió, y yo asentí con un movimiento de cabeza—. Seguro... ¡Oh! ¡Por Dios! ¡No vayas a creer que...! —Fruncí las cejas porque no lo estaba comprendiendo, pero enseguida se hizo entender—. Kim, preciosa, no quiero que te confundas. Es solo que... —tragó saliva— creo que Ray está confundido. Nada más.

—¿Confundido? Pero si él mismo dijo que era gay. No entiendo, Thomas. ¿Es que tiene algo de malo eso? ¿O es que solo no asumes que tu hermano no guste de las mujeres como tú?

Thomas, rendido, cerró los ojos y suspiró con fuerza.

—No, no es eso, es que... —Respiró profundo y, tras unos segundos, continuó—: Él siempre estuvo con mujeres, Kim, y... una noche, un poco alocada, se pasó de diversión y... y terminó en la cama con Ben. Pero eso no quiere decir que...

—¿Ben? ¿Quién es Ben? —lo interrumpí impulsiva y sin querer. Era la segunda vez que oía ese nombre y mi curiosidad me superaba casi siempre.

—Demonios... —dijo en un susurro, pero yo reí y él se relajó un poco—. Lo siento, preciosa, es que es una historia larga.

—Y yo tengo tiempo. Al menos hasta que terminen mis vacaciones y, siempre y en tanto, el restaurante no tenga problema en que nos quedemos toda la noche aquí —expresé despreocupada y alegre.

Thor dibujó una media sonrisa, aunque se lo notaba un tanto preocupado.

—Ben es un viejo amigo de la familia. En realidad, mi mejor amigo. —Bajó la mirada.

Y, ¡pum! Comenzaba a entender un poco más.

—Oh, Thomas... Lo siento mucho. Ninguno de los dos te dijo nada y te sentiste traicionado, ¿cierto?

Bon Jovi alzó la vista de golpe, otra vez como si hubiera salido de un pensamiento.

—Sí, sí, exactamente. Me sentí traicionado...

—Y, ¿Ben ya era homosexual o...?

—¿Ben? —Suspiró—. Sí, él siempre lo tuvo claro.

«Mierda...».

—Thomas, te entiendo. —Volví a tomarlo de las manos—. ¿Y sigues conservando tu amistad con él?

—Pues... La verdad es que, después de lo ocurrido, no. Se ha cansado de intentar acercarse de nuevo a mí, pero yo no lo acepto, Kim, no lo acepto... —repitió volviendo a perder los ojos en la tristeza de sus pensamientos.

Apreté sus manos y así él me miró.

—Tranquilo, aquí me tienes, ¿sí? Solo piensa que serán unos pocos días hasta nuestro compromiso y ya luego volveremos a nuestras vidas en Nueva York, aunque nos esperan los preparativos de la boda, claro —dije medio divertida para animarlo.

Thor sonrió y, con dulzura, acarició mi mejilla.

—Seguro, preciosa… Serán solo unos días.

Y a pesar del día de porquería que había atravesado, me sentía mucho más relajada al haberlo terminado así: a solas con él, mi vikingo, mi príncipe azul, mi futuro esposo.

***

—Kim… ¡¡Kim!! ¡Tu teléfono!

Abrí los ojos y me dieron ganas de clavarme los dedos en estos al mejor estilo Edipo Rey, pues frente a mis narices yacía la imagen más fea y friki que, había olvidado, me acompañaría el resto de mi estadía en Suecia: Dick Walker disfrazado de muñeca Sarah Kay.

—¡Hazte a un lado, que me das ganas de tirarme por la ventana! —grité, apartándolo al tiempo que me levantaba.

Pero tenía razón. El maldito móvil no paraba de sonar, por lo que no tardé en quitárselo de las manos.

—¡¿Y ahora qué?! —exclamé al atender.

—¡¿Me estás jodiendo?! ¡Desde que llegaste, no respondiste ni un solo puto mensaje de WhatsApp, zorra sueca!

Era Ros, por supuesto.

—¡¿Y todavía tienes el coraje de exigirme respuestas?! —vociferé, pero, al recordar que cerca estaba Dick-Dina, me callé hasta que pude encerrarme en el baño—. Escucha, pedazo de depravada comesalchichones, ¡o me haces un mejor resumen de todas las estúpidas conversaciones que tuviste con Thomas o me encargo de que no puedas volver a follar con tu esposo!

—¡Eso jamás! ¡¿Qué te ocurre?! ¡¿Todavía no se te fue el efecto del trago?!

—¡¿Que qué me pasa?! ¡Tu estúpido resumen no decía que Thomas tenía una madre amante del bótox ni un cerdo hiperinteligente llamado Peppa! ¡Tampoco

leí nada sobre una tal tía Nora que parece siempre drogada ni que su hermano Ray está más bueno que todos los guerreros de *300*, pero que es gay!

Respiré profundo y esperé a que contestara, pero hubo un largo silencio en el medio.

—*¿Bótox? ¿Peppa? ¿300? ¿Gay? ¡¿Me dices todo esto y no tuviste la delicadeza de siquiera llamarme para contármelo?!*

Revoleé los ojos y me dejé caer sobre la tapa del retrete al tiempo que suspiré.

—Sí… Y eso sin contar que estoy durmiendo en la misma habitación que Dick… Bueno, en realidad, Dick-Dina…

—*¡¿Qué mierda me estás contando?! ¡¡¡¿Dick está allí?!!!*

—Sí, y vestido de mujer. Por eso *Dina*…—Bufé, no tenía ganas de explicar todo—. Pero al menos ya no es una amenaza para mí. El idiota se enamoró de un flechazo de la Jem *dark* con sobrepeso que nos fue a buscar al aeropuerto.

—*¿De la Jem qué?*

—Ufff… De la medio hermana de Thomas… Como sea, no tengo más tiempo, Ros. —Me presioné la frente con la mano que tenía libre—. Escucha, son unos pocos días, pero, viendo la familia que me ha tocado, creo que serán más largos que las noches en la Antártida.

—*Cálmate, Kim. Me tienes a mí de* back up.

—¡Oh, menos mal! —ironicé.

—*¡Hey! ¡Hice lo que pude en un tiempo récord,* OK*!*

—Pues, esta vez, solo te pido que me resumas un poco mejor sobre su familia, en especial sobre su madre. No me fío de la reina del bótox…

—*¡¿Reina del bótox?!* —Carcajeó—. *¡Cómo amaría estar allí, por todos los cielos, Kim!*

—Agradece que no sea así, querida amiga. De lo contrario, tu culo estaría hinchado como un enorme almohadón, por mis patadas.

—*Eres una exagerada, Faster…* —resaltó mi nombre.

—Lo que quieras, pero, en serio, dile a tu esposo que deje de darte por un rato y hazme el favor de hacer un buen resumen sobre esta vieja, ¿quieres?

—OK*, lo haré, depravada, siempre y en tanto nos conectemos una vez al día, por la noche, por ejemplo. ¿Te parece un buen trato?*

Puse los ojos en blanco.

—*OK, OK…* Nos hablamos por la noche, señora de Megasalchicha. *Bye*.

Corté la llamada y me dirigí al espejo que estaba frente a mí. Debía prepararme. Mi primer encuentro oficial con la bruja del bótox sería esa mañana y no podría flaquear.

Capítulo 11

—La mañana te sienta mejor que la tarde, querida. O, al menos, no te ha perseguido ningún animal… —dijo con una sonrisa maléfica mientras yo bajaba por la escalera. Me observaba de arriba abajo al tiempo que yo me acercaba al pequeño sillón que estaba enfrente del más grande, en el que yacían tanto ella como Thomas. Solo una pequeña mesa de té nos separaba y, aun así, el clima y las posiciones auguraban una entrevista al mejor estilo interrogatorio del FBI o CIA.

Sonreí y, a punto de cruzar mis piernas, me contuve y solo las acomodé hacia un costado, como en la realeza británica. Claro que a mi suegra no le pasó desapercibido aquel gesto y fue inevitable notar su ceja izquierda alzarse. Su apariencia era impecable. Aquel cabello corto y rubio, su traje color *nude* y sus movimientos moderados hablaban de lo refinada y exigente que era. Claro que a esto se le sumaba su tendencia al consumo de bótox que, lejos de quedarle mal, hacían de sus pómulos el modelo ideal para todo Hollywood. Y como broche a todo su *look*, el puerquito de los brillos, Peppa, que yacía a su lado y no me quitaba la mirada de encima.

—Buenos días, señora Martha. —Le tomé la mano de forma suave y la frialdad de su piel hizo que el apretón durara apenas una milésima de segundo. Al cerdo apenas lo miré y solo alcé las cejas como saludo para luego pasar a mi Thor—. Buenos días, Thomas. —Le sonreí y él, tras responder del mismo modo, se puso en pie, solo por unos segundos, para darme un fugaz beso en la mejilla—. Siento mucho el episodio de ayer. La verdad es que yo no…

—No pierdas tiempo en explicarlo. Ray ya lo ha hecho por ti —me

interrumpió Martha a secas, pero al darse cuenta de que había sonado descortés y duro para Thomas, que la miró sorprendido, no tardó en suavizar el tono. Se notaba que lo que él pensara era lo único que podía llegar a importarle—. Quiero decir que no es necesario que lo hagas, querida. —Acarició a Peppa, que respondió con un «oinc»—. Lamento mucho no haber estado antes para evitar que te dejaras engañar por el… el animal de Ray. Siento decirlo, pero estar con él es sinónimo de problemas.

—Mamá… —reprochó Thomas.

Es que la verdad era que no se sabía si lo había dicho por el perro o por el guerrero de la guadaña, su otro hijo.

—Como sea… —Hizo un gesto con la mano para dejar aquel asunto atrás, permitió que Peppa se bajara para que se fuera a su cómoda cama de princesa y, con una sonrisa que se dibujó en su rostro, se dispuso a servir un poco de café para cada uno—. Así que eres de Estados Unidos. Yo también, ¿lo sabías? —Sonrió e hizo un silencio, aunque no dejaba de mirar la infusión que vertía—. Pero mejor cuéntame un poco sobre ti, *Jenny* —dijo resaltando el nombre y elevando la mirada entrecerrada, clásica en las amantes de las zorrerías.

«¡¿*WHAT*?! ¡¿Jenny?! ¡¿Encima ese nombre de mierda?!».

Fruncí las cejas.

—*Kim*, mamá. Se llama Kim —la corrigió Thomas.

La reina del bótox abrió sus perfectos y delineados ojos claros, y con una expresión de pena y sorpresa más falsa que una lágrima de cocodrilo, me miró y se tapó la boca.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento, querida! ¡Es que han sido tantos los años de compartir con Jenny que aún no he podido olvidar su nombre! ¡Perdóname, cariño! —terminó de expresar posando su horrible mano de hielo sobre la mía.

Thomas rio medio nervioso y negó con la cabeza.

Y claro, mi sorpresa por aquella revelación casi que no pude contenerla, pero lo cierto era que no sabía si era algo que Thor me había contado en los chats, pues el *back up* llamado Rosamund parecía no estar cumpliendo su maldita función como correspondía. Así que solo tragué saliva, respiré profundo con disimulo y sonreí. Aunque no me quedaría sin dar un pequeño golpe bajo, claro…

—Oh, por favor, no se disculpe. El paso de los años nos llegan a todos. —Sonreí, y la vieja de porquería, con la mirada fulminante en mí, no tuvo opción que imitarme y reír.

—¡Oh! Eres muy simpática, Jenny… —Negó con la cabeza y, rápido, *se corrigió*—: ¡Kim! ¡Kim! ¡Ay, esta mente traicionera! —agregó sonriente y antes de dar un sorbo a su café, aunque no se guardó de lanzarme otra de esas *miraditas*

mientras bebía.

Thomas acomodó la garganta, suspiró y dirigió la vista a mis ojos.

—Preciosa, ¿por qué no le cuentas un poco sobre ti así luego nos enfocamos en la fiesta de compromiso? ¿Qué dices?

Agradecí la intervención. De lo contrario, aquella guerra, que era obvio que ya había iniciado, hubiera estallado y terminado en cuestión de minutos.

—Por supuesto, Tom —dije, y la reina del hielo no pudo evitar clavar sus ojos en mí cuando lo llamé así—. Pues, ahora que ya lo sabe, mi nombre es Kim Faster, soy abogada en un bufete de Nueva York, ciudad en la que vivo, y pronto pasaré a formar parte de los socios de la firma —terminé de expresar con orgullo, aunque no pareció generar ningún efecto.

Se hizo un breve silencio, pero Thomas no perdía la sonrisa.

—Y tienes un interesante poder de síntesis..., además de amistades un tanto particulares —agregó Martha, con tono de crítica y refiriéndose a Dick-Dina, aunque lo disimuló al finalizar con esa sonrisa que yo empezaba a odiar—. En realidad, no es que no sea interesante lo que has dicho, pero la verdad es que si es lo único que haces, yo no sé qué pensar...

—¡Oh, no, madre! No seas injusta. Fue solo una introducción, ¿no es cierto, cariño? —preguntó un entusiasmado Thomas.

«¿Introducción? Pues, a ver... He dedicado toda mi puta vida al estudio y al trabajo... ¡¿Qué demonios pretendes que agregue, *cariño*?!».

Sonreí, incómoda, y turné mi mirada entre el pálido y *botoxeado* rostro de mi suegra con el de Thor. Mis manos sudaban, pero lo disimulaba al tenerlas presionadas entre sí y sobre mis rodillas.

—Pues... La verdad es que yo...

—¿Cocinas? —inquirió la vieja, tajante y muy seria.

—Mamá... Ya te he dicho que sí —expresó un segurísimo y sonriente Thomas —. ¿Recuerdas la foto de los últimos pasteles que hizo? ¡Casi como los de una profesional de la cocina! ¡No me puedes decir que has olvidado lo que te mostré, mamá! ¡Hacer pasteles es su *hobby*! ¿O no, hermosa? —terminó preguntándome a mí.

«*OK*, Kim. No desesperes. Solo intenta recordar cuándo fue que hiciste el último pastel... ¡Oh, pero si es cierto! ¡Nunca en tu puta vida has hecho uno! ¡Ni siquiera a modo de juego en tu infancia!».

Anoté mentalmente cocinar uno lleno de veneno para Ros.

Estuve a punto de contestar a Thor, no sé qué, pero ella lo evitó.

—Thomas, no seas iluso. ¿Acaso has probado alguno o la has visto cocinarlos? —Y bebió de su taza sin quitarme la desafiante mirada de encima.

—¡Mamá! —reprochó Thomas.

Tragué saliva para contener los furiosos latidos de mi corazón, que no sabía si eran del miedo o por la rabia que sentía. Aunque de lo que sí estaba segura era de que tenía unos deseos irrefrenables de lanzarme a la vieja y tirarle de los pelos hasta que me pidiera perdón. Pero la escena solo quedó en mi cabeza y la necesidad de ganar me superó.

—Claro que lo hago, aunque solo muy ocasionalmente —mentí, algo que empezaba a tornarse costumbre desde que acepté hacerme cargo de la idea que mi amiga había iniciado en Bamboolove.

—Oh… Con que *ocasionalmente*… —remarcó al tiempo que dejaba con suma delicadeza la taza de café sobre la mesita—. Entonces no tendrás inconveniente en hacer el pastel para el cumpleaños de bastardo uno y dos, ¿cierto? Después de todo, serán tus sobrinos —sentenció sin pestañeo de por medio y con una mirada tan fría que sentí la puñalada en los míos.

«Vieja de mierda».

Y lo sé: lo más sensato hubiera sido que me negara, pero aquello hubiese significado ir en contra de mi naturaleza, pues yo, Kim Faster, jamás me negaba a ningún desafío, aunque este significara tocar utensilios de cocina. Y, siempre y como fuera, jamás perdía. Jamás.

—Preciosa, no tomes esto en serio. Además, tenemos que centrarnos en el compromiso y…

—Claro, lo haré sin inconvenientes —afirmé sin pensar un solo segundo lo que aquello implicaba.

La zorra botoxeada sonrió de lado.

—¡Perfecto! Entonces ya puedes ir haciéndote a la idea de hacerlo con la temática de Peppa Pig —dijo poniéndose de pie para luego acercarse a la escalera.

«¡¿Peppa qué?!».

—Madre…, ya te expliqué que el cumpleaños de los niños deberemos dejarlo para otro momento. La fiesta de nuestro compromiso la haremos este sábado porque debo viajar por trabajo y…

Miss bótox se dio vuelta.

—Cariño, eso no es un problema. Podemos festejar el cumpleaños y tu compromiso en la misma fiesta. No creo que Jenny tenga problemas, ¿cierto?

Una metralleta hubiera sido lo que más me hubiera gustado tener en ese preciso momento, pero no tenía nada más que unas últimas gotas de autocontrol que debí usar para evitar saltar sobre su cuello.

—Dulzura, no tenemos por qué hacer eso. Hablaré con mi hermana para que

pase la celebración a la semana siguiente, así…

—¡Thomas! ¿Y serás tú quien le diga a los niños que no festejaremos su cumpleaños? Porque dudo de que tu querida prometida, quien desea tener cuatro hijos y dejar su amado trabajo solo por la familia, pueda tener la insensibilidad suficiente como para informárselos.

«*OK*… ¡¡¡¡¿Cuatro niños?!!!! ¡¿De dónde mierda ha salido semejante injuria?! Y… ¡¿dejar mi trabajo?! ¡¿Qué rayos fuman en esta casa?!».

Thomas suspiró y cerró los ojos por un segundo hasta que se acercó a mí para hablarme casi en un susurro.

—Perdóname, Kim, sé que fue algo muy personal que me revelaste, pero no pude evitar contárselo a mi madre. Para mí es muy importante haber encontrado en ti los mismos deseos que tengo yo. Espero que puedas comprenderme, hermosa… —rogó con ojos llenos de súplica, y me tomó de las manos.

«¡Maldita y estúpida Ros!».

Los segundos corrían y mi silencio no hacía más que acumular una rabia que estallaría en locura en poco tiempo.

—Entonces, ¿serás tú la que le rompa el corazón a los dos pequeños, querida? —inquirió para presionarme aún más.

Me sentía en jaque mate, pero la verdad era que si bien no sería la fiesta de compromiso que había soñado, me importaba una mierda siempre y en tanto lograra comprometerme. La boda la organizaría bien lejos de ella y de su bótox.

Mi rostro serio cambió a uno dulce y lleno de instinto materno con la rapidez de una loca recién salida de un psiquiátrico.

—Oh, claro que no, querida Martha. Celebraremos todo junto. Es que jamás podría lastimar a un niño… Recuerde que pienso tener cuatro o más… y con su hijo, por supuesto. —Y abracé a Thor por la cintura.

La mirada entrecerrada de mi futura suegra duró un segundo, pero el fuerte suspiro de rabia que dio con mi comentario me dejó claro que ambas habíamos empatado en el primer *round*.

Ya habría tiempo para ver quién saldría vencedora, aunque mi ego ya lo tenía más que claro.

Capítulo 12

—¡Eres una maldita estúpida, Ros! ¡¿Cómo se te ocurrió decir semejantes idioteces?!

—¡Hey! ¡Espera un momento! Tienes al hombre más sexi del mundo, con un empleo y status social que dan envidia a cualquiera, quiere casarse contigo cuanto antes y, aun así, ¡¿te atreves a cuestionar mis métodos de conquista?! ¡Eres increíble, Kim!

Luego de conversar lo que pudimos sobre la fiesta, de almorzar con mi querido Thor y quedar para salir a cenar por la noche, me encerré en el cuarto a hablar por teléfono. Aproveché a hacerlo tras leer la nota de Dick-Dina en la que decía que volvería más tarde, pues se había ofrecido a acompañar a Amanda y a los niños a la visita que tenían con su padre, el exactor porno.

Respiré profundo. Por un lado, yo tenía más que razón, pues mi queridísima amiga me había traicionado al decir que aquella Kim cibernética era un fiel reflejo de la real. Jamás en mi vida había prometido a ningún hombre dejar mi trabajo y, mucho menos, tener cuatro hijos. Sí, era cierto que deseaba con locura tener un niño; no por nada era también una de las metas que me quedaban por cumplir, pero tampoco como para repetirla tres veces más y abandonar lo que más me gustaba hacer: ser abogada. O, peor aún, renunciar a mi gran sueño que estaba a punto de cumplirse después de tantos años de esfuerzo: convertirme en socia de la firma. Por supuesto que todo eso sin contar la más oscura de las mentiras acerca de mí y mi pasatiempo que ni en tres reencarnaciones sería la pastelería. Pero, por otra parte, también sabía que Rosamund tenía razón. De no haber sido por su osada *performance* en Bamboolove, jamás hubiera conocido a Thomas. Y, muy probablemente, a ningún hombre que me convenciera como

para cumplir el sueño de casarme, deseo que se había tornado muy cuesta arriba desde que dejé a Steve plantado a pocos días de la boda.

—*OK*... Dejémoslo así. Una vez que me case, veré qué hacer para convencerlo de tener menos hijos y de seguir con mi trabajo...

—*¿Ves? No era un gran problema, comevikingos...*

Revoleé los ojos.

—Eso todavía no. Recuerda que ni siquiera duermo en la misma habitación. Desde la noche en que lo conocí, no pude siquiera ver su pene... —Bufé. Era cierto. La borrachera había arruinado mi memoria, y eso era algo seguro, pues ninguna imagen de aquella noche volvía a mí.

—*¿Y qué demonios haces hablando conmigo en lugar de estar tirándotelo sobre la cama en la que duerme Dick?*

Alcé una ceja y suspiré. Jamás había conocido a alguien tan cochino y pervertido como ella.

—Pues... Tuvo que salir con urgencia por un asunto de su trabajo. Y, además, tengo un problema más grave que resolver.

—*¿Más grave que la abstinencia sexual con semejante semidiós? Vaya...*

—Sí. —Me dejé caer sobre el colchón de uno de los somieres—. La fiesta de compromiso.

—*Y eso, ¿qué tiene de problemático? No creo que él tenga inconvenientes en contratar un servicio que se encargue de todo y que te guste. Y, si no, tú también puedes pagarlo* —afirmó Ros.

¡Cielos! ¡Al fin me ayudaba en serio!

—¡Eres una maldita genia! —exclamé. Es que tenía razón y no entendí como nunca se me ocurrió aquello.

—*¿Ahora soy de tu devoción?*

—¡Sí! ¡Y ya no tendré que preocuparme en saber qué rayos es Peppa Pig!

—*¡¿Peppa Pig?! ¡¿De qué mierda estás hablando, Kim?! ¡¿Qué demonios tiene que ver tu fiesta con el dibujo animado de un cerdo?!*

—¡Luego te cuento! ¡Me tengo que ir!

Y corté. Claro que lo hice, pues, a menos que quisiera aparecer en alguna temporada de *Nailed it!*, debía aprovechar la soledad de la casa para huir cuanto antes a alguna pastelería que se encargara del asunto del pastel de cumpleaños. Tomé mi bolso y, sin más, me lancé hacia la puerta para salir, pero las voces de Amanda y compañía hicieron que me retractara y me dirigiera a la única puerta que me permitiría salir de allí sin levantar sospechas: la que daba al parque... y a la casa de Ray.

Salí disparada y, cuando estuve a punto de encontrar la salida de la propiedad, su voz, esa voz, no solo hizo que me frenara de inmediato, sino que, aun en contra de mi voluntad, provocó un estallido de latidos en mi pecho.

—¿Huyendo una vez más, *Pitufina*?

Traté de calmar mi corazón y, sin éxito, me di vuelta. Por Dios... Jamás en mi vida lamenté tanto que alguien fuera gay. Es que, lo siento, pero aquella media sonrisa y su evidente predilección por lucirse en cuero de la cintura para arriba hacían que fuera inevitable desearlo. Pero intentaría disimularlo, al menos con las palabras.

—Solo quiero salir sin que nadie esté detrás de mí. Pero parece que tú tienes una especie de imán conmigo.

—Si lo prefieres, puedo llamar a Blacky. Creo que él sí tiene algo contigo. O, al menos, hasta ahora, nunca se me ha ocurrido orinarte en la cara. Aunque...

—Eres un cerdo... —Me di vuelta para escabullirme por entre medio de uno de los arbustos que desembocaba en uno de los laterales de la casa y que, presumía, me llevaría a la acera.

—Tal vez, pero de lo que estoy seguro es de que, si sigues por ese camino, tu diminuta figura saldrá en el video de seguridad de la casa.

Me detuve y volví a girarme, pero para mirarlo. Estaba cruzado de brazos, seguro de lo que decía. Y su media sonrisa no se le borraba por nada.

—¿En serio?

Alzó los hombros y las cejas al mismo tiempo.

—No suelo mentir, pero si no me crees, puedes comprobarlo por ti misma cuando mi madre, en su obsesión por destruirte, lo vea por la noche.

¿Obsesión por destruirme? ¡¿Era en serio?!

—Es una broma, ¿cierto?

—¿Lo del video o lo de que quiere destruirte? —Sonrió al ver mi expresión de *WTF?!* Y luego rio—. No, no es una broma. Ninguna de las dos.

Chasqueé la lengua y negué con la cabeza. Tenía que encontrar algún modo de salir de allí. Y entonces... mis ojos se posaron en él que, sorprendido por cómo lo miraba, no pudo evitar descruzar los brazos como señal de que había bajado la guardia.

—Oh, no... No cuentes conmigo. No seré cómplice de tus zorrerías...

—Te pagaré.

Frunció las cejas y rio indignado.

—¿Crees que necesito dinero? —Bufó—. La verdad es que no sé por qué Thomas te eligió como novia. Comienzo a sentirme tentado por unirme al lado

oscuro de mi madre… Al menos en esta oportunidad.

Revoleé los ojos.

—Está bien. Dinero no. Pero puedo conseguirte algo que será de gran interés para ti…

—Ya me debes un favor.

—Pero esto es otro asunto.

—¿Ah, sí? —Volvió a cruzarse de brazos y alzó una ceja—. ¿Y qué podría importarme tanto como para querer ayudarte *otra vez*?

—Si tú me ayudas en esto, yo prometo hacer que Thomas vuelva a acercarse a Ben.

El silencio que se hizo fue tan absoluto como inevitable la sorpresa que sus ojos mostraron al solo oír el nombre de aquel hombre.

Ray, con una seriedad que no imaginé ver en su rostro, se acercó a mí hasta quedar a solo un paso de distancia. Mi corazón latió desesperado y mi pecho no pudo evitar agitarse. Me generaba una mezcla de sensaciones que, además de inevitables, me confundían como nunca antes en mi vida. Su intensa mirada se hundió en la mía y sus labios volvieron a moverse.

—¿Es una promesa?

Tragué saliva, pero no titubearía.

—Lo juro.

Y el aire que salió de mis pulmones selló aquel juramento de una forma que sabía que jamás podría volver atrás.

***

—Definitivamente eres una mala persona —dijo ni bien terminé de ingresar en su coche… uno muy distinto al de Thomas, que era el que había usado Amanda para ir a buscarnos al aeropuerto, pues se trataba de un antiguo aunque impecable Cadillac.

—No te pedí que emitieras opiniones acerca de mis planes, *fan número uno de Ace of Bas*e —repliqué resaltando con malicia las últimas palabras.

Ray alzó una ceja y, sin quitar las manos del volante, clavó sus ojos en mí.

—El trato no decía que no pudiera hacerlo. Y respecto de lo de mi banda favorita, te pediré que no lo menciones frente a los demás. Es de mi privacidad y solo Amanda y Thomas lo saben… Bueno, hasta ahora. —Me miró de arriba abajo y luego movió la mirada hacia la entrada de la pequeña pastelería a la que me

había llevado y de la que yo acababa de salir tras encargar el pastel de Peppa Pig —. ¿De dónde demonios te sacó Thomas? —Y encendió el automóvil.

Revoleé los ojos y, tras suspirar, me dediqué a mirar por la ventanilla del acompañante.

—Eso no es asunto tuyo. Y no soy una mala persona. Solo quise impresionarlo y jamás pensé que aquella pequeña mentira piadosa me jugaría tan en contra —confesé…, aunque la verdad era que otra vez estaba mintiendo, pues Ros había sido la gran diseñadora de aquella perfecta Kim pastelera perteneciente a un mundo completamente imaginario y paralelo al mío.

Indignado, negó con la cabeza.

—Espero que sea solo eso y no que resultes ser una absoluta impostora cazafortunas…

Y la sangre se me hirvió.

—¡¿Cazafortunas?! ¡Eres un idiota! ¡No necesito el dinero de él ni el de nadie! ¡Soy una de las mejores abogadas de Nueva York y jamás dejaré de serlo, jardinero de cuarta! —me atreví a exclamar, aunque enseguida me arrepentí por cómo lo había llamado.

Rio sin siquiera dedicarme una mirada. La calma parecía dominarlo y su atención estaba centrada en el manejo del coche, aunque no dejaría de contestarme.

—No soy jardinero… O, al menos, no hago solo eso. —Suspiró—. Y podrás ser la mejor profesional del estúpido mundo que jamás me importará una mierda. Solo espero que la porquería de persona que muestras ser sea solo un efecto colateral de lo que mi madre hace, porque, de lo contrario, jamás me perdonaré haberte ayudado.

—No me conoces lo suficiente para pensar así de mí —dije seca, aunque, en el fondo, me sentía dolida. Era cierto: había sido un poco brusca y la verdad era que todo lo que estaba haciendo no hablaba bien de mí, pero, aun así, sabía la clase de mujer que era. Lo sabía… o eso creía.

—Espero que estés en lo cierto. —Su mirada siguió firme en el camino por unos cuantos minutos, en extremo silenciosos, hasta que volvió a hablar, aunque con un tono lleno de preocupación—. Si es cierto que está enamorado de ti, solo te pido que no juegues con sus sentimientos. Thomas ya ha sufrido bastante… Es una buena persona y se merece ser feliz. ¿Entiendes? —me preguntó justo al mismo tiempo que frenó el coche, pues habíamos llegado a la casa.

Lo miré. Sus ojos celestes brillaban. Podía ver en ellos la súplica, aunque tampoco entendía por qué tanto drama. Y me ofendí, pues la forma en que me hablaba me hacía sentir que yo no era más que una máquina sin sentimientos y

que no merecía lo mismo que su hermano.

Respiré profundo y, sin responderle nada, me bajé del automóvil y cerré la puerta de un golpe que casi la hizo giratoria. Comencé a caminar hacia la entrada de la casa y, por supuesto, su voz se hizo escuchar enseguida.

—¡Hey! ¡¿Quién demonios te crees que eres para tratar así a mi coche?! ¡¿Tienes idea de lo que significa para mí, *barbie pocket*?!

Y hubiera respondido con mucha malicia a su estúpida forma de llamarme, pero una extraña y conocida voz que provenía del interior de la casa captó toda mi atención. Mis cejas estaban fruncidas y, a pesar de notar a un Ray enfurecido a mi lado, no pude más que seguir oyendo hasta que Amanda abrió la puerta para terminar de sorprenderme.

—¡Que se vayan, zorra! —gritó la hermana de Ray, echando de la casa a la última mujer que hubiera esperado ver en ese lado del mundo.

Sus ojos se entrecerraron con la misma sorpresa que había en los míos. Es que era imposible. No podía ser cierto…

—¿Kim? —expresó la pelirroja más envidiable de la faz de la Tierra, la mujer que había hecho de mi vida amorosa una completa oscuridad sin vida.

Tragué saliva. No podía reaccionar ni pensar con claridad. Parecía una puta pesadilla. Y era que, aunque me hubiera encantado que no fuera así, la muy maldita estaba más hermosa que aquella noche en la que sus piernas envolvieron la cintura de Steve e hicieron que mi soltería se extendiera hasta ese momento.

Y solo luego de unos segundos en los que mi cerebro entendió que aquella imagen era real, mis labios se movieron, aunque solo para pronunciar el nombre que más odiaba en el planeta.

—¿Je… Jenny?

Capítulo 13

—Esperen un momento… ¿ustedes dos se conocen? —preguntó Ray, mirándome a mí y luego a Jenny.

—Claro que la conozco. Fuimos juntas a la misma universidad —respondió ella, aunque con los ojos fijos en los míos, y caminó hasta quedar a solo un paso de mí—. ¿Qué rayos haces tú aquí?

Tragué saliva. La verdad era que su voz me generaba una mezcla entre repulsión, miedo y furia. Pero no quería que lo notara. No deseaba que mi expresión destilara algo más que sorpresa, por lo que respiré profundo, entrecerré los ojos y dibujé una media sonrisa, esa que estaba segura de que ella odiaba y hasta temía.

—Eso me pregunto yo. ¿Acaso lograste graduarte? —pregunté hiriente, sin quitarle la vista de encima y al tiempo que me crucé de brazos.

Su entrecejo se frunció de la furia y, al hacerlo, también su nariz llena de pecas mal maquilladas.

—Pues a mí no me sorprende que se conozcan. Parece que a Dios le encanta juntar a la gente de mierda y encajársela a los medio idiotas como nosotros —intervino Amanda.

Jenny la miró con desprecio y, con un rostro que indicaba que analizaba, pasó a observar a Ray y luego a mí para terminar de sonreír mientras se cruzaba de brazos.

—Oh… Veo que has dejado para lo último tu vida amorosa. Aunque jamás creí que cayeras tan bajo por desesperación —expresó mirando de arriba abajo al *stripper* temática jardinero.

Ray elevó una ceja, mi cerebro casi echó chispas y, por ende, estalló sin

pensar.

—Claro que no, sanguijuela pelirroja. Ray es gay… —El rostro de sorpresa de todos fue simultáneo, y quise aclarar, pero la zorra no pudo evitar intervenir.

—¡¿Gay?! —Y se echó a reír de un modo que solo hizo que las cejas de los demás se nos elevaran en simultáneo, a excepción de Ray, que solo cerró los ojos y se los presionó con los dedos de una mano mientras la otra la acomodó en su cintura, un gesto típico del hartazgo. Pero era obvio que a ella no le importó una mierda y solo cuando se calmó un poco volvió a hablar—: Bueno, la verdad es que con el pasado que tiene jamás me lo hubiera imaginado, pero viniendo de Ray, todo es posible. —Y suspiró para tratar de calmarse.

Era cierto que no terminaba de congeniar con el *stripper* o, al menos, me incomodaba bastante su presencia, pero tampoco podía negar que la actitud que tenían para con él comenzaba a fastidiarme, no solo porque fuera a convertirse en mi cuñado, sino también porque por lo poco que me había demostrado ser parecía que era un buen tipo, más de lo que aparentemente los demás sabían, o esa era mi impresión. Así que no tardé en ser la siguiente en intervenir.

—Ya cálmate, Jenny. No te pases —lo defendí, pero las miradas medio sorprendidas de Amanda y del mismísimo Ray me pusieron nerviosa, así que preferí aclarar un poco más… y, de paso, sin haberlo deducido en ese instante, daría el toque final a esa zorra que tanto odiaba y tenía, por obra del estúpido destino, ni más ni menos que frente a mis narices—. No te pases porque… Porque fastidiarás a su hermano, que no es más que mi prometido, ¿*OK*? Solo estoy con Ray por un asunto de la fiesta. Así que, simplemente, no estorbes —sentencié.

Amanda entrecerró los ojos y los clavó en su mellizo, pero la actitud de mi archienemiga evitó que pudiera decir palabra alguna.

Los ojos de Jenny se abrieron tanto que, por poco, parecieron que caerían al suelo.

Algo la había paralizado y temía que no era precisamente lo mencionado respecto del *stripper*…

—¿Te… casarás… con… *mi* Thomas? —Su pecho comenzó a agitarse y su acercamiento a mi rostro, no voy a mentir, me asustó.

Pero, por fortuna, Ray pareció percatarse de aquello.

—*OK*, lo único que a mí me queda claro es que mis dos hermanos son unos completos estúpidos y jamás entenderé sus gustos personales. —Alejó con sus manos a Jenny, que parecía que se fundiría conmigo, y, tras abrir la puerta de entrada de par en par, la invitó con la mirada—. Ahora, vete. Creo que todos, incluyendo a Martha, hemos sido bastante claros. Ya no queremos verte ni a ti ni a tu estúpido hermano.

«¿Hermano?».

Pero no hizo falta que mi mente lo recordara, pues ni bien Ray terminó de hablar, los dos niños de Amanda bajaron tomados de la mano de... Jim, el hermano de la zorra de Jenny.

—¡¿Kim?! —Su enorme y torneadísimo cuerpo no coincidía con sus impulsivos y un tanto infantiles movimientos, pues bajó corriendo torpemente, soltó a los niños, que se fueron directo al parque, y me tomó de las manos—. ¡Qué pequeño es el mundo! ¡Jamás creí volver a verte! ¡Y mucho menos aquí! —exclamó risueño y sorprendido, pero su gesto no tardó en cambiar a uno amargo al escuchar a su querida hermana.

—¡¿Qué haces, pedazo de idiota?! ¡Suéltala ya! ¡¿Todavía no terminas de entender que es nuestra enemiga?! —Y bufó de la furia.

—Jenny, ya han pasado muchos años y... —dijo Jim, pero no pudo continuar.

—¡Ya basta! ¡No sé qué rayos sucede aquí, pero váyanse todos a la mierda o, al menos, fuera de aquí antes de que los eche a patadas en el culo! ¡No los queremos ver más, malditas sobras americanas! —gritó Amanda.

Pero como si todo aquello hubiese sido poco, detrás del que entonces descubría como exactor porno, en la escalera y con los brazos cruzados, yacía la figura del diablo... o, mejor dicho, de mi suegra.

—Pues ya no será así, Amanda —sentenció la reina del bótox.

—¡¿Que qué?! ¡¿Pero qué demonios te sucede ahora?! ¡¿No era que con la visita fuera de casa ya era suficiente para los niños?! —vociferó Jem *dark*.

—Sí, pero eso era antes. Pensándolo mejor, creo que tanto Jim como Jenny deben tener más presencia en esta casa. Después de todo son *familia* —resaltó—. Jim es el padre de los pequeños bastardos, y Jenny... —dibujó una media sonrisa que me dedicó con la mirada fija en mis ojos—. Y Jenny es su tía favorita, por supuesto.

Suspiré para no mandarla al quinto infierno.

—Martha, no creo que... —dijo el *stripper*.

—No te atrevas, Ray —lo interrumpió—. Esto no es un asunto tuyo. Ya bastantes desgracias has traído a nuestras vidas como para que te des el lujo de emitir opinión. —Y se hizo un silencio tan sepulcral que me congeló el alma. No entendía lo que allí pasaba, pero que él no dijera nada, que él lo aceptara sin rechistar, y apenas mordiendo su labio inferior de la rabia, me indicaba que lo que había ocurrido era algo más pesado y que poco tenía que ver con su última revelación sexual.

Ray largó todo el aire de sus pulmones y, furioso, sin decir siquiera adiós, se marchó directo hacia la puerta que daba al parque. Solo cuando pasaron unos

segundos de su ausencia, la voz de la zorra de Jenny se hizo escuchar.

—Gracias, Martha. No te defraudaré. Mañana a primera hora estaré aquí, tal como me los has pedido. —Y con esa sonrisa gatuna llena de malicia, se marchó junto a su hermano Jim que, a espaldas de su hermana, me hizo un cálido gesto de despedida.

Martha me miró del mismo modo, y sin decir palabra alguna, se giró y subió las escaleras hasta que desapareció de mi vista.

Respiré profundo y aflojé mi cuerpo que había sufrido más tensión que cuando rendí el último examen de mi posgrado.

—¿Día de mierda? —preguntó una extraña y comprensiva Jem *dark*. Yo solo la miré y ella pareció entenderlo todo en media milésima de segundo—. No es que quiera volverme tu mejor amiga ni mucho menos, pero creo que un buen trago nos vendría bien a las dos. ¿Qué dices?

Y hubiera dicho muchas cosas sabiendo lo poco que yo le agradaba. De hecho, hasta podía ser una estúpida y cruel trampa para alejarme de su hermano, pero la miré directo a los ojos y pude jurar que su rudeza no era más que un caparazón protector, una máscara con la que parecía cubrirse todo el día. Y, además, fuera como fuera, la verdad era que yo estaba sola y necesitaba urgente un trago, excepto que quisiera volverme loca a menos de un día de haber llegado.

Suspiré y, sin dudarlo, asentí con la cabeza.

—Tú mandas —me animé a decir tras ponerme el abrigo. Me acerqué un poco más a la puerta, y ella, por primera vez, medio sonrió.

—*OK*, *barbie pocket*, veremos qué tan divertida puedes ser…

***

Me hubiera encantado hablar sobre lo fabuloso que pudo haber sido o no el bar al que debimos acudir, pero la verdad era que estábamos a punto de sentarnos en dos oscuros sillones de una casa de… tatuajes.

—Ponte cómoda, yo traeré algo de beber —dijo, acercándose al mostrador, y, tras agacharse y abrir lo que seguro fue la puerta de un pequeño refrigerador escondido, volvió a asomar la cabeza para hablarme—. ¿Cerveza?

Suspiré y ladeé la cabeza.

—Sí, a menos que tengas yogurt de fresa y un poco de vodka —me animé a expresar, y me dejé caer sobre el mullido sillón. Cerré los ojos y suspiré profundo.

No quería pensar en nada, solo deseaba relajarme, tomar algo y nada más. Pero enseguida recordé que estaba con mi futura cuñada y su silencio me alertó. Abrí los ojos de golpe y, al notar que ella no estaba allí, la llamé—. ¿Amanda?

Estuve a punto de pararme para ir a ver si Jem seguía detrás del mostrador, buscando algo que beber, o si había huido para tramar vaya a saberse qué cosa. Pero, en cuanto atisbé a levantarme, apareció por la puerta que yacía al lado de lugar en el que había estado minutos atrás.

—¿Me buscabas? —dijo medio agitada con un pote de yogurt en una mano y una botella transparente y de vidrio en la otra.

Alcé una ceja.

—Por favor, dime cómo rayos es que encontraste yogurt en una casa de tatuajes. —Y sonreí al tiempo que ella se acercó al mostrador.

—Bueno, no es algo difícil de hallar siendo que el negocio es mío y arriba está mi apartamento. Eso sin mencionar que a los bastardos les encanta esta mierda de fresa.

—Y presumo que a ti no —sonreí y me acerqué.

—No mucho, así que yo me inclinaré por la bebida favorita de mi padre. —Sacó dos vasos y una pequeña botella de cerveza de la nevera oculta—. Necesitaré que me des una mano… y será mejor que tú prepares lo que sea que te guste beber.

Caminamos hasta los dos sillones que rodeaban una mesa baja y apoyamos las cosas. Abrí el vodka, luego el yogurt y, tras volcarlos al mismo tiempo aunque en distintas proporciones, busqué con la mirada algo con que revolver. Levanté una lapicera que había a mano y Jem, sorprendida y con el entrecejo arqueado, asintió sin problemas.

—Listo —dije limpiando el *revolvedor* con el borde del vaso.

Amanda destapó su botella y, tras elevarla, le dio un sorbo que me animó a hacer lo mismo con el mío. Y me fue inevitable… De solo sentir aquel sabor y tan frío, mis ojos se pusieron en blanco del placer.

—Ah, no. Quiero de esa mierda. No sé cuándo ni cómo demonios se te ocurrió una mezcla tan básica, pero ahora quiero probarla ya —afirmó tomando el vaso vacío que quedaba.

Reí y le serví.

—Pues es una larga historia, aunque la puedo resumir en pocas palabras: universidad, juventud, noche y mejor amiga.

Bebió un poco y, tras hacer el mismo gesto que yo había hecho, habló:

—Sabía que la existencia del yogurt tenía que tener algún sentido. —Volvió a beber, pero esta vez haciendo fondo blanco—. Reconozco que no me caías tan

bien, pero con esto… al menos no quiero que mi madre te destruya, lo que es mucho, por cierto.

«¿Otra vez? ¿Destruirme? Cielos…».

—Bueno —me rasqué la cabeza—, calculo que darte las gracias estaría bien, ¿no?

Ambas reímos.

—Aunque si realmente quieres agradecerme, debería sugerirte que desistas de casarte con mi hermano, algo de lo que estoy segura de que no harás.

Bebí de mi trago rosa. Lo necesitaba.

—Pues, eres buena deduciendo, Amanda —le dije. Ella sonrió y tomó del pico de la botella de cerveza. Vaya mezcla la que padecería su estómago…—. Pero la verdad es que me gustaría saber si solo quieres que me vaya porque no te caigo bien o por algo más.

Amanda me miró fijo a los ojos y, tras fruncir los labios, suspiró medio resignada.

—No puedo meterme en asuntos ajenos, *barbie*. Thomas siempre ha respetado mis decisiones y yo no voy a hacer lo contrario con él.

Arqueé las cejas.

—*OK*, entiendo y estoy de acuerdo si lo que dices es solo porque no te caigo bien. Somos adultos y quien a él le guste no tiene por qué agradarte a ti. —Bebí… un buen sorbo—. Eso sí: no soy una mala persona y tengo sentimientos, ¿sabes?

Jem *dark* frunció el entrecejo.

—¿Y eso por qué lo dices? Yo no dije que fueras mala persona, ni siquiera me caes tan mal… —expresó medio a regañadientes, como si no quisiera reconocer que un poco, en el fondo, le agradaba—. Solo es que…

—¿No estás segura de que ame a Thomas?

Me miró unos segundos, un tanto sorprendida y analítica por lo que le había preguntado.

—No estoy segura de que se amen —sentenció.

Bebí otro poco y me serví más.

—¿Quién lo está? —Hice fondo blanco y volví a llenar el vaso—. Escucha, Amanda, sé que lo haces porque es tu hermano y lo quieres, pero estas decisiones se toman por distintas razones que podemos compartir o no. Y sí, estoy de acuerdo con que el amor es clave en estos casos, pero ¿sabes cuántos divorcios se producen antes de llegar al año de matrimonio y habiéndose tomado la decisión de casarse por un amor irrefrenable? —Ella tragó saliva. No me quitaba los ojos de encima, y yo hice lo mismo, pero lo acompañé con un sorbo más al trago rosa —. Te entiendo, y no quieres que tu hermano sufra. Pues yo no quiero hacerlo

sufrir, pero tampoco quiero ser yo la que sufra. Ambos somos adultos y fuimos claros en ese asunto al menos. Sé que es un tipo serio y que quiere formar una familia de ese estilo, y ¿sabes? Yo también. Han pasado muchos años y ya es momento de cumplir una de mis met... de mis sueños —me corregí enseguida—. Siempre fui muy exigente a la hora de elegir mi compañero de vida, pero al conocer a Thomas... —Traté de borrar de mi mente todo el rollo de Bamboolove y me enfoqué solo en Thor y en lo que hasta entonces había vivido con él, lo que no era mucho aunque sí ameno—. Al conocer a Thomas y sus anhelos, supe que era el hombre perfecto. Y yo, su pareja ideal. ¿Entiendes?

Amanda suspiró y bebió un largo, muy largo, trago de cerveza para luego tomar del coctel rosa.

—Pues no tengo nada para decirte porque coincido contigo, solo que... no creo que realmente conozcas todo su pasado, Kim.

Su rostro parecía haberse liberado de aquella máscara ruda que usaba la mayor parte del día. Sus ojos claros transmitían preocupación y, a la vez, comprensión o compasión, no supe traducirlo.

—¿Lo dices por Jenny? —Reí con cierta indignación y me armé un poco más de mi superbebida especial para tomar hasta casi la mitad—. El mundo es demasiado pequeño y el destino, un hijo de puta cuando quiere —me nació decir sin pensarlo dos veces, a lo que Amanda rio. Creo que jamás imaginó que de mi boca podía salir tal expresión—. Supongo que es algo que hablaré con él. Sí sabía que había estado de novio con alguien con ese nombre. —No mentí, pues su madre me lo había hecho saber con su constante insistencia por llamarme así—. Y calculo que estuvieron juntos por un buen tiempo, pero no te voy a engañar: al verla a ella, me sentí meada por la suerte.

—Mmmh... Creo que fueron un par de años. La zorra lo conoció cuando Thomas pidió el traslado en el empleo para mudarse a Nueva York. Ella trabajaba en la sede de allí y, bueno..., el idiota de mi desesperado hermano cayó en sus garras. Luego él tuvo que regresar por un proyecto y ella lo siguió, por supuesto... Y Jenny, de paso, volvió a ver al estúpido de su hermano Jim, que hacía años que trabajaba aquí como actor porno y yo ya lo conocía... Como podrás ver, no eres la única que sufre las putas coincidencias del maldito destino. —Tomó de su vaso otro gran sorbo.

—Aguarda... ¿dijiste «desesperado»? —La miré directo a las pupilas y los nervios fueron notorios en su mirada hasta que suspiró vencida.

—Mierda... —Bufó y, tras fregarse los ojos, volvió a clavar la vista en mí—. Escucha, Kim, no creo que esté bien que sea yo la te explique esto, así que...

Y entonces me cayó la ficha.

—Espera un momento —la interrumpí—. ¿Quieres decir que antes de Jenny hubo alguien más? —pregunté sin tapujos.

Amanda me miró y tragó saliva, pero no se quedaría callada por mucho tiempo.

—No. —Bebió un poco y siguió—. Estaba desesperado por huir… Escapar del momento de mierda por el que pasó. Él dice que viajó a América porque quería comenzar a trabajar en la vida que siempre soñó, que siempre imaginó que tendría, pero para mí solo quiso negarse la realidad y, de paso, para complacer a mi madre. —Suspiró—. No lo culpo… Fueron muchas cuestiones las que tuvo que procesar. —E hizo fondo blanco a su vaso para llenarlo de nuevo con yogurt y vodka, aunque con proporciones bastante dispares, en las que lo rosa apenas era detectable.

OK. Era obvio que Rosmund no sabía nada de toda esa información extra. Parecía demasiado confidencial como para que se consiguiera mediante chat y en solo cinco meses de puro embeleso.

—¿Te… refieres a la muerte de tu padre? —me animé a inquirir.

—Bingo, *barbie*. —Levantó el vaso, que había llenado, a modo de brindis y tomó hasta la mitad.

Su expresión destilaba una profunda tristeza por más que quisiera ocultarlo con esa actitud medio despreocupada y dura que solía demostrar.

—Oye, si no quieres hablar, no tienes por qué hacerlo.

Amanda elevó la vista y dibujó una media sonrisa.

—Tranquila. Ya han pasado algunos años y, después de todo, si en serio vas a formar parte de la familia, debes saberlo. —Suspiró, y yo sonreí aunque de forma tenue—. Mi madre siempre fue una mierda… Bueno, no tanto. En realidad, creo que ya sabes que Ray y yo somos mellizos, hijos de otro padre… —me dijo mirándome, y yo asentí con la cabeza—. Pues bien, la reina del bótox que conoces no siempre fue la dama elegante que ahora ves. —Rio y elevó las cejas, como si hubiera recordado algo—. Martha estuvo casada con un tipejo al que creo que jamás se le conoció empleo alguno y cuyo *hobby* era beber a cualquier hora del día… Pues bien, ese asqueroso fan de la bebida, rocanrolero y amante de las motos no fue más que nuestro padre. Claro que nosotros no veíamos el *detrás del telón* y solo disfrutábamos de la única cosa que lo hacía un buen padre: su alegría. Era un maldito bastardo, borracho e inútil pero divertido. Y para nosotros, que no éramos más que unos estúpidos niñatos, pues era lo más *cool* del momento. Claro que no pensamos lo mismo cuando nos abandonó y, al poco tiempo, nos enteramos de que había muerto ahogado en su propio vómito… —Respiró profundo y, luego de cerrar los ojos por unos segundos, los volvió a abrir

para continuar—. Como sea, debo reconocer que Martha tiene sus buenos motivos para ser quien es…

—Y por eso los trata así a Ray y a ti, ¿cierto?

Sonrió con tristeza.

—No. Hasta entonces no era tan mala madre, aunque cueste creerlo. De hecho, se volvió una mejor cuando conoció al que se convertiría en nuestro padrastro. —Sonrió con nostalgia de la buena—. Henry Olsen… Jamás olvidaré ese momento. Mi madre no quería vender por nada en el mundo la pocilga que teníamos de casa, pero no había muchas opciones. Aun así, decía, una y otra vez, que jamás se la vendería a nadie y que cuando viniera el estúpido agente del estudio que quería comprarnos, le daría una patada en el culo que lo regresaría a su trabajo sin necesidad de transporte. —Rio y se secó una lágrima—. Claro que nunca tuvo en cuenta que quien vendría sería el mismísimo dueño del estudio de arquitectura y, menos aún, que se enamoraría de él en cuanto lo viera. Vieja tonta… —Y sonrió otra vez.

La imité en el gesto, aunque de forma tímida.

—Bueno, no parecen malos recuerdos —respondí, a lo que ella contestó con un apenas perceptible asentimiento de cabeza.

—No lo son. De hecho, fueron y serán los mejores de nuestras vidas. Henry se volvió un padre para nosotros. Y créeme, eso no es algo fácil de conseguir. Éramos estúpidamente felices, como nunca lo seremos; de eso estoy segura. —Bebió—. Al poco tiempo de casarse, mi madre quedó embarazada y Henry debía volver a su país de origen por un enorme proyecto aquí, en Södermalm. —Sonrió—. Mi madre ni lo dudó, por supuesto. Y desde entonces, fuimos la familia más feliz del mundo… Claro que Ray se convirtió en un insoportable hermano mayor con Thomas y en uno ñoño y sobreprotector conmigo… Idiota —susurró y rio casi para sus adentros—. Y Henry fue el ser que nos unió así. Mi madre reía, nos amaba por igual. Thomas… bueno, siempre fue el mismo: el perfecto y correcto de la familia. Pero Ray… —Tragó saliva—. Ray era increíblemente estable. —Rio—. Henry no era solo su padre, sino su confidente. Y si bien mi hermano tenía sus juntas, nuestro padre era el único al que él consideraba como su amigo. Rayos… Era muy distinto a ahora… —Una lágrima rebelde resbaló por su mejilla, pero ella enseguida la secó con sus dedos.

—Amanda, lo siento tanto… Yo… —Casi le tomé la mano, pero su voz hizo que me quedara quieta.

—No lo sientas, *barbie*. El muy orgulloso estúpido dice que así está más feliz que antes, así que… no habría de qué preocuparse. No ahora… Pero en aquel momento… Fue todo un desastre. —Hizo fondo blanco a su vaso—. Por favor, lo

que te contaré trata de mantenerlo de forma confidencial hasta que Thomas te lo cuente. Sé que tarde o temprano te lo revelará, pero creo que debes saberlo para que entiendas un poco la locura de mi familia. O, al menos, para que puedas lidiar de forma más justa —dijo, y yo asentí—. Pues bien... Ray siempre odió la bebida, a diferencia de mí —elevó el vaso—, claro está. —Y sonrió al apoyarlo de nuevo en la mesa—. Pero acababa de recibirse... Sí, aunque no lo creas, el puerco semidesnudo que conociste es un maldito ingeniero. —Negó con la cabeza, lamentándose—. Bueno, *casi*, como él dice.

—¿Casi? —no pude evitar preguntar.

—Se recibió, pero nunca quiso recibir el diploma y por eso dice no serlo. Como sea, lo entiendo... —Bajó la vista, respiró profundo y siguió, aunque con la vista fija en el vaso con el que sus dedos jugaban—. El día en que recibió la noticia de que por fin terminaba la carrera, día en el que además se avecinaba la peor tormenta del año, sus compañeros no tuvieron mejor plan que salir de festejo. Ray no estaba de acuerdo con la idea porque sabía que los malditos idiotas eran como esponjas con el alcohol, pero Henry, que fue el primero en enterarse por teléfono de que mi hermano se había convertido en ingeniero, lo convenció de que se divirtiera con sus colegas aunque fuera solo aquella vez. Creo que Ray jamás lamentará más que esa noche haberle hecho caso, pues, sin tener una puta idea de lo que era beber, el muy estúpido no tardó en caer borracho, inconsciente. Sus amigos se cansaron de llamarme, pero yo... —Suspiró y, con su puño, dio un casi imperceptible golpe a la mesa—. Esa maldita noche, yo estaba con el idiota de Jim... De no haber sido el resultado mis pequeños bastardos, sería la noche que más hubiera lamentado el resto de mi vida, créeme...

—Amanda... —apenas pude decir.

—Como sea... No atendí y los idiotas que Ray tenía por compañeros llamaron a nuestro padre, quien no dudó en salir disparado a pesar del clima de mierda. La lluvia parecía que inundaría a toda Suecia y la carretera, que se convertiría en un río. Estoy segura de que mi padre se arrepintió de haberlo convencido de que festejara de ese modo porque la velocidad a la que viajó, desesperado por buscar a Ray, hizo que se estrellara para nunca más estar entre nosotros —sentenció, y bebió para luego apretarse los ojos, intentando que las lágrimas no salieran a recorrer sus mejillas. Pensé en acercarme, pero su voz hizo que otra vez me quedara simplemente escuchando—. El estúpido de mi hermano quedó internado un día por haber bebido alcohol y cuando despertó... Jamás se lo perdonaría. Y mi madre tampoco, pues ella necesitó encontrar a un culpable del accidente. La mayoría de las veces es Ray, pero cuando él no está, la culpa la llevo yo por no

haber contestado la llamada aquel día.

—Entiendo a Martha, pero no es justo que los trate así...

—Lo sabemos. Al menos yo lo tengo claro. Aquella noche con Jim solo fue por diversión, aunque él no lo entienda e insista en tener una relación conmigo. —Medio rio—. Por si te lo preguntabas, de allí que mi madre llama a mis niños «bastardo uno y bastardo dos», aunque sus nombres sean Terrance y Teodorus. Nunca quise casarme ni nada por el estilo, por lo que los apodos no tardaron en llegarles...

Pues, con esos nombres, la verdad era que no sabía si era preferible que se quedaran con los apodos.

—Y por eso se volvió tan rígida —concluí, a lo que Amanda asintió con la cabeza.

—Y el pobre de Thomas pasó a ser, como ella suele decir, «la única esperanza de la familia». El pobre idiota, de carácter tan bueno y dócil como era el de nuestro padre, tuvo que padecer la etiqueta. Y, desde entonces, con tal de verla bien, solo busca cumplir los deseos de ella. Sin embargo... —Respiró profundo—, él también sufrió mucho la pérdida de Henry. Necesitaba apoyo incondicional y..., para eso, estuvo su mejor amigo. Tal vez hayas escuchado sobre él. Su nombre es...

—Ben —la interrumpí, y ella se sorprendió. Calculo que por la firmeza con la que lo nombré.

—Exacto. Ben. Pues... Entre ellos hubo un asunto complicado que resolver, pero no seré yo la que te lo explique —aseguró con los ojos firmes en mí.

—No hace falta, Amanda. Thomas ya lo hizo —repliqué con una sonrisa llena de seguridad. Agradecí de la poca pero buena comunicación que hasta entonces había logrado tener con Thor.

Los ojos de Jem se abrieron como nunca.

—¿Dices que Thomas te dijo...?

—Sí —la interrumpí tras beber un poco más, y me crucé de piernas—. Y ahora entiendo que para él fue mucho que procesar. No es fácil sobrellevar la muerte de tu padre al tiempo que descubres que tu amigo te estuvo ocultando algo tan importante como la relación que empezó con Ray. Entiendo su enojo y, más aún, comprendo su necesidad de huir para empezar una nueva vida que no solo lo hiciera feliz a él, sino también a tu madre.

Amanda agachó la mirada y suspiró.

—Entiendo. Te ha dicho eso de Ben... Pues...

Pero no pudo continuar, un repentino llamado a la puerta del local hizo que ambas giráramos la cabeza hacia allí. Estaba oscuro y no se veía muy bien quién

era el hombre, pero enseguida Amanda pareció descubrirlo y se levantó a abrir.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella en voz baja y sin permitirle el paso al negocio.

—¿Otra vez bebiendo? —cuestionó, pero Amanda solo suspiró y él chasqueó la lengua para luego cambiar de tema—. ¿Por qué no atiendes a mis llamadas? Es por ella, ¿no es así? —dijo el hombre con la gris mirada puesta en mí.

Me erguí y, con los ojos entrecerrados, caminé unos pasos para verlo mejor.

—Ya basta, Ben. Es mejor que te vayas. Mañana te llamo. Solo vete. Ahora no es el momento indicado para...

—Espera —interrumpí aún con la vista fija en él—. Amanda, déjalo entrar.

Jem suspiró.

—Kim, esto no es asunto nuestro. Esto es algo que deben resolver ellos y...

—Exacto —me animé a confirmar—. Y es algo que prometí a Ray.

—¡¿Qué?! ¡¿De qué demonios hablas?! —expresó Jem *dark*, frunciendo el ceño aunque firme en su postura.

Me acerqué hasta la puerta y apoyé mis dedos en el hombro Amanda. Ella, vencida y tras bufar, dejó que el guapísimo hombre de ojos grises ingresara.

—Un gusto, Ben. —Extendí la mano y no le quité la vista de encima. El *stripper* tenía muy buen gusto—. Soy Kim, Kim Faster, la prometida de Thomas. Pero no te entretendré más. Creo que tú y Thomas se deben una buena conversación. Yo debo encontrarme con él esta noche, en un restaurante que Thomas mencionó como su favorito. No sé el nombre, pero de lo que sí estoy segura es de que quien debe ir eres tú.

Ben, con una expresión de repentina sorpresa, dibujó una media sonrisa en su rostro y apretó mi mano con las dos suyas.

—No entiendo qué rayos sucede aquí, pero jamás estaré tan agradecido con alguien como lo estoy contigo ahora, Kim. —Ben miró a Amanda y, tras volver a apretarme las manos en agradecimiento, se despidió—. Gracias, y suerte con tu vida —dijo, y me soltó para girarse, dispuesto a marcharse cuanto antes.

—¡Hey! ¡Espera! ¿No quieres que le pregunte el nombre del restaurante? —le inquirí, alegre de verlo así de feliz y por yo sentirme satisfecha con la buena acción que estaba haciendo.

—¡No hace falta! ¡Ya lo sé! ¡Solo dile que te espere allí! —gritó entusiasmado sin dejar de correr hacia lo que supuse era su coche y, antes de subirse, miró a Amanda para decirle unas últimas palabras que me resultaron conocidas—: ¡Y no bebas más! ¡Ya lo sabes! El alcohol es perjudicial... ¡para los secretos! —Guiñó un ojo y entró al automóvil de lujo para partir enseguida.

Sonreí y, tras ver cómo se marchaba, miré a Amanda.

—*Barbie*, yo no me haré cargo de nada de lo que acabas de hacer. Solo te acercaré hasta la casa y, muy tranquilamente, volveré a encerrarme en la mía.

—*OK*. Me parece un buen plan —repliqué sonriente.

La verdad era que pocas veces me había sentido así de bien. Pero también pocas serían las ocasiones en las que mi vida daría tantas vueltas...

Capítulo 14

—No sé qué demonios tenía tu trago, pero ya comienza a hacer efecto en mí. Y viendo tu despreocupada actitud frente a Ben, prefiero no quedarme a ver de lo que podrías ser capaz de hacer, *barbie pocket*. —Me dio una palmada varonil en el hombro—. Como sea..., me alegró conocerte un poco más. No pareces tan zorra como te creía.

—Tomaré todo lo que me has dicho como un halago.

—Y *tómalo* con pinzas. Todavía me queda por ver qué tan buena tía y pastelera eres... —dijo medio graciosa al tiempo que abrió la puerta de la casa—. Martha ya me lo ha dicho. —Suspiró y luego elevó una ceja—. ¿Tan idiota eres que aceptaste mezclar tu fiesta de compromiso con el cumpleaños de dos mocosos? —Volvió a suspirar—. Deja, mejor no me contestes. Solo espero que no termine todo en un completo desastre. Y espero que no te sorprenda encontrarte con mis niños. Ellos prefieren vivir la mayor parte de la semana aquí. Como sea, que descanses, y te deseo que no te vomites encima. Creo que estás a unos pocos pasos de hacerlo. En fin... no me quedaré a verlo. Adiós, *Pitufina*... —se despidió y entró en su coche, un antiguo pero impecable escarabajo de los años sesenta.

Suspiré. Las formas que ambos mellizos usaban para llamarme comenzaban a fastidiarme, por lo que, de ese instante en adelante, no me guardaría los apodos que yo tenía para ellos.

Cerré la puerta y, decidida a acostarme para rogar que se me fuera el efecto del coctel rosa que comenzaba a sentir en todo el cuerpo, tomé mi móvil para alumbrar un poco y caminé unos pasos para subir las escaleras, pero me detuve en cuanto vi una luz que provino de la oscura cocina. Sí, lo sé: debí haber

seguido mi camino a la habitación, pero... ¡vamos! Con todo el alcohol puesto que tenía en la sangre más mi irrefrenable curiosidad, no pude más que lanzarme a husmear.

Me saqué los tacones, los tomé con una mano y, con el móvil en la otra, caminé sigilosamente hasta llegar a la cocina. Asomé mi rostro y...

—¡Por Dios! —grité sin poder evitarlo.

Y no era para menos. Un enorme hombre, robusto y pelado, yacía de espaldas a mí, frente a la nevera que, por estar abierta, su luz me permitió ver lo último que hubiera querido en ese preciso instante, pues el desconocido señor estaba meando todo lo que había dentro. La imagen de su blanco culo, la de sus pantalones caídos y el inconfundible sonido del chorro fueron todo lo que necesité para entender la asquerosa y friki escena que estaba presenciando.

Y mi susto casi termina en un infarto cuando una tibia mano se posó en mi pequeño hombro.

—¡Mierda! —exclamé al tiempo que me giré para descubrir que quien estaba detrás de mí era ni más ni menos que... el *stripper*.

—Con que te pone espiar, eh... —El asqueroso sonrió de lado—. Aunque nunca hubiera imaginado que te gustara ver a mi tío con su salchicha entre las manos...

—¡Eres un puerco! —Y volví a girarme para ver al hombre, pero este ni siquiera se había percatado de nuestras presencias, por lo que intenté acercarme al mismo tiempo que lo llamé—. Señor..., señor...

—Puedes llamarlo el resto de tu vida que tío Frank nunca te escuchará —expresó Ray, y yo me di vuelta para mirarlo. Estaba cruzado de brazos... y muy sexi, por cierto. Su costumbre de andar semienbolas no la perdería por nada, algo con lo que cualquier mujer hubiera estado de acuerdo, puesto que semejante torso merecía mostrarse desnudo—. Es hipoacúsico y ve muy poco. De hecho, debe creer que está en el baño. En su casa tiene un retrete con luz.

—Oh... —me salió decir. La verdad era que no sabía qué pensar y menos al ver que el producto que estaba recibiendo más orín era la limonada color brócoli de mi suegra.

—Solo deja que termine. Se irá pronto y no quiero asustarlo —dijo con esa sonrisa que algo más se guardaba.

Y dicho y hecho, pues el viejo asqueroso no tardó en tirarse un horrendo y estruendoso pedo que llegó en medio segundo a mis narices. Y claro, después de esa repugnante despedida, cerró la nevera, se alzó los calzones seguido de los pantalones, dio media vuelta y se marchó hacia la escalera para subirla y

desaparecer.

—Por todos los cielos, Ray… ¿Por qué demonios lo dejaste hacer eso? ¿Has visto cómo quedó la limonada de tu madre? —le pregunté, intentado alumbrarlo con la luz de mi móvil.

—Oh, rayos… No lo había pensado. Pues espero recordarlo mañana por la mañana cuando la vea a punto de beber su vaso matutino… —dijo con marcada y falsa pena.

Era obvio. Hasta lo habría planeado.

Se hizo un breve silencio en el que solo nos miramos. Sus labios se fruncieron en un acto de contener la risa y los míos intentaron hacer lo mismo, pero no lo lograron. A tal punto no pude evitar carcajear que el mismísimo *stripper* se contagió.

—¡Qué asco! —exclamé entre risas.

—No notará la diferencia. Créeme. —Y se acercó a la nevera para abrirla y buscar en ella—. No conoces al tío Frank, ¿cierto, Pitufina?

—Claramente no, *stripper sueco* —me animé a contestar.

Ray giró su rostro hacia mí, con los ojos entrecerrados y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿En serio? ¿*Stripper* sueco? —Divertido, negó con la cabeza, aunque volviendo a enfocar la mirada en el interior de la nevera—. Por si no lo sabías, no soy… *sueco*. —Y me regaló un fugaz guiño.

Mierda. Aun chistoso era sexi. Otra vez me lamenté de su orientación sexual… Y del tipo de relación que nos unía, por supuesto, je, je.

—¿Y trabajas de *stripper*? —pregunté medio graciosa, aunque en el fondo moría por saber si existía la posibilidad de que fuera cierto.

Ray tomó dos latas de cerveza, del fondo y de la parte superior, y enseguida noté que eran sin alcohol, pero no dije nada. Se irguió y, sin cerrar del todo la nevera, extendió su mano ofreciéndome una de las bebidas.

—Ya te gustaría, ¿no? —inquirió divertido y a la vez con tono medio pervertido. Pero lo peor era que le quedaba perfecto y demasiado atractivo.

«¿Qué si me gustaría? Solo dime que eres bisexual y te convertiré en el *show* de mi despedida de soltera», pensó mi yo cochina.

De un tirón, tomé la lata y me crucé de brazos.

—¡Puff! Siempre andas medio en pelotas. Cualquiera en mi lugar pensaría que trabajas de eso por la noche y de día, de jardinero.

Ray enarcó ambas cejas y carcajeó sin quitarme la vista de encima.

—¡Oh! Veo que fue más fácil para ti pensar en eso que creer normal que

alguien en su casa puede estar en plan cómodo, en especial si piensa arreglar su jardín, uno de mis *hobbies*, por cierto. Pero tal vez no se te ocurrió eso porque… bueno, —me miró de arriba abajo—, se nota que tú eres de las acartonadas que andan de tacones hasta para *cocinar*… Excepto para husmear hombres, claro —terminó de decir señalando los zapatos que yo aún sostenía con la otra mano.

Mierda… Tenía un poco de razón, aunque, recordando el *look* con el que solía hacer mi cena junto a Shadow, podía asegurarle que estaba muy equivocado.

—Estoy así vestida porque vengo de… una salida de chicas.

—¿Ah, sí? Y con chicas, ¿te refieres a la Sarah Kay que duerme arriba hace varias horas, a tu *top model* enemiga o, mejor aún, a la reina del bótox que no ha salido de su habitación seguramente porque está tramando cómo hacer que desistas de tu compromiso? —Y sonrió de lado el muy granuja.

Alcé una ceja y lo miré directo a los ojos.

—Me fui a beber unas copas con tu hermana, *stripper*.

Su rostro, en cuestión de un segundo, pasó a ser uno lleno de sorpresa.

—¿Con Amanda?

—Sí, con Jem *dark* —resalté—. Pero debo reconocer que fue una buena noche… y en especial porque apareció el bendito de Ben. —Suspiré—. Tienes buen gusto, *stripper*… —agregué sugerente.

De pronto, su móvil sonó.

—Disculpa. —Se dio vuelta y respondió. Y, aunque en voz baja, yo podía escucharlo—. Tom… —Se hizo un breve silencio—. ¿Que qué? —Suspiró y me echó una fugaz mirada—. *OK*, entiendo… Haré… lo que pueda. Suerte. Adiós. —Cortó y, tras respirar profundo, se giró para quedar de frente a mí—. Hablaste con Ben, ¿cierto?

Sonreí.

—Parece que las buenas noticias también llegan rápido. —Caminé para acercarme un poco más a él—. De nada, *stripper* —expresé con una sonrisa llena de suficiencia.

Él me imitó el gesto, aunque agachando la mirada hacia su lata.

—Eres rápida cumpliendo tus promesas. —Alzó la vista y elevó su bebida aún cerrada—. Punto a favor para ti, Pitufina. —Suspiró y tragó saliva antes de volver a hablar—. Escucha, hablé con Thomas y, si bien está un poco enojado, parece que tendrá una larga charla con Ben. No sabe cuánto tardará ni si se le hará muy tarde para volver por ti.

«Mierda».

Si hay algo de malo en eso de hacer favores a otros es que siempre se sacrifica alguna cosa. En este caso, mi preciado tiempo con Thomas.

—Oh… Entiendo —dije, bajando la mirada y sin poder evitar que la decepción se impregnara en mis palabras.

Tal vez fueron dos segundos o quizás tres, no lo sé, pero Ray no tardó mucho en volver a hablarme.

—Bueno…, si no tienes planes, pues… Yo estaba a punto de salir y… no me molestaría que me acompañaras.

Sonreí.

—No soy muy buena para las fiestas o reuniones sociales. Y no querrás que te la arruine, créeme —expresé con pena, pero con tono de agradecimiento.

—Pues si pensabas en ir a una fiesta, lo siento. La verdad es que yo tampoco tengo una faceta social memorable… Te recuerdo que el que escribió el cartel frente a mi casa fui yo. —Y sonrió alzando las cejas, medio sonrojado. Se lo notaba un tanto nervioso y era obvio que su orgullo le impedía ser más del estilo de Thomas.

—Si no eres un asesino serial y prometes no venderme en algún sitio oscuro de la ciudad, pues… no tengo nada más importante que hacer —respondí con una sonrisa un poco incómoda. La verdad era que haber tomado algo con Amanda ya había sido inesperado, pero esto…, además de impensado, se me auguraba que sería difícil.

Ray sonrió y, tras sacar las llaves de su coche, dijo las últimas palabras antes de salir de la casa.

—Pues entonces, sígueme, *Pitufina* —sentenció al tiempo que tomó unas prendas que había sobre la isla de la cocina.

—*OK*, *stripper*…

Y lo seguí. No lo pensé. No lo dudé. Y los latidos desenfrenados de mi corazón fueron la prueba de ello.

***

—Skinnarviksberget —dijo Ray ni bien llegamos. Él se sentó sobre el suelo rocoso, pero yo preferí seguir de pie.

—¿Skinna qué? —pregunté, y él rio.

—Es el mirador natural más hermoso de Suecia. —Y abrió su lata de cerveza.

Miré a mi alrededor y enseguida le di la razón. Desde allí no solo se veían los caminos de agua que hacían de Estocolmo una ciudad especial, sino que también se podían apreciar algunas de las antiguas construcciones del país. Y eso sin

mencionar el infinito cielo que jugaba a ser el lienzo ideal para aquella pintura.

Una brisa hizo que mis cabellos bailaran sin mi permiso y yo inspiré profundo al tiempo que cerré los ojos, aunque fuera solo por un instante. Pero cuando los abrí… No pude pasarlo por alto. Había estado mirándome, pues, ni bien se encontró con mi mirada, de inmediato, bajó la vista a la lata que movió de forma nerviosa y en círculos.

Tragué saliva y traté de calmar el galope de mi corazón.

«¿Eres idiota, Kim? ¡Es gay, por todos los cielos! Y… ¡Oh! ¡Cierto! ¡También es el hermano de tu prometido, cochina pervertida!», me dijo mi cerebro en un intento por hacer que mis bragas entraran en razón.

—Humm… —Acomodé la voz al mismo tiempo que cerré mi abrigo. Me abracé a mí misma y me senté para abrir la lata—. Así que no eres *stripper*… —Cambié de tema.

Ray dibujó esa media sonrisa que, con el pelo oscuro, corto y despeinado, lo hacía verse como un rebelde ángel caído, porque sí, tenía esa mirada celeste que, por momentos, parecía oriunda del cielo y, por otros, transmitía una sensualidad fría, lejana e irresistible para cualquier ser que usara *slips*, *boxers* o bragas. Todo eso combinaba con su *look* descontracturado, de toque exhibicionista y que rozaba lo indigente, pero que en él quedaba como la más fiel demostración de la palabra «sexi».

—No dije que no lo fuera… —Me miró con esa expresión que por dentro hacía estragos con mi temperatura, pero yo solo alcé una ceja, como si nada me pasara, como si estuviera por encima de todo lo que él dijera—. *OK*, no lo soy, pero debo reconocer que es una buena idea… —Suspiró y, mirando hacia el horizonte, dio un sorbo.

«¡Mierda! Tanto tiempo sin acción y con el trago rosa fluyendo por mis venas me harán rogarle que me haga suya, aunque para eso él deba cerrar los ojos y soñar con Ben».

—Y entonces, ¿qué haces para sobrevivir?

—Me prostituyo —dijo serio y a secas, pero no tardó en echarse a reír al ver mi cara congelada, paralizada—. Era una broma, *señorita estructura*… —Sonrió, bebió y volvió a mí—. La verdad es que no lo sé con precisión… Hago varias cosas, pero por el uniforme que tengo podría decir que más bien hago trabajos de fontanería[7].

Volví a alzar una ceja.

—¿Usas uniforme? ¡Pero si siempre estás casi desnudo! —Y reí.

El *stripper* frunció el ceño y, al darse cuenta de que yo no pararía de reír, se quitó la chaqueta deportiva que tenía encima y me mostró la espalda de la

sudadera que llevaba.

—Oh… Por Dios… —Puse los ojos en blanco—. Debería denunciarte a alguna asociación de fontaneros. —Y bebí de mi lata.

Es que no era para menos. El muy puerco llevaba puesta en su espalda la imagen de una sexi mujer cuyo escote llegaba al borde inferior de la sudadera, es decir, a la zona de la raya de su culo, por lo que… Sí, estaba diseñada con esa intención: cada vez que el *stripper* se agachara y el inicio de su trasero quedara a la vista, pues su trasero se convertiría en las tetotas de la joven de la imagen. Y eso sin mencionar la grandiosa frase que acompañaba a semejante diseño: «Yo resuelvo tu problema y esta sudadera, el mío».

Se giró para volver a quedar de costado a mí y se puso la chaqueta de nuevo.

—Lo siento, pero no es que queramos andar mostrando nuestros traseros por ahí. Además de que no está incluido en el servicio, es inevitable que el pantalón se baje… con cinto y todo. Créeme.

Entrecerré los ojos.

¿Era en serio?

—Y por eso, la única solución al problema es… este *estupendo* diseño. —Di un sorbo más a mi lata—. Me cuesta creer que eres hermano de Thomas…

Suspiró.

—Pues mi hermano parece no haber superado el complejo de Edipo… Ya comienzas a sonar como Martha…

—¿Por qué la llamas así? Es tu madre, ¿no?

—Da igual —sentenció, y bebió lo último que quedaba en su lata.

Que la llamara por su nombre y no de forma más clásica o cálida dejaba en claro el quiebre que hubo entre ambos y del que me había hablado Amanda.

Sus ojos permanecían clavados en el infinito horizonte por el que había descendido en algún momento el sol hasta que, a los segundos, prefirió recostarse para quedar boca arriba. El brillo de su mirada cambió al instante por uno más intenso al enfocarse en la oscura bóveda, apenas adornada de alguna rebelde nubecilla.

Eché un vistazo al cielo y entendí la elección de su postura. Lo imité y, a solo tres manos de distancia, quedé recostada a su lado.

—Por cómo miras al cielo, se me hace que en cualquier momento te lanzarás con un *speech*[8] estilo *The Lion King*, ¿o me equivoco?

Él sonrió. Aun de perfil, su boca se lucía sin igual con aquel gesto de diversión.

—¿Con esto debo entender que me ves como un fuerte león, Pitufina?

«Maldito inconsciente, deja de dominar a mi cerebro...».

Revoleé los ojos, y él no pudo evitar reír.

—Si no hay una historia detrás de esto, creo que sería bastante difícil entender por qué vendrías solo a este lugar por la noche, *stripper* engreído...

Me miró por unos segundos y, como si hubiera sabido que mi corazón estuvo a punto de salirse por lo rápido que latía, volvió a enfocarse en la oscuridad del cielo.

—Pues sí la hay, pero no creo que tenga sentido contártela.

—¿Tienes algo más importante que hacer? —pregunté simulando desinterés, aunque, en el fondo, lo desafiaba porque moría por saber más.

—Podría irme a dormir... —dijo medio divertido.

—Algo que también pudiste haber elegido cuando me invitaste a seguirte y, sin embargo, aquí estamos, *Mufasa*...

Rio.

«Maldito trago rosa...».

—Reconócelo: me ves como el sexi rey de la selva —expresó gracioso, pero yo solo bufé y me negué a mirarlo como él lo estaba haciendo conmigo. El calor de mis mejillas me indicaba que estaba empezando a ponerme roja por la vergüenza y por... el alcohol rosa que comenzaba a hacerme ver y sentir las cosas muy distinto a lo normal. Ray volvió a girar la cabeza hacia arriba y, luego de unos segundos, continuó—. Pues en este lugar Ben y yo nos desnudamos por primera vez y...

—*Wow*, *wow*, un momento, *cowboy*. No pensarás contarme la primera vez entre tú y Ben, ¿cierto?

Contenía la risa, se le notaba aunque no estuviera mirándome y yo sí a él.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó todavía con la mirada fija en el cielo y sus brazos que le sostenían la cabeza.

Alcé tanto el ceño que casi me quedo sin frente.

—¿Estás bromeando? Tiene lo mismo de malo que si yo eligiera contarte cómo fue mi primera noche con Thomas, ¿no crees?

—Soy puro oído.

Hice el gesto de una arcada.

—Eres un cochino pervertido... —Volví la vista al cielo y, sin percatarme de que solo debí pensarlo, mi lengua se lanzó a hundirme en mis propias palabras—. Y, aunque quisiera, no podría... —Y bufé.

El rostro de Ray se giró para mirarme y yo solo lo mantuve hacia las estrellas, aunque cerré los ojos, lamentándome.

«Estúpido y delicioso alcohol..., hiciste que me olvidara lo que más me

gustaría recordar y, a la vez, me lanzas a decir lo que jamás hubiera querido».

—¿En serio? ¿Aún no lo han hecho? —preguntó divertido.

Bufé harta.

—Ya basta, *stripper*. No es así como crees y no pienso darte ningún tipo de detalle. No es asunto tuyo y, aunque me cuentes tu primera noche con Ben, no largaré una sola palabra, ¿*OK*?

«¡Porque no puedes! ¡Ja, ja, ja, ja!», me dijo mi cerebro.

Ray rio y negó al mismo tiempo. Volvió la mirada hacia arriba y suspiró.

—Tranquila, no lo haré. Solo fue una broma... Este lugar era el favorito de mi padre —dijo con una melancolía imposible de no sentir hasta en la mismísima piel—. Aquí nos juntábamos algunas noches a ver las estrellas. Traíamos un par de latas, nos recostábamos y, en silencio, contemplábamos el cielo. —Sonrió, se notaba que su voz y su mente se habían trasladado a un recuerdo de una vida más feliz—. Y solo algunas veces, cuando alguno de los dos no pasaba por un buen momento, jugábamos a las malditas constelaciones. —Y rio negando con la cabeza, como si aquel juego al que se refería le resultara ridículo.

—¿Juego de las constelaciones? Jamás oí algo así —expresé con curiosidad encubierta.

—Y no creo que lo conozcas porque fue algo que él inventó, Pitufina. Era un juego para descontracturar. Él decía que las estrellas no solo debían servir para la astronomía o para enamorar y hacer de una noche de sexo algo inolvidable. Así que se propuso a hacer uso de ellas de una forma simple, pero que podía hacerte levantar el ánimo, conocerte mejor o, sencillamente, distraerte.

—¿Y funciona?

Ray sonrió de lado.

—Veo que te interesa jugarlo o tu curiosidad es más intensa de lo que pensaba, *barbie*...

Revoleé los ojos y bufé.

—A ver... Estoy aquí hace un buen rato escuchándote y sin nada mejor que hacer... ¿Tú que crees?

Carcajeó.

—*OK*, *OK*. A mí me funcionó siempre, aunque contigo no sé... Ni siquiera sé si puedas jugar...

—¿Perdón?

Alzó una ceja, con soberbia.

—¿Conoces las constelaciones?

—No soy astrónoma, pero sé qué son las estrellas, desnudista. —Y suspiré.

—*OK*, entonces menciona una constelación en menos de tres segundos.

—Ehh… —titubeé. Odiaba que me pusieran tiempos.

—Uno…

—Espera…

—Dos…

—¡Hércules! —Y cerré los ojos en cuanto terminé de pronunciarla.

«¡Bien, babosa! ¡Tenías cientos más, pero tú elegiste la única que implica un pene!».

Ray carcajeó y tuvo que presionarse los ojos para dejar de hacerlo.

—Cielos… Veo que tienes muy en cuenta a los semidioses masculinos, ¿no?

Qué bueno que no supiera cómo llamaba a su hermano menor…

—Ya… ¿Así es el juego o qué? —pregunté harta.

—*OK*, no te enojes, *barbie*… —Calmó un poco su risa y continuó—. Bien. Ya escogiste una constelación. Ahora, en menos de tres segundos, deberás elegir un adjetivo que empiece con la primera letra de esa constelación. Y comenzando ¡ya!

—Con «H»… —volví a titubear.

—Uno…

—Aguarda…

—Dos…

—¡*Happy*[9]! —grité. No era la gran ocurrencia, pero no estaba tan mal para no conocer el estúpido juego al que me estaba prestando.

—*OK*, interesante… —agregó, pensativo.

—No me digas que me estás psicoanalizando porque…

—Hey… No es nada de eso. Tranquila. Ahora, sin quitar la mirada del cielo, solo debes responder en voz alta a la siguiente pregunta: ¿Qué es lo más *feliz* de vivir? —remarcó el adjetivo, y yo intenté girar para mirarlo, pero su voz me lo impidió—. No dejes de observar el cielo.

Suspiré profundo y luego reí, y Ray se contagió. Sí, era absurdo ese juego, pero a la vez era cierto todo lo que había dicho que podía producir. Me sentía tonta, alegre, suelta, descontracturada y ya no era por el alcohol que había tomado. Era algo diferente, lo sentía. Quizás porque nunca me había preguntado semejante cosa que, por sencilla que pareciera, resultaba ser lo más difícil de responder en toda mi vida. Pero debía contestarle a él, aunque en realidad fuera para mí.

—Lo más *feliz* de vivir es… poder cumplir tus metas… o tus sueños —dije con la mirada fija en las estrellas que parecían más brillantes de lo que las recordaba y a pesar de algunas nubes que comenzaban a avecinarse. Y luego, necesité

mirarlo. Ray mantenía su vista enfocada en el firmamento, aunque frunció los labios y asintió levemente con la cabeza.

—Y ahora, debes hacerte la misma pregunta, pero reemplazando ese adjetivo por su antónimo.

—¿Es en serio?

Giró su rostro.

—Así es el juego.

Bufé y volví a clavar los ojos en las estrellas.

—¿Qué es lo más triste de vivir? —Respiré profundo y la sensación de vacío me inundó al instante para traducirse en palabras que jamás imaginé que diría—. Lo más triste de vivir es la soledad… La soledad no elegida. —Y tragué saliva, tratando de deshacer el nudo que se me había formado en la garganta. Pero al ver que no podría, desvié la atención hacia él—. ¿Y tú? ¿No vas a preguntarte nada?

Como si hubiera sido despertado de un profundo análisis por lo que yo había dicho, pestañeó repetidas veces y me miró.

—Oh… Sí, olvidé mencionar que una vez que tú respondes, puedes hacer lo mismo conmigo.

Revoleé los ojos y los enfoqué en el cielo. Las nubes se habían acumulado de forma peligrosa, pero, aun así, el brillo de las estrellas no parecía menguar.

—No voy a pasar por toda la misma historia, así que… te dejaré usar las mismas palabras que yo elegí.

—*OK*… Entonces… Lo más feliz de vivir es… —Se tomó unos segundos con los ojos entrecerrados, pero clavados en el cielo— amar y ser correspondido —sentenció.

Una suave pero fresca brisa nos trajo el olor a agua y así la predicción de una pronta lluvia. Lo miré, pero Ray siguió con la mirada perdida en el infinito, segura y simbólica de lo que habían dicho sus labios.

—¿Y lo más triste? —pregunté con un hilo de voz. No podía dejar de mirarlo, todo él se me declaró como un maldito e inevitable imán.

—Perder a quien más amas… por cometer el error más estúpido de tu vida.

Un trueno sonó, pero él permaneció inamovible y dejó que el viento bailara con sus cabellos camuflados con la noche. El silencio acompañó a aquella imagen de Ray y la tornó la más perfecta e inolvidable de las pinturas.

Una luz quebró el cielo en dos y el sonido que la siguió debía de ser suficiente como para que nuestros cuerpos se movieran. Pero no fue hasta que un batallón de gotas comenzó a caer que Ray se giró hacia mí para mirarme y

taparnos con su propia chaqueta.

Sus ojos se fundieron con los míos. Celestes y nostálgicos, tenían la misma expresión de cuando había mirado las estrellas instantes atrás. Buscaban no sé qué, y los míos también. Y cuando mi corazón no pudo más, cuando mi alma se lo exigió a mi cuerpo sin chance a excusas, mis manos tomaron su mentón para permitir a mi boca adueñarse de aquellos labios que habían dejado de moverse desde que había dicho lo más triste de vivir.

Tal vez diez, quizás quince fueron los segundos que pasaron hasta que la lluvia cesó y en los que mi vida, toda ella, tardó en dar el vuelco de ciento ochenta grados que jamás volvería a experimentar. Es que su lengua, enredada con la mía en la tibieza de su sabor a miel, me había hundido en un pacto implícito e irrevocable que mi corazón acababa de hacer con mi cuerpo, pues jamás había sentido lo que allí con Ray.

—Lo siento —dijo tras liberar mi boca, y yo apenas pude abrir los ojos, aunque él aún los mantenía cerrados y enmarcados por una expresión de angustia.

—Ray, no has sido tú, sino yo la que… —intenté hablarle, pero no me dejó continuar.

—Lo siento… —expresó más nervioso, presionándose la frente para luego incorporarse. Y cuando su vista encontró la lata de cerveza, la tomó y volvió a hablarme—. Perdóname, Kim. Ha sido la bebida, y yo… —Suspiró y tragó saliva. Era claro que la angustia lo estaba carcomiendo por dentro a tal punto de no permitirle siquiera excusarse con juicio—. Lo… lo siento. Adiós. —Y sin más, se marchó.

No sabía qué sentir ni qué pensar, aunque todo estuviera más que claro.

Me senté, tomé la otra lata, la miré y suspiré al leer lo que ya sabía, gracias a Amanda, y que también había podido confirmar cuando Ray me la entregó en la casa.

«Bebida sin alcohol».

Y mi cerebro, junto a una reaparecida razón, no tardó en aclararme la situación, aunque con las palabras justas.

«Una maldita zorra. Eso es lo que eres, Kim».

Capítulo 15

No era la peor persona del mundo, pero sabía que si era cierto eso del cielo y el infierno, Satanás tendría que hacer un buen espacio para mí y mi vestuario.

No me pregunten por qué. Es al día de hoy que tampoco logro caer en razón y la explicación sencilla no tiene sentido mencionarla en este momento. La cuestión, el problema en sí, fue en aquellos días, en el día después de *esa* noche.

Y sí, tal vez se pregunten qué es un beso, qué puede hacer la unión inocente de un par de labios por solo unos cuantos segundos bajo la más efímera y repentina lluvia que alguna vez presencié. Pues… tan minúscula cuestión, les aseguro, se puede convertir en el giro de sus vidas. Pero claro, yo no permitiría que aquello fuera posible. ¡¿Un beso?! No podía significar tanto como para trastocar una vida… o dos… o varias.

—¡¿Me estás jodiendo?! —gritó Rosamund al tiempo que abrió los ojos como dos huevos de avestruz.

Hablábamos por Skype, en videoconferencia, y, si bien la imagen se trababa por momentos, era el medio que mejor se le daba a su *notebook*.

—No, no es una broma. No sé qué es lo que me pasó, pero de verdad que estoy arrepentida, Ros.

—¡¿Qué no entiendes lo que te sucedió?! ¡Yo te diré lo que te sucedió! ¡Abstinencia! ¡Locura por abstinencia, Kim! —Bufó y apoyó la espalda en su silla —. ¡¿A quién demonios se le ocurre no repetir sexo con un tipo como el que tienes a tus pies?!

Revoleé los ojos.

—Ya… Y eso de *a mis pies*… La verdad que ya ni sé si es tan así. Desde que llegué, apenas lo veo. —Suspiré—. Como sea… Creo que ya ni eso es lo más

importante... Me siento como la mierda misma, Ros. Sé que fue solo un estúpido e inocente beso, pero noté el sufrimiento en todo él.

—Y no es para menos, Kim. Besó a la novia de su hermano —dijo sin anestesia.

—Por Dios... —Me tapé el rostro y largué todo el aire de mis pulmones—. Y creo que eso no es lo peor...

—¡¿Hay más?! —preguntó la curiosa pervertida.

—Thomas me dijo que Ray, en realidad, no estaba tan seguro de ser gay. Pero cuando se confesó parecía tan seguro que yo ni lo dudé. Sin embargo..., con lo que pasó ayer, podría jurar que Thor tiene razón, Ros. Y todo ha sido mi culpa. Si no lo hubiera besado...

—¡Ya basta, Kim! ¡Deja de lamentarte, por todos los cielos! Si no está seguro de serlo, no será solo por ti y tu beso, ¿*OK*? Como ya te dijo Thomas, este asunto viene de antes.

—Sí, pero lo que pasó ayer seguramente lo confundió más. Y eso sin mencionar que no soy una chica cualquiera, sino su futura cuñada, Ros.

—Bueno..., piénsalo como tu primera buena acción como futura integrante de la familia. Sea cual sea la inclinación sexual que tome, tú habrás ayudado a que se decida.

Puse los ojos en blanco.

La puerta sonó y no me dejó seguir la conversación.

—Te dejo, pervertida. Alguien llama.

Cerré mi *notebook* y fui hasta la puerta.

—Amanda... —Me sorprendió que fuera ella.

—Buenos días, *barbie pocket*. Tu amiga, que hoy parece estar realmente enemistada con la moda, me dijo que no quisiste bajar a desayunar. Y como la reina del bótox tampoco está, pensé que te había raptado o algo así, por lo que tuve que subir para verificarlo.

Sonreí de lado, aunque no muy animada.

—Sí, no tenía deseos de bajar... Oye, ¿sabes algo de Thomas? Desde anoche que no contesta mis mensajes.

Amanda suspiró profundo y despegó sus labios para contestar, pero aquella voz, que hizo que mi corazón galopara en contra de mi voluntad, la interrumpió.

—Seguro tiene su móvil sin carga, Kim... —Jem *dark* se dio vuelta, lo miró a los ojos y él hizo lo mismo, aunque no tardó en enfocar la vista en mí—. Acabo de hablar con Ben y, al parecer, ni bien terminaron de cenar, Thomas tuvo que marchar urgente a las afueras de la ciudad por un inconveniente con una de las obras y me pidió que te avisara.

Lo miré por unos instantes más, tratando de ver si aún seguía afectado por lo nuestro, pero al ver su rostro sin señal de angustia, me permití centrarme en mi desaparecido y futuro prometido.

—Oh… —expresé decepcionada, aunque más tranquila de que al menos se supiera algo.

El silencio duró unos segundos hasta que mi cuñada se animó a hablar.

—Oye, Pitufina, me preguntaba si no quieres acompañarnos a mí, a los bastardos y a tu friki amiga al centro. Parecen llevarse muy bien y, bueno, podrías conocer algo del lugar donde vivirás, ¿no?

«Espera un momento… ¡¿Vivir?! ¡¿Quién demonios les dijo que yo me mudaría a Suecia?!».

Tragué saliva y traté de no mostrar sorpresa. La verdad era que no sonaba a nada loco teniéndose en cuenta a la versión cibernética de Kim, perfecta ama de casa, pastelera, deseosa de parir cuatro niños y con extremas ansias por abandonar su empleo.

—No será necesario, Amanda. Thomas pidió que yo lo hiciera por él. —Dirigió la vista a mí—. De hecho, me envió una rutina que tenía armada para disfrutar contigo. Pero como no estará para hacerlo, me rogó que fuera tu guía. No quiere que dejes de conocer lo más bello de nuestra ciudad… Bueno, en realidad, lo más hermoso según él, claro… —Una media sonrisa se dibujó en su rostro al tiempo que metió las manos en los bolsillos de su *jean* rajado. Era increíble, pero no estaba en cuero y tampoco tenía el *uniforme* de fontanero, sino que una ajustada camisa negra se pegaba a sus perfectos pectorales de hierro. Respiré profundo al descubrir su *look*, aunque pareció que lo había hecho por otra cosa y no por su aspecto, por supuesto. Él, al ver mi respuesta, se adelantó y no me permitió hablar—. Aunque no tienes por qué hacerlo si no lo deseas. Después de todo, es tu vida y puedes salir con él cuando vuelva —terminó de expresar con un tono más seco y desinteresado.

La verdad era que me hubiera encantado salir con Thomas, pero la realidad era que él no estaba allí para mí ni para nuestra relación. Y, aun así, en ese momento aquello tampoco fue lo más importante, pues mi interior se moría por hablar con Ray para disculparse, para aclarar lo ocurrido y, simplemente, para dejar aquel beso en el olvido como un error clásico del alcohol, aunque ambos supiéramos que eso jamás sería cierto.

—Me encantaría, Ray. Cuando tú digas —sentencié.

El *stripper*, medio sorprendido, pestañeó unas cuantas veces hasta que pudo asentir con la cabeza.

Sin dudas, no se lo esperaba y, con sinceridad, yo tampoco creí que, una vez

más, me quedaría a solas con él.

***

El viaje fue puro silencio y, si bien mi corazón no paró de latir de forma desenfrenada, mi boca no quiso abrirse en ningún momento y mis ojos jamás se atrevieron a posarse en él. Simplemente pegué mi nariz a la ventana del acompañante y me limité a mirar el paisaje. Ray tampoco emitió palabra alguna. Ni siquiera cuando estacionamos y llegamos al primer sitio al que hubiera ido con Thomas.

—Y, entonces, ¿este era el plan? —pregunté con la mirada fija en la puerta del Museo Nobel.

—Eso pareciera ser, Pitufina. Entra y yo te esperaré aquí.

Qué caballero…

Me di vuelta y lo miré. Estaba cruzado de brazos y con los ojos entrecerrados.

—¿Acaso no te ofreciste ser mi guía? —Lo imité en el gesto.

Suspiró.

—No. Por decirlo de alguna manera, me obligaron. Así que ahí tienes el primer punto al que debes entrar. Luego, debo acercarte a una galería de arte y, de allí, a un restaurante que queda cerca del último punto.

¿Era en serio?

—Es decir que, siguiendo tu lógica, me llevarás a la entrada de cada uno de esos lugares y, ¿me esperarás afuera?

Ray dudó por unos segundos.

—Mmmmh. Me temo que sí.

Suspiré y negué con la cabeza al tiempo que comencé a caminar en dirección a no sé dónde, pero me iba, eso seguro.

—Debí imaginarlo… —alcancé a decir, aunque en voz baja. Pero él me escuchó, pues me siguió.

—¡Hey! ¡Espera! Yo nunca prometí ir contigo a esos lugares, sino que solo haría de guía. ¡No puedes ofenderte!

Me giré.

—¡¿Que no puedo?! ¡Eres patético! —grité y me volví a dar vuelta para seguir caminando sin rumbo.

—Pues lo dudo. No soy el que está caminando solo y sin destino… —se

atrevió a decir. Detuve el paso, me giré y, a punto de vociferarle que se fuera a la mierda, lo impidió con su voz—. Escucha, lo siento, pero la verdad es que tenía otros planes y…

Fruncí las cejas.

—¿Otros planes? ¿Qué haces aquí entonces?

Me sorprendía que fuera cierto, pues con lo que acababa de decir había dejado al descubierto que había elegido dejar de lado sus compromisos por mí… o por su hermano, claro.

—No importa… El caso es que… no quiero dejarte sola.

—Oh, qué amable… —dije sarcástica—. La lástima que necesitaba para hacer de mis vacaciones las mejores de mi vida…

Chasqueó la lengua y suspiró.

—Me refiero a que yo no soy de este estilo de salidas y, bueno…, no creo que tú seas de las que disfrutarían de las mías.

Arqueé una ceja y me crucé de brazos.

—¿A dónde debías ir? ¿A un prostíbulo? ¿A un show de guerras de chicas sobre barro? ¿O a participar de un concurso de eructos? Porque de otro modo, no comprendo lo que piensas de mí.

—Bueno, el segundo es muy buena idea…, pero no. Desafortunadamente, no se trata de ninguna de esas, aunque…

Entrecerré los ojos.

—Ve al grano.

—Pues debía ir a una exposición en una galería de arte, pero no del estilo de Thomas, claro. En realidad, es más del gusto de tía Nora y tío Frank. De hecho, ellos fueron quienes me invitaron.

Alcé las cejas.

—¿Y queda muy lejos de aquí?

—Con el coche, no.

Se hizo un breve silencio en el que nos quedamos mirando, aunque el *stripper* con una sonrisa contenida.

Suspiré profundo y, a mi modo, acepté.

—Pues entonces, ¡¿qué esperas?!

Y Ray sonrió.

***

—Mierda… —no pude evitar decir.

Es que… ¿cómo explicarlo? Pues… sin dudas que no era del estilo elegante y refinado de Thomas, ya que el lugar, sumergido en humo de sahumerios y música *electrohindú*, estaba repleto de enanos de porcelana, de todos los tamaños, en diversas posiciones y… en pelotas. Aunque, por supuesto, eso no era lo más friki, sino sus enormes y desproporcionados genitales respecto de sus cuerpos.

—¿No son fabulosos?

Me di vuelta y, al hacerlo, el enorme pene de un enano gigante fue con lo que casi choca mi nariz. Tiré la cabeza hacia atrás y, tras pestañear sin entender una mierda, pude ver que quien sostenía y estaba detrás de la escultura era ni más ni menos que la señora sonriente que parecía siempre drogada.

—Tía Nora… —expresó Ray, lo que hizo que la vieja fumanchera bajara el aparatoso y bizarro muñeco, aunque lo mantenía delante de ella, como si de un jarrón se hubiera tratado.

—¡Cariño! ¡Qué bueno verlos por aquí! ¡Pensé que no vendrían!

—Por nada nos lo hubiéramos perdido, tía. De hecho, en cuanto Kim se enteró de esta exposición, insistió en dejar de lado el programa de Thomas para venir.

«¡¿*WHAT*?!».

Él muy zorro contenía la risa y mis ojos se abrieron como huevos, pero seguro que la vieja ni notó mi expresión, pues los suyos, pequeñísimos, hacían un gran esfuerzo por mirar a uno o a otro, dependiendo de quién hablara.

—¡Oh! ¡Qué maravilla! ¡Y pensar que solo es la segunda exposición que hace aquí en Suecia! —Se acercó un poco más a mí y, con ello, los genitales del enano quedaron apoyados sobre mis senos—. Pero no te preocupes, preciosa, yo conozco a Pierre Fondue y podré conseguirte un espacio para cualquier exposición a la que tú desees ir —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Oh… Gracias. Sin dudas que lo tendré en cuenta —dije absolutamente incómoda, tratando de alejar el pene y testículos del muñeco que todavía hacían presión sobre mis chicas.

Y claro, el muy puerco del *stripper* miraba la escena casi meándose de la risa hasta que sus ojos se abrieron como dos pelotas de básquet al observar hacia el fondo del salón en el que estábamos.

—¡Oh, tía! ¡Me parece que tío Frank se ha confundido otra vez! —Y señaló hacia donde estaba el viejo.

Giramos y allí estaba, con el pantalón en los tobillos y las manos en su salchicha. Meaba, por supuesto, una de las obras de arte: una olla de oro sostenida por un enano desnudo, cuya luz habría atraído la pobre visión del

viejo.

—Oh, bueno, creo que deberé comprar esa también —dijo Nora antes de marchar hacia la zona en la que tío Frank daba su espectáculo.

—Interesante familia, ¿no? —me preguntó tras detenerse a mi lado, a solo unos pocos centímetros de distancia y con las manos en los bolsillos.

Estúpido *stripper* sexi.

Y mi corazón latió a la velocidad del galope de un cimarrón. Pero lo disimulé bastante bien.

—No más que todos estos enanos desnudos que nos observan —contesté, y, sin poder evitarlo, reímos, ambos con la mirada fija en la del otro.

Y no sé cómo demonios pasó el tiempo, porque juro que ni lo noté.

Tal vez tío Frank y tía Nora no vieran ni escucharan muy bien, pero aquel día, junto a ellos y Ray, se hizo corto, aunque la alegría, intensa y, mejor aún, inolvidable.

Capítulo 16

—¡No puedo creer que se hiciera tan tarde! ¡Ya es de noche y ni lo noté! —dije animada.

Acabábamos de llegar y solos, pues sus tíos decidieron quedarse en una cena especial que daría el maldito loco del artista al que admiraban de forma increíble.

—¡Demonios! —expresó Ray luego de estacionar el coche frente a la casa.

Alcé una ceja.

—¿Y ahora qué te ocurre?

Chasqueó la lengua.

—Debía llevarte a comer a algún restaurante —respondió con tono seco y enojado.

—Creo que desde temprano que dejamos de lado el programa de Thomas, ¿no? Así que no te sientas mal.

El *stripper* alzó las cejas y rio.

—Bueno, a menos que sepas cocinar… ¡Oh! Pero ¡espera! Creo que alguien que se dice llamar experta en la cocina, en realidad, no lo es, por lo que si quiere cenar, tendrá que ir a un restaurante —ironizó, pero al ver mis ojos entrecerrados, volvió a hablar, aunque más serio—. Lo siento, *barbie*, pero en esta casa nadie sabe nada de cocina, por lo que o bien mueres de hambre, o bien… —Se quedó en silencio y pensativo por unos segundos—. No. Mejor no —dijo, aunque más para sí mismo.

—¿Qué cosa? Porque debo reconocer que tengo hambre y no creo que aquí tengan mi especialidad.

—¿Y eso qué es? —preguntó curioso y divertido a la vez.

—¿Comida precalentada en microondas? —expresé tratando de reprimir una sonrisa llena de vergüenza.

Alzó las cejas y, al instante, la carcajada estalló.

—Pues… creo que no tengo de eso, aunque no sé si pizza para recalentar supere tus expectativas, Pitufina…

Extendí mi mano.

—Trato hecho. Es más que un buen negocio para mí.

Me la tomó con la suya y rio.

Quizás el tiempo que nos llevó ir hasta la puerta de su casa no fue el más cómodo que digamos, pero sí el suficiente para que mi corazón estallara en un estúpido e irrefrenable galope. ¿Qué haría? No sabía si hablar de banalidades o si, por fin, hablar sobre la noche en el mirador. Mi mente sabía que era algo crucial que aclarar y cerrar para poder seguir con normalidad, pero mi corazón me exigía que no pensara, pues eso de sentir tanto y de golpe parecía hacerme más bien que mal. Claro que aquello no contemplaba el daño que podía llegar a hacer al resto, entre ellos, a Thomas. Pero, como dije, el tiempo tampoco fue tanto como para que mi reflexión llegara a buen puerto, y el clic de la puerta al abrirse hizo que mi mirada se elevara y volviera a la realidad una vez más.

—Pues, pasa… Y siéntate donde quieras… o donde te sientas más cómoda, claro —expresó medio nervioso—. Y quédate tranquila. Creo que Blacky no te meará esta vez. Seguro que duerme con los bastardos o está por ahí intentando hacerlo con Peppa.

Lo miré por unos segundos y luego me giré para ver aquel *minimalista* hogar. Era la banqueta o… la cama… *su* cama.

Suspiré profundo y no lo dudé.

—Bueno, creo que te conozco lo suficiente como para esta vez priorizar mi *sentido de comodidad* —resalté medio graciosa al recordar sus palabras.

Juro que pude ver un ligero tono rojizo en sus orejas. ¿Sería su manera de expresar la vergüenza? En el momento no lo supe, pero no pude evitar sonreír y poner mis mejillas como dos tomates.

—Mejor iré a ponerme en plan chef —dijo rascándose la cabeza. Y sin dar más vueltas, se lanzó a abrir la nevera.

Me senté en su cama y, al hacerlo, respiré profundo. Miré un poco alrededor y, finalmente, mis ojos cayeron en su figura que yacía de espaldas a mí. Fue inevitable contemplar con más detalle su contextura. Cielos… Era sexi vistiera como vistiera. Pero en esa ocasión estaba de infarto y, al pensar que se había

puesto esa camisa al cuerpo solo para pasar el día junto a mí, suspiré inconscientemente. Ray, tras colocar la comida en el microondas, se giró al escucharme y me miró con una ceja levantada. Y ese gesto… ese gesto terminó por convencerme de que era el hombre más sexi del mundo… y gay, claro. O, al menos, eso es lo último que había decidido para su vida y parecía que yo, consciente o no, quería alterarlo. Pero mi cerebro no permitiría que tantos años de perfección y estructura fueran derribados por un simple deslumbramiento o deseo de lo prohibido.

—Así que Ace of Base… —expresé con una sonrisa cizañera.

El *stripper* entrecerró los ojos y se cruzó de brazos de esa forma sensual que hizo que su *jean* roto se ajustara en sus muslos, que se me revelaron fuertes y simétricos a sus duros brazos. Dios…, poco me faltó para que me chorreara la baba.

—Oh…, ya veo. Como aún no tienes la pizza para criticar, te metes con mi banda favorita, ¿no?

—No… A ver, que de gustos musicales no puedo emitir mucha opinión… —me animé a decir.

Ray abrió los ojos como huevos y descruzó sus brazos para acercarse a mí con marcado interés, por supuesto.

—Y eso, ¿por qué lo dices?

Respiré profundo y bajé la vista. Las mejillas me estallaban del calor.

—Bueno… Creo que entiendo un poco tu situación porque… porque mi cantante favorito siempre ha sido… —Ray alzó una ceja, expectante y desafiante —. Rick Asley —y lo dije.

El *stripper* abrió la boca como un pez, aunque no tardó en tapársela con ambas manos para contener la risotada que no pudo evitar. Y los ojos se le pusieron tan grandes como dos huevos fritos, por supuesto.

—¡Lo siento, pero me has superado, Pitufina! —exclamó el *stripper* al tiempo que se acercó a su cocina integrada al escuchar el «pip» de su microondas. Yo revoleé los ojos, medio arrepentida por haber abierto la boca—. Pero no te sientas tan mal. Todo acto de valentía tiene su recompensa.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres con eso?

Ray tomó la pizza y dos pequeñas botellas de su cerveza sin alcohol, y se sentó en el piso, al lado de la cama.

—Pues necesitaré que te sientes aquí. —Y me señaló el suelo con la mirada.

Suspiré, pero me levanté y obedecí.

—¿La recompensa es tu pizza recalentada? ¿O la cerveza que no estaba

incluida?

Ray sonrió de lado y, sin quitarme la mirada de encima, extendió su mano y tomó un pequeño baúl que yacía al lado de la cama y que, en apariencia, funcionaba como mesa de luz. Lo abrió y mis ojos se agrandaron más que los de él minutos atrás.

—Y… ¡*Voilà*! Siempre un gran secreto develado trae a la luz otro más pesado, ¿o no?

No quise ponerme a pensar lo cierta que era aquella frase que, sin segundas intenciones, el *stripper* había pronunciado. Pero confieso que, en ese momento, esperaba que no fuera tan acertada, no al menos para mí.

Como fuera, él se había referido a su gran arcón de recuerdos, pues frente a nuestras narices, yacía un enorme cúmulo de fotografías e imágenes comprometedoras.

—¿¡Este eres tú?! —inquirí sorprendida. Es que no era para menos. Se trataba de una fotografía de Ray, vestido de pies a cabeza con símbolos de Ace of Base, rodeado de un gran número de mujeres con vestimenta similar, y sonrientes todos de oreja a oreja.

—Primer club de *fans* oficial de Ace of Base. Presidente: Ray Adler —dijo, tratando de contener la risa.

—¡¿Me estás jodiendo?! —Tomé otra fotografía. Estaban él, Amanda y Thomas, los tres abrazados. De fondo, un mundo de gente y un escenario lleno de luces hacían deducir que se trataba de un concierto al que habían asistido. Ray, con una vincha con el nombre de su grupo sobre la frente y más feliz que nunca. Y sus dos hermanos… Bueno… Amanda, con un dedo en la boca y haciendo el gesto de arcada; y Thomas, con los ojos en blanco—. Esto es increíble, Ray… —dije sin poder dejar de tomar más fotografías en las que siempre aparecía sonriendo.

—Te equivocas. Lo más increíble es que pude mantenerlo en secreto. —Y abrió su botella de cerveza para beber directamente del pico.

Lo miré.

—Y, ¿por qué? ¿Te daba vergüenza reconocerlo?

Él suspiró y pensó por unos segundos.

—Tal vez… O quizá solo quería que fuera algo para mí y unos pocos. No lo sé… —Volvió a tomar cerveza.

—Eres raro, *stripper*. —Sonreí.

Tomé unas fotografías más y, al hacerlo, una cayó sobre el montón que estaba en el baúl. Tragué saliva. De fondo, su coche con un enorme moño en el

techo. Y delante de este, él, con la misma sonrisa, o aún más intensa, abrazado a un risueño hombre mayor con anteojos y, en extremo, parecido a Thomas. No había dudas. Era su padre. Su difunto padre.

Ray, tras notar mi atención enfocada en la imagen, echó un vistazo y, al hacerlo, su alegría se esfumó en un segundo. Tomó la fotografía y la levantó para verla más de cerca.

—Fue el último obsequio que me pudo dar. —Sonrió con amargura y sus ojos se aguaron—. Le dije que no lo hiciera hasta que rindiera el examen, pero no pudo con su genio y me lo entregó una semana antes. Henry tonto… —expresó casi en un susurro.

Mi mano se movió por sí sola y se recostó sobre la libre de él, aquella que mantenía en el piso a modo de sostén. Sus ojos de inmediato se abrieron un poco más, como si hubieran despertado de aquel triste recuerdo. Su mirada se clavó en la mía y ambos nos hundimos en un silencio que ninguno de los dos quiso romper. Su rostro comenzó a acercarse al mío y entonces, en ese mismísimo instante, mi cerebro tomó las riendas de mi salvaje corazón.

—Creo que ya es hora de que me marche…

Ray cerró los ojos al tiempo que respiró profundo, como si hubiera necesitado de ello para frenarse. Asintió con la cabeza y se puso de pie para ir hasta la puerta.

Caminé hasta él y, luego de que abriera, me animé a volver a verlo a los ojos.

—Ray, perdona por lo de la otra noche. Lo que menos quise fue confundirte. Tú y Ben…

—No sigas, por favor —me interrumpió, aunque con un tono sin rencor, incluso delicado—. No ha sido nada. Yo no tengo dudas de lo que siento. —Sonrió, nostálgico o con amargura, no supe traducirlo—. Pero ahora… Solo… vete, Kim. Por favor —suplicó y con una mirada que, de inmediato, descubrí llena de dolor.

Tragué saliva y estuve a punto de replicar, pero no lo hice. Su corazón lloraba, lo sentía. Y sus ojos rogaban de verdad.

Asentí con la cabeza y, sumergida en una intensa pena, me marché en cuanto él cerró la puerta de su espacio.

Suspiré profundo y me abracé a mí misma para resguardarme del frío que debía soportar en el camino de atravesar el parque hasta llegar a la casa. Entré y, a pesar del calor, el frío que sentía en el pecho parecía no querer irse. El dolor de Ray me había tocado profundamente, había llegado hasta mis huesos.

Subí las escaleras sin poder quitar aquella triste sensación de mi cuerpo y, en cuanto me acerqué a la puerta de la habitación, noté que estaba entreabierta. La

abrí de golpe y la sorpresa no tardó en llegar a mí, pues vi que mi *notebook* estaba sobre mi cama, encendida. Maldije no haberle puesto *password* como todo el estúpido mundo solía hacer, pero ya era tarde. Entrecerré los ojos y miré si había alguien en el cuarto. Estaba todo oscuro, apenas iluminado por la luz de la pantalla del ordenador. Entré y encendí la luz para sorprender a quien hubiera estado husmeando mis cosas, pero, lejos de encontrar a algún sospechoso peligroso, me encontré con la asquerosa imagen de Dick-Dina dormido, roncando, echado sobre su cama, con la peluca descolocada, semienbolas, y con las manos sobre su entrepierna. Y, la verdad, no quise ver más. Simplemente agaché la mirada y me acerqué para ver en qué habían estado hurgando, pero cuando miré la pantalla, estaba en ni más ni menos que en una página porno.

«Gracias, asqueroso Dick. Al menos me harás dormir con la sensación de repulsión y no con la de tristeza».

Capítulo 17

Creo que jamás en mi vida hubiera preferido más el sonido del despertador que aquel infernal ruidito con el que mis ojos se abrieron luego de una pésima noche.

Me senté en la cama, me fregué los ojos y, al notar que el sonido horrible no cesaba, bajé la mirada hacia el suelo, porque de ahí provenía.

—¡Maldita puerca de porquería! —no pude evitar exclamar.

Peppa, la cerda superinteligente que mi suegra tenía de mascota, mordisqueaba uno de mis zapatos favoritos, pero dejó la destrucción de mi *stiletto* en cuanto escuchó mi insulto. De un salto, se giró hacia mí y se puso en una especie de posición de ataque, con los ojos fijos en mí. Y yo no hubiera hecho mucho más de no haber sido porque descubrí mi otro tacón tirado a un costado y bañado en mierda de cerdo.

La sangre hizo ebullición y mi estallido llegó en un santiamén.

—¡Te voy a hacer al *spiedo*, maldito bicho! —Y tomé el zapato mordisqueado para lanzarme a correr a Peppa que, ni tonta ni lenta, salió disparada en cuanto escuchó mi grito de guerra.

—¡Oinc, oinc! —chillaba mientras se lanzaba por las escaleras a toda velocidad.

—¡Me las vas a pagar! ¡¡Me las vas a pagar!! —vociferé una y otra vez hasta que llegué a la sala de estar.

Peppa logró huir y yo, simplemente, me paralicé al ver aquella escena.

Mi futura suegra, la reina del bótox, compartía un exquisito té con Jenny, la maldita *cagarelaciones* amorosas.

—Buenos días, querida… —me saludó la vieja con una sonrisa llena de malicia y tras tomar un sorbo de su té.

—Bueno días, Kim —expresó la zorra de Jenny con la misma maldita sonrisa que Martha, y me miró de arriba abajo. No era para menos: yo estaba con mi calentito pijama a rayas.

«Mierda...».

—Veo que has tenido una larga y mala noche. Pero no te preocupes, pues Jenny ya se ha encargado de todo. —Dejó la taza en la mesa—. De hecho, ya está todo listo para el cumpleaños de los bastardos... Oh, y tu compromiso.

—Espero que no te ofendas, Kim, pero hablé con Thomas para que me permitiera el atrevimiento de hacerme cargo. Después de todo, con él tengo los más hermosos recuerdos y esta ha sido mi forma de expresarle el aprecio que siempre tendré por él.

Entrecerré los ojos.

—¿Que qué? ¡Pero si ya hemos reservado el servicio que se encargaría de toda la fiesta! —expresé con un tono que mostró mis pocas pulgas.

—Pues ya no será así. Thomas me lo autorizó y yo estoy más que complacida en que Jenny se haga cargo. Pero tranquila. El pastel seguirá siendo tu responsabilidad, querida. —Y sonrió otra vez con esa maldad imposible de disimular.

—Será una gran sorpresa, Kim. Te lo aseguro —sentenció la zorra pelirroja.

Respiré profundo y, casi echando chispas, corrí escaleras arriba a mi habitación.

—¡Malditas perras! —exclamé al tiempo que di un portazo. Alcé la vista y... preferí no haberlo hecho—. ¡Es que no puedes evitar mostrarme tu pene! ¡¿Qué rayos sucede contigo, Dick?!

Sí, el muy puerco, otra vez, estaba en bolas delante de mí.

—Yo-yo-yo... —Acomodó la garganta y volvió a intentar hablar—. Kim, acabo de salir de la ducha y no sabía que tú ya te habías levantado.

—¡Pues ponte algo con lo que tapar a tu boa peluda, asqueroso! —Bufé y me dejé caer en la cama—. Y agradece que no mencione el pequeño detalle de ayer.

Dick frunció las cejas al tiempo que tomó sus *boxers* y se los puso.

—¿Detalle? ¿De qué hablas, Kim?

Alcé una ceja y entrecerré los ojos.

—No te hagas, por favor. Solo te pediré que no vuelvas a usar mi ordenador para ver tus cochinadas.

Los ojos de Dick mostraron una seriedad que enseguida auguraron peligro.

—Pues debes de estar confundida, Kim. Jamás tomé tu *notebook*. Ayer llegué

con un terrible dolor en mis testículos a raíz de un golpe que recibí de los niños de Amanda. Ellos insisten en que soy un hombre… Cielos… —Se sentó en su colchón—. Como sea… me tiré en la cama a descansar y me quedé dormido mientras me untaba una crema desinflamatoria que me dio esa tal tía Nora. Me cae bien esa señora. Creo que no ve bien.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que tú nunca encendiste mi ordenador para ver porno?

Alzó los hombros.

—Lo siento, Kim, pero no fui yo. Y sabes que no tendría en problema en aceptarlo si así hubiese sido.

Eso era cierto.

Un escalofrío corrió por mi espalda. Y no podía hacer mucho más que aguardar.

Solo esperaba que el tiempo que tuvo el intruso para espiar no le hubiera alcanzado para descubrir nada. Solo rogaba que así hubiera sido…

***

Dejé que las horas pasaran. No salí del cuarto por nada en el mundo. Me escondí en la cama y lo único que me mantenía despierta y ansiosa era mi móvil, pues estaba a la espera de una respuesta de Thomas. Mi orgullo no quería que me rebajara, pero la angustia había podido conmigo, por lo que no tardé en enviar un wasap a aquel Thor que estaba desaparecido de mi vida y con el que me comprometería en menos de un día. Como fuera, las horas pasaban y yo estaba a punto de darme por vencida.

¿Se habría arrepentido? ¿Habría sido él quien había husmeado en mi ordenador? ¿Qué era lo que pudo haber encontrado? Y, de haber sido así, ¿por qué no lo hablaba directamente conmigo? ¿A qué esperaba si no?

Y me hubiese preguntado mucho más, pero el sonido de aviso de mensaje recién llegado de WhatsApp hizo que toda mi atención se enfocara pura y exclusivamente en la pantalla del teléfono.

> Thomas
>
> Preciosa, antes que nada, perdóname por esta ausencia. Tuve unos asuntos muy serios que atender, pero ya está. Lo juro. Y es por eso que ahora, más decidido que nunca, quiero encontrarme a solas contigo. Quiero

entregarte el más brillante y hermoso símbolo de nuestro compromiso. Pero eso deseo hacerlo en el lugar que más amo de toda Suecia: en el Ericsson Globe. Bueno, en realidad, en el SkyView.

¿Podremos encontrarnos a las 4 p. m. directamente allí?

Y no tardé en contestar al mejor estilo Faster.

Kim

No lo dudes, "precioso". Allí estaré.

La calma volvió a mí. Aún tenía esperanzas de que todo fuera como debió serlo desde un principio. Me bañé en un abrir y cerrar de ojos y me enfundé con el mejor vestido, con el que me había imaginado, alguna vez, recibir el tan esperado anillo de compromiso. Y no le pediría a nadie que me alcanzara. Tomaría un taxi y ¡al demonio!

No pensé en lo que tardé en llegar ni en nada que no fuera Thomas. Había sido muy poco el tiempo que habíamos estado juntos, y peor para mí, que estaba a punto de enlazarme con un sujeto al que no conocía hacía cinco meses como él creía; esos pocos días debían serme suficientes para lanzarme al vacío del amor. Pero, en contra de mi voluntad, en medio de mis pensamientos hacia Thor, la imagen del perfil de Ray, en aquella noche en la que me hizo ver las estrellas, se apareció de forma nítida e inevitable. Cerré los ojos, sacudí la cabeza en forma de negación y respiré profundo. Por suerte, había llegado.

Descendí del coche y abotoné mi hermoso abrigo al tiempo que me acerqué al Ericsson Globe. Pregunté y no tardé en llegar a la zona del SkyView. Miré por un buen rato a la gente subir ansiosa por contemplar desde lo más alto el inigualable paisaje de Estocolmo. Esperé, esperé y esperé hasta que, al tomar el móvil, descubrí que pronto cerrarían el lugar.

Thomas no había llegado. Y tampoco lo haría.

Suspiré profundo y, sin pensarlo más, decidí subir, aunque sola…, sin él.

Cualquiera hubiera disfrutado el lento ascenso, pero yo no hacía más que mirar hacia aquel cielo infinito y nublado, hundida en una profunda mezcla de sentimientos. ¿Por qué? ¿Por qué me había dicho todo eso, de repente y en un solo mísero mensaje de WhatsApp? ¿Para qué si, al final, allí estaba yo, sola, sin él, como en la mayoría del tiempo desde que llegué a Estocolmo? Sin dudas, eran preguntas que yo no podía responder. Solo él sabía el motivo y las verdaderas razones de su conducta. Y yo también sabía las mías, aunque… ¿realmente las conocía?

Suspiré profundo y traté de calmarme. El tono gris del día comenzaba a camuflarse con el de mi interior, y así la razón y el corazón parecieron entrar en un momento de tregua. Yo, toda yo, necesitaba un momento de paz, un momento sin batallas.

¿Por qué había aceptado adentrarme en esa locura? ¿Por desesperación? Tal vez, aunque de haber sido solo por eso, pude haberme lanzado a la idea del matrimonio de alguna forma más simple. No digo que pagando, como me propuso la sin filtros de Ros, pero sí de alguna forma menos caótica y dramática. Y entonces… quizás no solo la desesperación por cumplir las metas pendientes fuera la motivación a semejante riesgosa aventura. Tal vez no solo las ansias por cumplir lo que socialmente mi mente me había impuesto como sueños había sido el motor de esa locura. Respiré profundo una vez más y, tras mirar el infinito firmamento, comprendí que aquello que sin dudas me había lanzado a este caos había sido ni más ni menos que el deseo oculto por sentirme viva. Triste, quizás, pero tan real como las lágrimas que rodaron por mis mejillas al comprenderlo todo. Tantos años de soledad mal elegida, tanto tiempo de distraer la mente de lo más difícil de hallar en esta vida si no lo haces de forma completamente entregada y de corazón: el amor… el amor correspondido. No quise sufrir por ese sentimiento, no quise arriesgarme a padecer las consecuencias de lo que ocurre cuando te rompen el corazón, y, como mejor solución, elegí cerrarme a él y, ante cualquier posible imponderable, lo sellé con un contrato. Pero, al hacerlo, jamás imaginé que lentamente perdería lo que solo el amor conlleva: la sensación de vida, de alegría, de felicidad. Y así, mi corazón, enjaulado por tantos años, vio aquella loca propuesta disfrazada de maravillosas promesas, que también convencieron a mi razón, como el puente ideal, la llave para escapar de aquel encierro que no estaba haciendo de mí más que una pobre alma en pena, un ser muerto en vida.

Sequé las últimas gotas de mis ojos y me dispuse a descender. La vuelta ya había terminado y mi aventura en Suecia debía acabar también.

Tomé un taxi y, con los auriculares puestos para escuchar mi lista de música, me hundí en los mismos pensamientos una y otra vez. A veces con calma y otras, con rabia, rencor. Entendía todo, pero la idea de verme otra vez fracasar en aquello con lo que años atrás había soñado me nublaba la mente y, sin dudas, también el corazón. Suspiré profundo y, cuando alcé la vista, al mismo tiempo que comenzó *Ironic*, de Alanis Morissette, noté que las gotas de la lluvia empezaban a bañar el vidrio de la ventana. No quise hacerlo, pero otra vez más, me fue inevitable pensarlo.

«Ray…».

Sus ojos aquella noche, sus labios, su lengua, su calor… su dolor.

Me presioné los ojos. No quería llorar, no. Y mi razón hizo un buen trabajo, pues no lo hice hasta que llegué. Descendí del coche, caminé con calma hasta la puerta y, dispuesta a tocar para que alguien me abriera, mi cuerpo entero se desplomó en el empapado piso. Las lágrimas volvieron a brotar de mí, no solo de mis ojos, sino de mi corazón. Es que mi alma lloraba, y lo juro: jamás sentí tanto dolor.

—¿Kim?

De inmediato, giré el rostro. No había dudas: era él.

Ray, con una bolsa con el nombre de la pastelería en la que había encargado el pastel, yacía paralizado bajo la lluvia, con una expresión que me supo a una mezcla de sorpresa con angustia. Pero no duró mucho así, pues en cuanto pudo pestañear corrió hacia mí y se lanzó al piso en un acto que seguro ni él pensó que haría, pues dejó el paquete a un lado solo para abrazarme, primero con suavidad, aunque, a los segundos de yo largarme a un llanto insoportable, lo hizo con más fuerza.

Y yo no me negué. Lo necesitaba. No solo el abrazo, sino a él.

Ray tomó la bolsa como pudo, mantuvo el abrazo, aunque sin palabras de por medio, e hizo que yo me pusiera de pie. Caminamos por el costado de la casa y luego seguimos el sendero a través del parque hasta su apartamento. Entramos y él me llevó hasta su cama, en la que me quitó el abrigo y los zapatos para recostarme y taparme con un grueso pero liviano acolchado. No era tan bueno como el calor de su cuerpo, pero al menos olía a él. Fue hasta la cocina y, tras unos minutos, volvió con una taza de té que apoyó en el baúl que el día anterior habíamos abierto. Se arrodilló junto a la cama y me hizo a un lado el cabello mojado que empapaba mi rostro.

Iba a decirme algo, pero lo evité al tomar el móvil de mi abrigo, que había quedado a un costado, para entregárselo desbloqueado.

Ray me miró una vez más, aunque con el ceño fruncido. Mi gesto de angustia hizo que dirigiera la mirada al teléfono para centrarse en el mensaje de Thomas. Luego de unos segundos, suspiró y, tras dejarlo en el suelo, se irguió, pero para lanzarse al acto más inesperado, hermoso y que necesité en ese momento, pues se recostó a mi lado en un absoluto y completo silencio que coronó al abrazarme y llevarme hacia su pecho para que yo llorara, para que expulsara todo el dolor que él, enseguida, comprendió sin preguntar nada más.

Tal vez su calor, tal vez su cuerpo, no lo sé, pero mi corazón pasó de exprimirse en llanto a hincharse de desesperación por verlo a él, directo a los ojos. Sí, era gay, o eso era lo que Ray había elegido para su vida, pero mi alma se

empecinaba con egoísmo en escogerlo a él, sin importarle una mierda las circunstancias ni el contexto. Y mi ser no podía más. Y el de él, por los motivos que fueran, tampoco lo soportó más.

Mis ojos se clavaron en los suyos, como aquella noche bajo las estrellas, en la que la lluvia nos unió de una forma extraña, pero, de algún modo, correspondida. Y sí, su mirada, tanto como la mía, mostraba aquella inseguridad que representaba lo que nuestras bocas exigían hacer, y mis labios se atajaron antes de cometer el más delicioso delito.

—Ray, no sé qué es lo que me sucede contigo, pero no lo puedo evitar.

—Yo tampoco —logró decir con desesperación. Cerró los ojos y respiró profundo.

—Y no quiero que pienses que te digo todo esto solo por lo que ha decidido Thomas al ausentarse.

—Tranquila, lo sé —respondió tras abrir los ojos, con calma, comprensión.

—Pero lo tuyo con Ben…, y encima Thomas es tu hermano… —agregué con marcada preocupación—. Ray, yo…

—Por favor, Kim, no sigas —me interrumpió—. No tiene sentido que lo hagas. Yo estoy aquí y sé lo que me pasa contigo. Y de Thomas, no te preocupes. Con lo que ha pasado, sé que lo entenderá. Créeme.

Su mirada, celeste y profunda, llegó a mi alma, a mi corazón. Tenía razón, no tenía sentido, y muchísimo menos evitar lo que ambos, con más o menos palabras, nos estábamos declarando.

—Ray… —dije apenas en un suspiro al tiempo que posé mis manos en su fuerte mentón.

Pero él no volvió a hablar, pues, en cuanto terminé de pronunciar su nombre, sus labios atacaron los míos en un posesivo e intenso beso. Su lengua penetró mi boca y comenzó a danzar con la mía en un baile en el que los gemidos ahogados de ambos fueron la melodía. Como pude, le quité la sudadera del *uniforme* de fontanero que tenía puesta y la lancé por el aire para posar mis dos manos en aquellos pectorales que tanto había soñado acariciar. El calor de Ray parecía crecer cada vez más y, cuando se deshizo de sus pantalones, no pude evitar la anotación mental de contarle a Ros lo que el *stripper* había guardado allí, en sus apretados *boxers*. Pero no pude apreciarlo mucho más porque, enseguida, me giró con suavidad para que quedara de espaldas a él. Y así pude sentir cómo, muy lento, bajó la cremallera para finalmente liberarme de mi vestido, al que revoleó sin dudarlo un segundo más. Pensé que me voltearía de un solo tirón, pero Ray no dejaba de sorprenderme, pues sentí sus cálidos labios en mi nuca. Me besaba y

lo hacía de forma repetida y descendente. Sus manos, que me abrazaban por el vientre, ascendieron hasta llegar a mis senos, a los que acarició y presionó lo justo para que yo cayera en la locura. Cerré los ojos; el placer de sentir el calor de su piel se me hacía irresistible, no aguantaría mucho más. Y así, mi fuego hizo que me girara por propia voluntad para verlo una vez más a los ojos. Ray enmarcó mi rostro con sus manos y, tras acercarlo al suyo, volvió a devorarme para luego posarse encima de mí. Todo su aroma a hombre llegó a mí y mis manos, indomables, se lanzaron a abrazarlo para atraerlo a mi cuerpo que lo reclamaba como nunca a ningún hombre. Sus labios intentaron calmar el hambre de los dos, pero cuando ya ninguna caricia fue suficiente, Ray entró en mí y los gemidos de ambos sellaron la comunión que nuestros corazones se juraron aun en contra de lo que nos decía la razón. Sus movimientos, lentos al principio y de la intensidad justa después, hicieron imposible detener el grito que me nació liberar al sentir el máximo placer con él dentro de mí. Y Ray, al instante de sentirme explotar, estalló en un mismo gemido lleno de éxtasis y que lo llevó a rendirse a mi lado, exhausto pero libre al fin. Y yo jamás en mi vida dormiría tan tranquila y embriagada de algo tan distinto al alcohol.

Capítulo 18

—¡Hey! ¡Maldito antisocial! ¡Abre la puta puerta! —Los gritos de Amanda, acompañados de golpes en la puerta, nos hicieron despertar de un solo salto.

—¡Mierda! —exclamé. Salté de la cama, tomé el vestido del suelo y los zapatos que habían quedado al costado, y corrí al baño.

—¡Hey! ¡Despierta! ¡Tu madre me tiene las tetas por el piso! ¡No para de hablar sobre el maldito pastel y la desaparecida de *barbie*! —volvió a gritar Jem desde afuera.

Ray, evidentemente, corrió a abrirle la puerta. Y, al hacerlo, fue seguro que alguien con cuatro patas entró también, pues sus garritas comenzaron a rascar la puerta que me permitía mantenerme oculta en el baño.

—Hey, Blacky, sal de ahí, ¡ahora mismo!

Se hizo un breve silencio hasta que la voz de Amanda volvió a sonar.

—¿Estás con una puta? —Suspiró—. Pudiste haber esperado a la noche, ¿no te parece, maldito puerco?

—Amanda, por favor, dime qué rayos necesitas que haga y vete de aquí, ¿quieres?

—*OK*... —respondió Jem *dark,* sin ganas—. Dice que ya está casi todo listo, pero que faltan el pastel, *barbie pocket* y Thomas. ¿Sabes dónde demonios se metieron? Y si no, solo dime dónde está el maldito bizcochuelo con forma de cerdo, que con eso seguro que la calmo. Creo que jamás le hubiera dado la razón, pero estamos a pocas horas de que empiece la puta fiesta y no hay señales de vida de ninguno.

—Pues... no tengo idea, Amanda, pero en cuanto al pastel... —Se escucharon sus pasos, el ruido de que abrió y cerró la nevera, y luego continuó—: Aquí está,

toma. Y desecha el envoltorio en el que viene. Con todo lo que ha tenido que soportar, prefirió encargarlo en una pastelería. Así que, por favor, solo no se lo digas a nadie.

Jem *dark* comenzó a carcajear.

—¡Claro! ¡Como si no supiera que esas manos no tienen la más perra idea de lo que es tomar un simple cucharón! —Rio un poco más—. Aunque espero que, al menos, sí sepan agarrar un pene... Como sea... No me cae tan mal y su trago es muy bueno como para odiarla, así que...

Pero Amanda no pudo seguir, pues Blacky comenzó a ladrar sin parar y, a los segundos, volvió a rascar la puerta del baño.

«¡Maldito perro envidioso!».

—Ray... —Se oyeron unos pasos—, ¡¿qué demonios es esto?! —preguntó Amanda, con un tono lleno de alarma.

—Amanda, vete, por favor. No es asunto tuyo y...

Y enseguida el ruido de su inconfundible caminar se hizo más nítido a mis oídos hasta que, sin más, abrió la puerta del baño.

—¡¿Kim?! ¡¿Qué rayos haces aquí?!

Tenía mi abrigo en las manos. Sus ojos parecían dos pelotas celestes y su expresión de sorpresa había superado la de mi imaginación.

Tragué saliva. No sabía qué responder y el hecho de que no me hubiera vestido, sino que aún estuviera desnuda, apenas tapándome el cuerpo con la tela de mis prendas, no hablaba muy bien de la situación ni de mí.

—Amanda, yo...

—¡Y ni una mierda! ¡Confié en ti, pero resultaste ser una puta cualquiera! —Se giró para mirar a su hermano—. ¡Y tú eres un hijo de puta! ¡¿Cómo pudiste, Ray?! ¡¿Cómo?!

Ray suspiró y frunció el ceño, pero con enojo.

—¡Ya basta, Amanda! —exclamó enfurecido, y ella pareció calmarse, aunque no perdió la expresión de asombro y furia—. Nuestro hermano, nuestro *queridísimo* hermano, la abandonó ayer, ¿sabes dónde? ¡Adivina! —Amanda agachó la cabeza—. ¡Sí, exacto! ¡En el SkyView! ¿Te suena? Y sabiendo lo inteligente que eres, no te diré para qué la citó allí. Ya lo habrás deducido...

Amanda negó con la cabeza y ambos brazos en forma de jarra sobre su cintura. Aún mantenía la vista gacha, pero luego de unos segundos, la alzó hacia Ray.

—¿Eso quiere decir que también te acostaste con Jenny años atrás? ¡Porque si no, no termino de entender qué mierda hacen ustedes dos juntos, Ray!

«*OK*... ¡¿*WHAT*?!».

No entendía una mierda, pero… ¿sería que a ella también la había citado en el mismo lugar para comprometerse? Si así había sido, el romántico Thor no pasaba a ser más que un maldito frívolo rompecorazones.

Ray negó con la cabeza.

—No… Lo que ocurrió con Kim… es largo de explicar. Solo te pido que no nos juzgues. Nosotros mismos hemos sido los primeros en hacerlo… Intentamos evitarlo, pero no pudimos. Simplemente no lo logramos…

Amanda frunció el ceño al ver a su hermano ahogado en una mezcla de angustia con rabia y se giró para mirarme a mí. Fueron varios los segundos en los que me sostuvo la mirada hasta que sus ojos parecieron calmarse y, decidida a irse, volvió a hablar.

—Está bien. Pero deberán hablar con Thomas y aclarar todo este embrollo de una puta vez. —Miró a Ray—. Tú sabes que esto no puede seguir más así. Llamaré a Ben. Estoy segura de que vendrá.

Yo cerré los ojos de solo imaginar lo que se avecinaría, pero los volví a abrir en cuanto escuché aquel inconfundible sonido porcino…

—¡Oinc, oinc!

Era la puta de Peppa que, con la bolsa de la pastelería en la boca, nos miró a los tres antes de salir disparada de la casa de Ray. Sí, exacto, habían dejado la puerta abierta.

—¡No! ¡Maldita puerca! ¡Regresa aquí! —llegué a gritar y, como pude, me puse el vestido.

—¡Puta madre! —vociferó Amanda al tiempo que salió detrás del cerdo de los brillos junto a Blacky que ladraba sin parar.

Sin terminar de calzarme uno de los zapatos, salí dando saltitos acompañada de Ray, que me sostenía para que no me cayera. Y hubiera salido corriendo en cuanto logré ponérmelo, pero no pude, pues la escena que presenciaron mis ojos hizo que tanto Ray como yo nos paralizáramos.

—Vaya, vaya… Pero miren a quiénes tenemos aquí… —Era Jenny, impecable de pies a cabeza en un parque cuya decoración era pura y exclusivamente infantil. Zorra… Y de fondo, estaban todos: los bastardos, tía Nora, tío Frank, Jim, Dick-Dina, la reina del bótox y… Thomas que, junto a Ben, acababa de llegar—. Pero si es la exitosa abogada y el fontanero de cuarta que, por lo visto, ya no sería gay, ¿no es así, Ray? —preguntó la muy hija de mil… luego de mirarnos de arriba abajo. Pero no siguió porque se enfocó en la bolsa que la misma puerca había dejado cerca de sus pies. La levantó y, a pesar de que Amanda trató de quitársela, logró entregársela a Martha.

—Gracias, querida Jenny —dijo la maldita vieja, y se dispuso a mirar la bolsa—. ¡Pero si es de una pastelería! ¡Y sueca! —Dejó el paquete en el piso y simuló un elegante aplauso—. ¡Felicidades, Kim! ¡Al parecer ya has conseguido trabajo aquí y muy cerca de casa! —Luego hizo un exagerado y mal actuado gesto de sorpresa—. ¡Oh! ¿O será que acaso no es cierto que cocinas y tuviste que pedir que lo hicieran por ti? —Negó con la cabeza—. Muy mal, querida, muy mal... Una decepción para los niños y más aún para mi Tom, ¿no lo crees así, hijo?

Thomas tragó saliva, serio y preocupado, con la mirada fija en mí hasta que se animó a hablar.

—Madre...

—No. No te preocupes, cariño. No la excuses. Ni ella misma puede hacerlo...

—Y tampoco podrá, querida Martha —agregó la muy zorra de Jenny.

Todos, absolutamente todos, fruncieron el ceño, excepto los niños, que comenzaron a abrir la caja donde estaba el pastel.

—Jenny, querida, ¿a qué te refieres? —preguntó Martha, con ese tono falso que indicaba que todo lo sabía.

—Me refiero a esto. —Y sacó de su bolsillo su móvil para enseguida ponerse a leer—. «Hola, *miss* estructura. Te envío el resumen de la familia de tu Thor. Como ya te he dicho, lo que hemos conversado no ha sido mucho, que fueron solo unos meses de chat, por Dios. Pero, como sea, te vendrá bien saber algunas cosas. Eso sí, tenme paciencia, que mi ordenador no funciona muy bien y no me deja bajar todo lo conversado. En fin... estoy segura de que se enamorará de ti. Eres mucho mejor que mi versión cibernética de Bamboolove. Eso dalo por hecho. Bueno, ojalá nos veamos pronto y que sea con un anillo en tu dedo, puerca. Como sea... ¡No puedo creerlo! ¡Al fin cumplirás una de tus últimas y estúpidas metas! En fin... No te olvides de llamarme al llegar. ¡Besos! Rosamund».

Maldije, maldije de todas las formas posibles que puedan existir. Podía sentir los ojos de Ray clavados en mí, con mil preguntas en sus pupilas, pero yo no hice más que seguir con la mirada fija en ella.

—Eres una maldita perra —dejé escapar de mi boca, con los dientes haciendo presión por la rabia.

—Lo siento, pero al parecer, eso es lo que eres tú, querida Kim —expresó mi archienemiga.

—Pues creo que con eso alcanza y sobra, ¿verdad, Jenny? —intervino la reina del bótox, con ese tono que señalaba que la cuestión aún no terminaba.

—Podría, Martha, pero tengo más. —Se acercó a Dick-Dina y, sin darle tiempo a huir, le arrancó la peluca de un solo tirón.

El «¡Oh!» de sorpresa de casi todos, seguido del «¡¿Sarah Kay tiene huevos?!»

de Amanda y el «¡Lo sabíamos!» de los niños, hizo que Dick entrara en un *shock* que lo llevó a un tartamudeo y balbuceo sin sentido que, hasta entonces, jamás había tenido. Y no pudo emitir muchos sonidos más, pues los dos bastardos tomaron el pastel con forma de la cabeza de Peppa Pig que yo había encargado y lo lanzaron contra las pelotas de mi jefe. El pastel cayó de su entrepierna al piso y Dick, repleto de vergüenza, tomó su largo vestido de flores para no tropezar y huyó hacia el interior de la casa, aunque perseguido por los dos niños, tía Nora y tío Frank.

El hermano de Jenny, Jim, sin importarle mucho lo que acababa de ocurrir, se acercó al pastel y lo miró por unos segundos con las cejas fruncidas.

—Amanda, te dije que no estaba loco. Mira —señaló el bizcochuelo. Estaba casi intacto, solo la decoración que hacía a la cara del personaje se había hecho añicos—, ahora que solo quedó la forma me darás la razón. Si le borras la cara, la cabeza no es más que un pene con testículos.

Amanda revoleó los ojos y Jenny suspiró.

La reina del bótox chasqueó la lengua, restándole importancia a lo que había dicho el enajenado Jim, y volvió a lo más importante, a lo que estaba arruinando mi vida para siempre.

—Pues bien, Thomas, ya lo puedes ver. Tu Kim no es más que pura mentira. Espero que esto te sea suficiente para abrir los ojos y desistir de tu compromiso.

Thomas agachó la mirada por unos segundos para luego despegar sus labios con toda la intención de hablar, pero la zorra pelirroja lo impidió, lo que sorprendió hasta a la mismísima Martha.

—Lo siento, Martha. Pero no he terminado. —Y sonrió la muy víbora. Tenía un as más bajo la manga.

—¿Qué dices? —preguntó *miss* bótox. Su tono dejaba en claro que la zorrería que tenía preparada Jenny no era algo de su conocimiento.

La maldita *cagarelaciones* colorada tomó un papel de su bolsillo y lo desdobló. Era amarillento y no tardé en descubrir que se trataba de mi contrato, el que seguro había robado de Thomas.

—¡Jenny! —exclamó Thomas, y corrió para sacárselo de las manos. Sin embargo, a ella no le importó.

—Da igual, *Tom*. Es hora de que todo el mundo sepa que tu boda no sería más que una farsa.

—¡¿Qué?! —preguntó una Martha alterada.

—Ya basta, Jenny. Ya es suficiente. Todo acabó. No necesitas humillarme más —dije para que detuviera el *show* que estaba dando de forma innecesaria.

Ella alzó una ceja y entrecerró los ojos.

—¿Humillarte? —Carcajeó—. No, Kim, no siempre todo se trata de ti. —Giró el rostro para mirar a Martha—. Esto es un obsequio para Martha, por los años que intentó frustrar mi relación con Thomas. Creí que había sido ella la causante, pero ahora que sé la verdad…

—¡¿De qué rayos hablas?! —inquirí, rabiosa y confundida a la vez.

—¡Oh! ¡Pero parece que tú tampoco sabes! —Rio tapándose la boca—. Pues será un gran momento entonces.

—¡Eres una maldita hija de p…! —vociferó Amanda que quiso lanzarse sobre ella, pero Ray lo impidió al tomarla del brazo.

—Aguarda, Amanda —dijo Ray. Me echó una fugaz mirada, pero enseguida la dirigió a Thomas—. ¿Qué demonios es ese papel?

—No tiene importancia, Ray. Esto no significa nada que…

—Es un contrato —lo interrumpió Jenny—. Un pacto matrimonial entre él y Kim.

—¡¿Un qué?! —inquirió la reina del bótox, poniéndose una mano sobre el pecho.

Thomas se presionó los ojos y agachó la cabeza.

—Digamos que una especie de contrato prenupcial, aunque un tanto particular porque, ahora que lo pienso, ambos han incumplido con varias cláusulas, así que no sé quién pagará los quinientos mil dólares por haber faltado a lo estipulado. Habría que ver quién fue infiel primero, por ejemplo. Creo que esa sería la más fácil de averiguar, ¿no lo crees, Thomas? Porque, por lo que me han dicho en tu trabajo, el viaje que has hecho en estos últimos días no ha sido *precisamente* laboral…

—¡¿Qué?! —inquirimos Martha y yo al mismo tiempo. Pero él y sus dos hermanos se mantuvieron inmutables, con los rostros más serios que nunca.

—Pues verás, Martha. Siento mucho ser yo la que te dé esta información —dijo la víbora pelirroja, con sarcasmo y disfrutando de lo que estaba haciendo—, pero tu hijo no me dejó por todo lo que tú le hiciste creer de mí ni tampoco porque la muerte de su padre lo traumara.

—Madre… —quiso intentar hablar Thomas, pero la muy zorra volvió a imponerse.

—Como el perfecto hijo que es y en el afán de cumplir con tus deseos para verte feliz, intentaría volver a tener una relación. Pero claro, tu insistencia en verlo casado y con hijos lo llevó a conocer a esa falsa Kim que, en apariencia, parecía cumplir con todos los requisitos que para ti debía tener su futura esposa. Por supuesto que eso no fue a cambio de nada, pues para poder sellar cuanto

antes con esta mujer, debió firmar el contrato que ella misma confeccionó y que le aseguraría atrapar de forma muy conveniente un buen partido y joven, como lo es Thomas.

—¡Eres una maldita perra! —grité, pero Jim se acercó a detenerme, pues Amanda y Ray permanecían ya no solo paralizados, sino sorprendidos.

—¡Ya basta, Jenny! ¡Eso no es cierto! —vociferó Thomas.

Y agradecí que no se hubiera explayado. Lo último que hubiera querido era que sacara a la luz el tema de Steve, otra cosa más con la que Jenny habría podido terminar de humillarme.

—Como sea… ¿Eso qué importa? La cuestión aquí no es esa, sino el porqué aceptaste tan fácilmente todo. —Dirigió la mirada a *miss* bótox—. ¿No lo crees, Martha? ¿No te gustaría saber por qué tuvo que llegar a este extremo en lugar de enamorarse de verdad? —le preguntó, y con tanta malicia que la vieja no pudo más. Su expresión era de un dolor tan claro y entremezclado con desconcierto que su boca comenzó a temblar.

—¡Ya basta, maldita perra infeliz! ¡Deja a mi madre en paz! —le gritó Amanda a Jenny, y luego clavó sus furiosos ojos en Thomas—. ¡Y tú, ya acaba con esto! ¡Dilo, Thomas! ¡Diles que hace años estás enamorado! ¡Pero dilo de una puta vez, por favor! ¡Esto debe terminar!

—¡¿De qué estás hablando, Amanda?! —inquirió Martha, medio sorprendida, medio rabiosa—. ¡Deja de intentar manchar a tu hermano! ¡Siempre haces lo mismo! ¡Nunca dejarás de ser la maldita oveja negra, al igual que Ray! ¡Siempre intentan desmerecerlo! ¡Siempre buscan…!

—¡Basta, mamá! —vociferó un desconocido Thomas, lo que la acalló, aunque luego volvió a su tono habitual—. Ya basta, por favor. No la trates más así… Amanda tiene razón.

—¿Qué? —Los ojos de Martha parecían sufrir el desconcierto más grande de su vida.

—Que tiene razón. Está en lo cierto porque… —Tomó la mano de Ben, quien había permanecido callado, aunque siempre a su lado—. Porque hace años que estoy enamorado de Ben. Soy gay, madre. Soy gay —dijo tranquilo, pero con firmeza. Se acercó al rostro de Ben y, con dulzura, lo besó en los labios.

«*OK*. Kim. Creo que, después de esto, perderé la capacidad de sorprenderme», pensó mi cerebro.

—No puede ser cierto. Esto no puede ser… —expresó Martha y, al instante, se desmayó y cayó al piso.

—¡Madre! —exclamó Thomas al tiempo que se lanzó al suelo y hacia ella.

Ben lo acompañó para intentar reanimarla.

Cerré los ojos, respiré profundo y, hasta que me cayó la ficha, no pude volver a abrirlos. Era mucha la información, pero eso no evitó que mirara con suma furia a Amanda y luego a Ray.

—Y ustedes sabían todo...

Ray tenía el ceño fruncido. Él también estaba enfurecido.

—Si es por eso, tú también. Ibas a engañar a mi hermano, ¿no es así, cazafortunas?

Cerré las manos en puños y presioné los dientes al punto de que chirriaron y, aunque traté de disimular las gotas que cayeron de mis ojos, no pude hacerlo.

—¡Eres un idiota! ¡No sabes nada de mí! ¡Nada!

—¿Que no sé nada? —Se acercó hasta quedar a solo una mano de distancia—. Eres una maldita abogada, frívola, a la que no le importan los sentimientos del otro y que solo busca su propia conveniencia. Eso eres... O, espera... ¿cómo habías dicho aquella noche? ¡Ah, sí! Que lo que te hace más feliz en la vida es cumplir tus propias *metas*. Y qué lástima que no pudiste hacerlo, ¿no? ¡Pues nada te hubiera hecho más feliz que casarte estafando a mi hermano! ¡Eres de lo peor, Kim!

Mi boca tembló, pero, antes de que el nudo que se había formado en mi garganta lo impidiera, me animé a dejar salir la rabia.

—Di lo que quieras, Ray. Tus palabras ya no valen nada para mí ni para nadie, porque tú eres el primero que se ha cagado en los demás. Así que, por mí, puedes irte al infierno, *casi* ingeniero.

La expresión de Ray fue como si le hubiera clavado un puñal en el pecho. Largó todo el aire de sus pulmones y, de forma casi involuntaria, dio varios pasos hacia atrás.

Haber dicho aquello y verlo así fue doloroso, tal vez más que lo que me había hecho sentir con sus palabras. Pero no daría marcha atrás.

Corrí a la habitación, tomé mis cosas lo más rápido que pude y, tras tomar un coche, me dirigí al único lugar en el que sería bienvenida: el aeropuerto.

Capítulo 19

—Espera... ¿Qué me estás contando, Kim?

—Lo que escuchaste, Ros. Lo que escuchaste...

Hablábamos por Skype mientras yo aguardaba en el aeropuerto con mi maleta y bolso de mano. Ella estaba sentada en su silla, aunque podía verse que vestía solo un sostén. Puerca.

Ros suspiró y, tras pensar unos segundos, volvió a hablar.

—Bueno... Si lo piensas bien, no debes sentirte tan mal. Te tiraste a su hermano, sí, es cierto, pero ellos te mintieron desde el principio y sabían algo que, de haber estado enamorada, te pudo haber hecho sufrir hasta los huesos, Kim.

—Te recuerdo que yo también los engañé. Jamás chateé con Thomas ni soy la mujer que mi versión cibernética le dijo que era...

Ros puso los ojos en blanco y, por el fondo, pude ver que pasó caminando su esposo, Megasalchicha, con un *slip* con trompa de elefante.

Pervertidos...

—Kim, nadie que busca citas por sitios web es completamente honesto a la hora de hablar de sí mismo. Se trata de atraer, de seducir, ¿entiendes?

—Sí, pero lo mío se fue al demonio, ¿no crees, *pastelera deseosa de abandonar su empleo para tener cuatro niños*? —expresé resaltando la faceta de la Kim cibernética que ella había creado sin mi consentimiento—. Una cosa es resaltar los aspectos buenos que se tiene y otra es afirmar que eres lo que el otro espera que seas, Ros.

—Como sea... No te tortures. —Suspiró—. Aunque no termino de entender tu cuestión con el *stripper*. Tú, *miss* estructura, que siempre sabe contenerse y

mantener rigurosamente las formas, y él siendo su hermano… ¡¿Cómo rayos es que se animaron a follar como conejos?

Alcé una ceja.

—¿Cómo conejos? ¿De qué hablas? —Y suspiré al ver al degenerado de su esposo pasar de nuevo por detrás de Ros—. Solo estuvimos una vez y no fue como tú piensas, puerca asquerosa. Lo que pasó con Ray. —Bajé la mirada, necesitaba ver mis manos—. No fue solo sexo, Ros. Sabes que no soy de las clásicas melosas ni nada que se le parezca, y muchísimo menos de las zorras cagarelaciones, pero esta vez, lo que sentí por él, aun creyéndolo gay, aun sabiendo que era el hermano de mi pseudonovio, fue demasiado para mí. —Unas lágrimas cayeron por mi mejilla. Pensar en él hacía que fuera inevitable sufrir—. ¡No puedo explicarlo, Ros! ¡Simplemente sé que jamás sentí tanto! ¡Y creo que jamás volveré a sentirlo por nadie como por Ray! ¡Yo…! —Alcé la vista hacia la pantalla y enseguida enmudecí. La comunicación se había cortado y la imagen final que había quedado congelada era la de mi amiga con la mirada sorprendida y enfocada en la trompa de elefante que su esposo le había apoyado en el hombro de ella—. ¡Mierda! —exclamé furiosa.

—Interesante preferencia audiovisual…

¿No había tenido suficiente que no solo había despertado de su desmayo, sino que, además, me había seguido hasta el aeropuerto para hacerme la vida imposible hasta mi último minuto en Suecia?

Bajé la tapa de mi *notebook*, me giré y, sin dudas, era ella, mi ex futura suegra, la reina del bótox.

—¿Y a hora qué quiere? ¿No tuvo suficiente con toda la humillación que debí pasar? Porque si ha venido aquí para que le pida disculpas, pues está equivocada. Pierde el tiempo, Martha.

Entrecerró los ojos y, tras respirar profundo, caminó hasta sentarse en el asiento que yacía frente a mí. Cruzó las piernas y juntó sus manos con la mirada fija en mí, aunque esa vez parecían no destilar guerra. Era una expresión nueva, desconocida en la Martha que había conocido hasta entonces.

—Vengo a pedirte que vuelvas con mi hijo.

Alcé una ceja y, al ver que lo decía en serio, no pude evitar reír al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Es una broma?

—No, no lo es.

Dejé mi ordenador en el asiento de al lado, junto a mi bolso de mano, y volví a mirarla directo a los ojos.

—Es que nunca se va a dar por vencida, ¿cierto? —pregunté con una sonrisa

que me recordó a ella—. Escuche, Martha, su hijo es gay y no voy a formar parte de su plan de volverlo la persona más infeliz del mundo solo porque su madre, conservadora hasta la estupidez, no logra aceptarlo. —Respiré profundo y seguí —. Su hijo ya es feliz porque su felicidad está con Ben. Así que mi respuesta a su pedido es no. No volveré con él.

—Si no vuelves, será la persona más infeliz del mundo, Kim. —Se tomó unos segundos en los que miró el suelo, y luego volvió a mí, con una mirada llena de súplica—. Seguramente ya sepas que no he sido la mejor madre del mundo porque ellos mismos te lo habrán dicho. Y no los culpo. Por el contrario, los entiendo. Pero tampoco soy la peor. Los amo, Kim. Podrá pasar el tiempo, pero ellos siempre serán mis niños. Y sé que no hay nada más terrible en el mundo que ver a un hijo infeliz. Podré o no estar de acuerdo con muchas cosas, pero cuando su felicidad está en juego, nada se discute. —Suspiró—. Yo solo puedo ser feliz si ellos lo son primero.

—Entonces no entiendo por qué me pide esto. Simplemente, no lo entiendo.

Volvió a respirar profundo, se acercó y estiró el brazo para apoyar su mano en la mía.

—Porque quiero que Ray sea feliz.

Se hizo un silencio en el que solo nuestras miradas fueron las protagonistas. Su mano seguía tan fría como la primera vez que la había estrechado, pero sus ojos... sus ojos transmitían un amor que, en el momento, deseé poder sentir si alguna vez llegaba a ser madre.

Y mi corazón volvió a galopar. Le declaraba la guerra a mi mente, a mi razón que ya no quería seguir sufriendo.

La miré unos segundos más y, solo cuando mi batalla interna terminó, supe lo que debía hacer.

***

Hacía frío. El abrigo cubría la mayor parte de mi cuerpo, pero mis cabellos no paraban de danzar al son del viento. El cielo se mostraba gris, pero, aun así, era imposible no verlo como una pintura única e inolvidable, pues él tenía razón: Skinnarviksberget era el mirador natural más hermoso que había conocido hasta entonces.

Caminé unos pasos y su figura, aun de espaldas a mí, hizo que mi corazón reaccionara como solo él podía. No veía sus ojos, pero estaba segura de la

expresión que tendrían en ese instante y allí, clavados en el infinito firmamento que nos unió aquella noche por primera vez. Y me hubiera quedado contemplándolo toda una vida, pero sabía que debía hablar.

—Te debo un favor —dije, y me acerqué un poco más.

Ray se dio vuelta y, aunque sé que quiso disimular la sorpresa, no pudo: sus intensos ojos celestes, brillosos, lo delataban.

Tragó saliva y volvió a girarse para mirar como lo había estado haciendo hasta entonces. No quería verme.

—Vete. No necesito nada.

Me adelanté un poco más. Ray seguía delante de mí, pero la distancia, para entonces, no era más que la de unos pocos pasos.

—No puedo. Odio las deudas. Debo cumplir mi promesa.

—Pues te libero. No me debes nada. Así que puedes marcharte.

Suspiré. Si yo era dura, no sé qué quedaba para él.

—No quiero, Ray.

Él se giró de repente, aunque su mirada entrecerrada destilaba rabia, rencor.

—¿No quieres o será que te ofrecieron algún buen trato para volver por mí? —Sonrió irónico, con malicia—. Sé que mi madre habló con Thomas, así que pierdes el tiempo si vienes a intentar cumplir los deseos no satisfechos de mi madre. Conmigo no funcionará.

Negué con la cabeza y me acerqué para intentar tomar su mano, pero él no me lo permitió.

—¿Por qué haces esto, Ray? ¿Por qué?

—Ya vete. —Volvió a darme la espalda.

—¿Sabes? Entiendo que sientas rabia y dolor por cargar con culpas que no deberías. También comprendo que no soportes haber sido engañado, porque yo también me sentí traicionada por ti, por Thomas y por Amanda. Pero jamás comprenderé por qué te cierras a lo único que puede calmar el dolor de todas esas heridas, Ray. —Pude escuchar su respiración agitarse, por lo que me animé a acercarme y, suave, le tomé la mano aunque él todavía se mantuviera de espaldas a mí—. Es cierto. Martha fue a buscarme al aeropuerto, pero te equivocas si piensas que lo hizo por su propia conveniencia. Me pidió que quiere verte feliz, Ray. Y no sé si tú realmente sientas lo mismo que yo, pero sus palabras me hicieron dar cuenta de que el orgullo me haría caer en la peor equivocación, en lo más triste de vivir: perder a alguien que amas… por cometer el error más estúpido de tu vida.

Ray largó todo el aire de sus pulmones y yo caminé hasta quedar de frente a él. Sus ojos, enrojecidos y aguados, parpadearon y dejaron caer las gotas que lo

liberarían de aquel sufrimiento. Posé mis dedos en su rostro y sequé algunas de ellas. Él apoyó su mano sobre la mía y la presionó al tiempo que, con la otra, me abrazó por la cintura hasta atraerme contra su cuerpo. Y así, fue inevitable. El abrazo, el más hermoso de los gestos de amor, nos unió en un completo acto de rendición.

—Kim… —dijo con un hilo de voz. Y me abrazó tan fuerte como pudo, como si el viento hubiese sido una amenaza para nuestra unión.

—Ray… —logré expresar. Y lo estreché con tal intensidad que mi corazón sintió tan cerca el suyo que, tanto él como yo, hubiéramos jurado que ambos se acababan fusionar desde entonces y para siempre.

Epílogo

No voy a decir cuántos días, meses o años pasaron, pues descubrí que no es el tiempo lo que asegura la felicidad, sino el cómo lo vives. Así que solo me detendré en lo más importante y en lo que, de seguro, más les interesa.

Pues bien. Luego de mi reconciliación con Ray, Thomas habló conmigo y ambos nos disculpamos mutuamente. Tal vez fue un poco atravesado lo que ocurrió entre nosotros, pero supimos que jamás hubo malas intenciones. Y me alegró saber lo que por fin ocurrió aquella noche en la que mi cerebro casi se suicida con el trago rosa. Fue tan lamentosa mi situación que Thomas no hizo más que escucharme durante toda la noche y así, entre llantos y horas de comprensión mutua, él decidió firmar el contrato. Con eso me enteré de que no llegamos a nada en la cama, pues, según él, luego de que le pidiera que enviara desde mi móvil el *e-mail* a Dick, anunciando nuestro compromiso, no tuve mejor idea que ponerme a festejar en pelotas y sin dejar de beber mi supertrago. Claro que, al parecer, no tardé en caer rendida al sueño, y él solo se molestó en taparme y en cumplir mi último deseo antes de que yo me sumergiera en el mundo de Morfeo: comprarme un café. Como sea, saber lo que de verdad pasó me dio un gran alivio y también una de las mejores enseñanzas: jamás volvería a tomar tragos hechos por Ros... Al menos no estando sola con ella. Como sea... Thomas finalmente pudo cumplir su sueño, pues se comprometió con Ben en el SkyView y, ahora, viven juntos en su ciudad favorita.

Pero quien la tuvo más difícil fue el pobre de Dick. Y no miento, créanme. Luego de haber sido perseguido por los bastardos de Amanda y de recibir varias patadas en las pelotas, tuvo que regresar a Estados Unidos. Pero claro, estamos hablando de Dick Walker, el hombre más obsesivo y perseguidor que conocí en

mi vida. Y bueno, como era de esperarse, no tardó en volver a Suecia, pero con su verdadera identidad. Sé que Amanda lo tuvo por un buen tiempo a sus pies, pero, sin dudas, fue ella la que no tardó en caer rendida a los suyos… O a su pene, no lo sé, porque de verdad que se trata de una cuestión seria y que, de seguro, a ella le habrá pesado bastante a la hora de decidirse por seguir una vida junto a él. Y pensar que yo jamás podré sacarme de la mente la imagen de él desnudo… Puaj. En fin… La cuestión es que definitivamente se enamoraron y los bastardos lo quieren de verdad.

Del otro lado, Jim, al ver que Amanda no volvería con él, decidió retornar a su pasión: el cine porno. Y allí conoció a su media naranja, con la que protagonizan varias películas que, por cierto, creo que no veré. Y me hubiera encantado otro tipo de final para la zorra de Jenny, pero, para ser honestos, tuvo lo que merecía. Volvió a Estados Unidos y allí, tal como la recepcionista del estudio para el que yo trabajaba, se casó con el primer viejo viudo y rico que conoció.

Tía Nora y tío Frank no cambiaron mucho, aunque, a decir la verdad, parece que escuchan y ven un poco menos que antes. Eso sí: aún siguen viajando a ver las exposiciones del artista de los enanos desnudos. Son sus más fieles fans.

Rosamund, mi mejor amiga, pues… siguió siendo eso: mi mejor amiga. Las conversaciones por Skype o WhasApp pasaron a ser una cuestión diaria, tan frecuentes como el sexo pervertido que jamás dejó de tener con su señor Megasalchicha.

Peppa y Blacky… no cambiaron mucho, la verdad. La cerdita no pierde oportunidad para destruir cualquier cosa que se relacione conmigo, y Blacky no volvió a orinarme en la cara nunca más… al menos hasta ahora. ¡Oh! Y, por supuesto, el amor-odio entre ellos sigue tan intacto como en un principio.

Y Martha, pues… no ha dejado sus sesiones de bótox, tampoco ha perdido ese toque soberbio y refinado y, muchísimo menos, ha dejado de ser la madre controladora y molesta de siempre. Sin embargo, hay que reconocer que su rostro botoxeado muestra una felicidad que no tenía antes. Y no es para menos: sus hijos son felices.

Pero ¿qué sucedió entre Ray y yo? Por empezar, guardé mi lista de metas como recuerdo de mi antigua yo, junto al libro de viajes de mis padres, y, luego de que Ros diera a luz, renuncié a mi empleo, al igual que Dick, porque decidimos seguir con nuestras vidas en Suecia.

Pero lo que jamás olvidaré es aquel momento en el que, de forma simbólica, di inicio a mi nueva vida junto al *stripper*. Y me refiero a ni más ni menos que el día de nuestro compromiso, rodeados de todos nuestros seres queridos y en el

lugar más hermoso del mundo: nuestro mirador. No fue algo despampanante ni sofisticado. Muy por el contrario, elegimos que fuera como aquella noche en la que las estrellas nos unieron, por lo que unas cuantas latas de cerveza sin alcohol en una nevera portátil con luz fue más que suficiente para aquella breve pero inolvidable celebración.

Ray, con aquella camisa al cuerpo y el sexi *jean* roto, yacía de pie junto a mí y tomaba mis manos. Yo lucía uno de mis vestidos favoritos y unos zapatos de diseñador que, salvo por ese crucial momento, dejé casi todo el tiempo a un costado. Sin dudas, había aprendido a valorar el sentido de la comodidad.

—Pues bien, Kim... Creo que ya sabes que no soy muy bueno para estas cosas —sacó una pequeña cajita de su bolsillo—, pero tampoco soy tan básico. —Reí y tanto él como los demás se contagiaron. Abrió el cofre y entonces pude ver el anillo más perfecto y hermoso de mi vida. Su sencillez lo era todo, pues hacía lucir aquella inigualable piedra que brillaba como ninguna otra—. No entiendo de sortijas, pero sí de estrellas. Y lo único que pensé, al enviar a diseñar una para ti, fue en el resplandor de aquellas que nos unieron para siempre. —Me lo colocó en el dedo anular y volvió a mirarme a los ojos antes de continuar—. Espero que, cada vez que lo mires, su brillo te recuerde este cielo y, así, nuestro amor. Te amo, Kim. Te amo. —Y sin más, me besó.

Los aplausos y silbidos de alegría fueron instantáneos y, solo cuando cesaron, mi oído hizo que dejara de besarlo para centrarme en un extraño sonido que captó mi atención.

Entrecerré los ojos, enfoqué la vista y...

—Oh, por Dios... —expresé, vencida. Por supuesto que el resto no tardó en girarse para ver la misma escena que mis pupilas contemplaban...

Sí, era el tío Frank que meaba en el interior de la nevera portátil... que tenía luz, como su retrete, claro.

—Oh, cielos... Pues creo que nos quedaremos sin brindis —dijo tía Nora con marcada pena.

—¡¿Que qué?! —inquirió la sin filtros de Rosamund—. ¡Eso ni en sueños! —Tomó su bolso maternal y, sin pensarlo dos veces, comenzó a sacar botellitas de plástico con el tan conocido líquido rosa—. ¿Quién quiere brindar?

Por supuesto que Amanda fue la primera y se prestó a repartir entre los demás.

Thomas, Ray y yo no pudimos evitar suspirar.

—Esto terminará muy mal... —dijo Ray.

—Quizás en un amor. Mírense a ustedes —agregó Thomas.

El *stripper* y yo enarcamos las cejas al mismo tiempo.

—Sí… O en un contrato… —sellé yo.

Y reímos porque, fuera como fuera, ninguno de los tres lo iba a probar. Y mucho menos yo, puesto que ya había tenido suficiente y sabía que, por nada en el mundo, volvería a hacer tal mezcla: la de un amor y un contrato.

Fin

Agradecimientos

Escribir es una de mis pasiones, pero sería muy difícil materializarla sin el apoyo de quienes me rodean. Gracias a toda mi familia, amigos y lectores que siempre están ahí dándome fuerzas y aliento. Gracias a Selecta y a todo su increíble equipo de trabajo. Ayudar a cumplir los sueños de los demás es de las más maravillosas cosas que se pueden hacer en este mundo. Y gracias a la vida, por darme la posibilidad de tan hermoso camino.

Si te ha gustado

Un amor y un contrato

te recomendamos comenzar a leer

Diario de un sueño

de *Chris Razo*



Prólogo

«Ser la hija de un ministro te roba tu libertad».

Esa es la frase que define mi vida desde hace años.

Me llamo Gabriela Milanesi, vivo en Italia, y mi vida se ha convertido en un infierno.

Hace años que vivo atrapada en una vida que no es la mía. Mi padre se encarga de que la viva a su manera, sin preguntarme lo que de verdad quiero.

Estudio lo que él ha decidido, iré a la universidad que él decida, tengo que salir con los hijos de sus colegas políticos, porque, al parecer, eso es lo correcto para mí, o para ambos. ¿La realidad? Son unos pijos insoportables y superficiales que solo se preocupan de conjuntar bien la camisa con el pantalón y ver quién tiene más dinero de todos.

Mi padre cree que ese es mi sitio, pero está muy equivocado.

Respeto que quiera dedicarse a la política, pero yo no tengo por qué seguir su camino.

No soy la hija que él espera, más bien, todo lo contrario.

Nunca se ha sentido orgulloso de mí. Su frase favorita hacia mí es: «Eres una rebelde; si tu madre levantara la cabeza...». ¡Ay, papá! Si mamá levantara la cabeza, volvía a caerse de espaldas al ver en lo que te has convertido.

Estoy segura de que mi madre no estaría de acuerdo con las decisiones que ha tomado mi padre sobre mí.

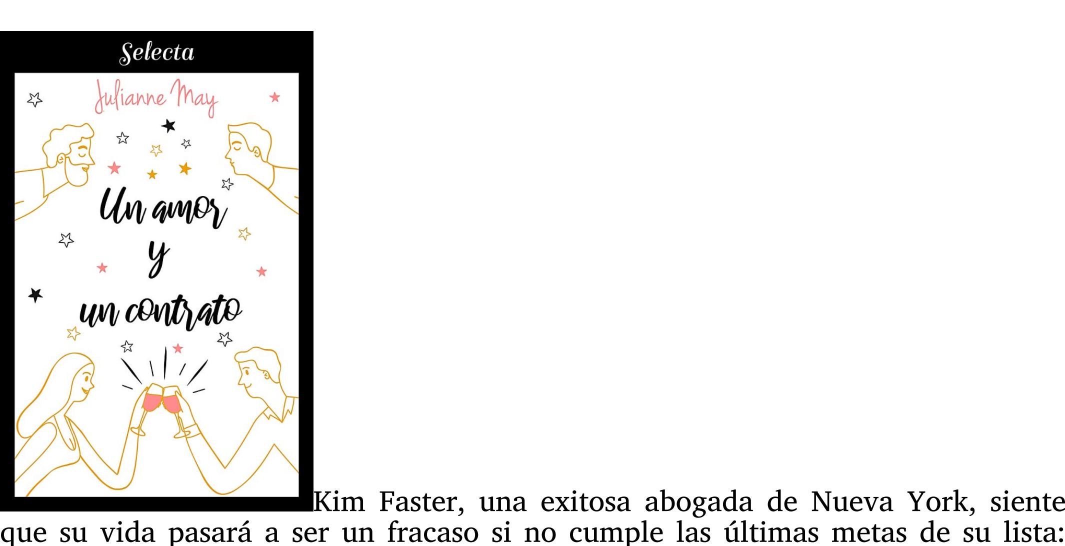
Por suerte, no queda mucho para que la vida que ha construido para mí se caiga en mil pedazos. Cuando cumpla los veinte años, todo cambiará porque, pese a que soy mayor de edad, mis padres hicieron un juramento: si en algún momento, alguno de los dos faltase, yo estaría a cargo del que quedara hasta los veinte años. Debería permanecer en casa hasta esa edad y acatar las normas.

Es algo que nunca he conseguido entender. Digamos que fue como una especie de testamento; una promesa entre ellos que, pasara lo que pasara, tenía que cumplirse.

Cuando llegue a mi veintena, se acabarán mis salidas a escondidas, mis sueños truncados, salir con gente a la que no soporto, y esta maldita presión mediática.

Suena triste, pero cuento los días que me quedan, para separarme de mi padre.

Un amor y un contrato



Kim Faster, una exitosa abogada de Nueva York, siente que su vida pasará a ser un fracaso si no cumple las últimas metas de su lista: conseguir novio, casarse y tener un hijo antes de los treinta y cinco años (y sin importar el orden). A punto de darse por vencida y pasar el resto de su vida junto al gato de la vecina, asiste a una despedida de soltera en la que conoce al hombre más perfecto y sexi del mundo: Thomas Olsen, un arquitecto sueco. Este, extrañamente alineado con la desesperación de Kim, le ofrece matrimonio sin pensarlo dos veces, pero antes del dar el sí deberán viajar a su país para conocer a toda su familia.

Allí no solo conocerá a su futura e insoportable suegra, sino también al hermanastro de Thomas: Ray Adler, un irresponsable y sensual jardinero… gay.

Kim luchará contra las artimañas de su suegra para que no arruine sus planes de boda, sin embargo, no será ella el principal enemigo que atente contra su amada lista…

Julianne May nació en diciembre de 1985, en Buenos Aires, Argentina, lugar en el que reside con su marido, su hija y su perrita.
Le encanta estudiar, es titulada en RRPP y actualmente está cursanfo Filosofía. Le apasiona el cine y la literatura. Su primer libro, el que jamás olvidará, es *Azabache*, de Anna Sewell, que no pudo leer hasta más mayor, pero del que inventó su propia historia con sus imágenes. Tampoco olvidará que La Cenicienta fue la primera película que vio montones de veces en su infancia.
Son muchos los géneros de lectura que le gustan, sin embargo, las novelas románticas son las que le encantan... ¡y escribirlas aún más!
Los animales son una de sus debilidades. Su color favorito el violeta y la cocina una de sus pasiones, aunque está convencida de que es una cuestión de karma.
Su sitio web: www.juliannemay.com.ar

Edición en formato digital: agosto de 2019

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN: 978-84-17606-80-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

Prólogo

[1] En español, «más rápida».

Capítulo 1

[2] Es un nombre propio, pero también tiene otro sentido. En español, «pene andante».

[3] Videojuego de terror.

Capítulo 2

[4] Perdedora número uno.

[5] *What the fuck?!,* en español, «¡¿Qué demonios?!».

Capítulo 4

[6] *Oh, my God!* En español, «¡Oh, mi Dios!».

Capítulo 14

[7] En algunos países de América, se conoce como «plomería».

[8] En español, «discurso».

[9] En español, «feliz». Recuérdese que lo personajes mantienen las conversaciones



en inglés.

Índice